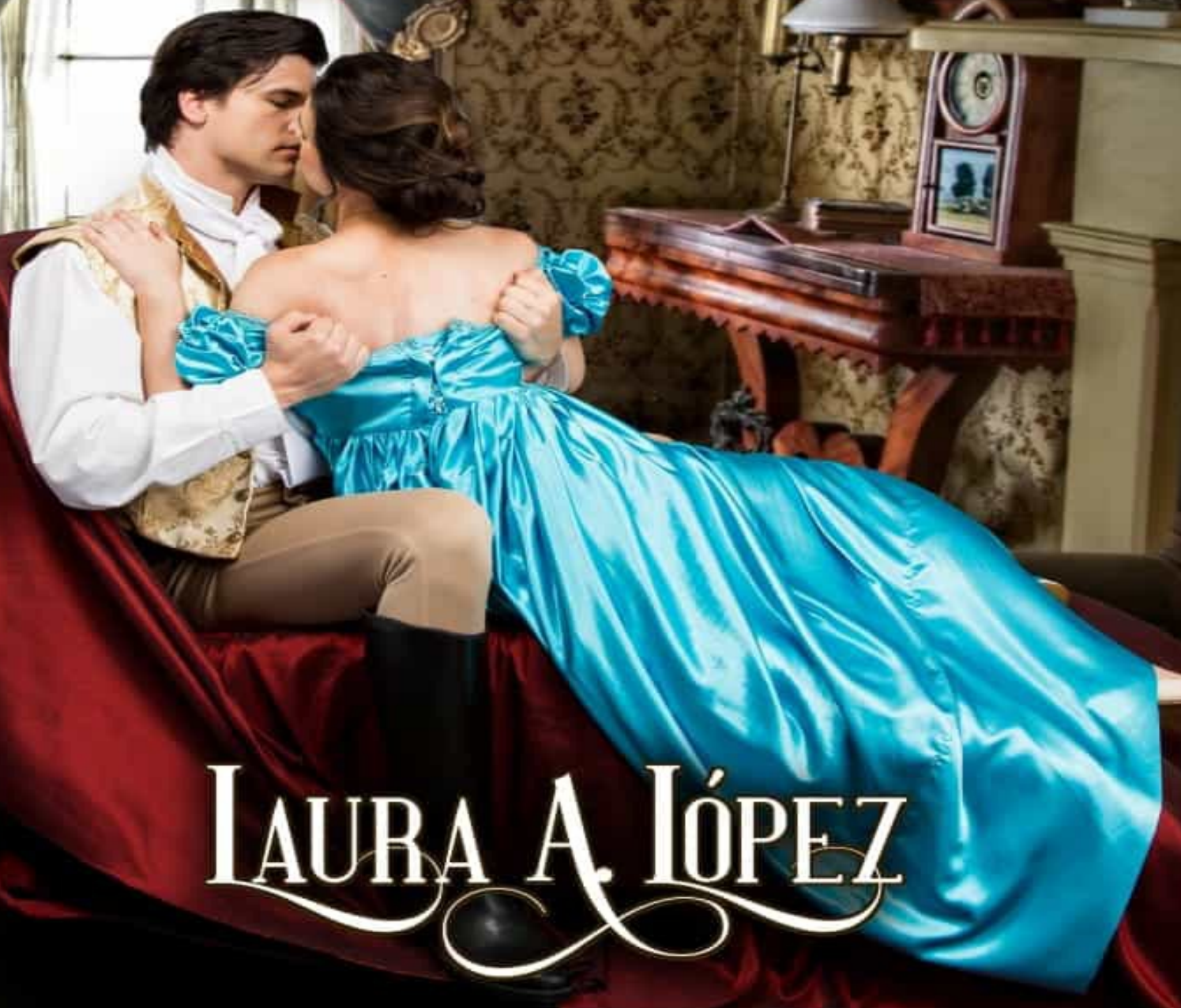


LAS OSCURAS INTENCIONES DE LORD COVENTRY



LAURA A. LÓPEZ

Las oscuras intenciones de Lord Coventry

Laura A. López

Derechos de autor © 2020 Laura A. López

Todos los derechos reservados
Safe Creative: 2012236415792

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Diseño de la portada de: Dayah Araujo

Capítulo1

Lord Gabriel, conde de Coventry era el orgulloso hijo varón que continuaría con el buen nombre de la familia. Desde pequeño fue instruido para ser un caballero perfecto. De alta moral e impecable educación, se destacaba en las prácticas de deportes variados, en especial la esgrima.

Con una conducta intachable y siendo inducido a las próximas obligaciones cuando su padre faltara, se ganó la reputación de hombre honesto y preocupado entre los terratenientes del campo y sus arrendatarios en las propiedades productivas.

Era incluso percibido como demasiado pulcro para el mundo que estaba afuera de su núcleo familiar. A la edad de veinticuatro años, sintió que era el momento de buscar a una dama para que fuera su condesa. A los veinte años quedó solo junto a su pequeña hermana Loretta con la muerte de su viejo padre. Cinco años antes, su madre murió en el parto de Loretta.

La niña creció sin el cariño y el apoyo de su madre, acompañada con una niñera y una institutriz. Su hermano Gabriel era un gran apoyo incondicional. Para ella no había nada más perfecto que su amado hermano.

Contrajo matrimonio con una joven debutante, lady Odelia. Sin dudas fue un matrimonio pactado con los padres de la muchacha. Él quedó impresionado con las buenas dotes de Odelia en las veladas musicales y con su exquisita jovialidad. Era algo desconocido para él, pues en su familia solo conocía la sobriedad y los buenos hábitos.

La alegría de Odelia se fue esfumando con lentitud al casarse con él. Era un hombre muy ocupado en el campo y ella era una mujer alegre para estar encerrada.

Él además creyó que su esposa podría ser un ejemplo para su hermana menor Loretta, sin embargo, la pequeña de nueve años no soportaba a su cuñada. Era frívola y arbitraria para alguien tan delicada y ajena a la baja humana.

Persuadió a su hermano para que se fueran al campo y que Odelia se quedara en Londres como deseaba por unos meses. No le agradó a Gabriel que iba a pasar tiempo lejos de su esposa a quien él amaba y adulaba.

Su esposa aparte de perder con rapidez la gracia que la caracterizaba, también era rígida en la intimidad, aunque él no lo notara. Ella fue la primera mujer en su vida, no había nadie con quien compararla.

Pudo ser un libertino si lo deseaba antes de contraer matrimonio, pero sus obligaciones y su falta de interés por el ocio se lo impidieron.

—¿Dónde está Gabriel? —interpeló Loretta con desazón al observar el rastro de

devastación de una terrible tormenta que azotó al condado.

—Su hermano no entiende de razones. Cuando el capataz le dijo que el puente cayó, no dudó en ir a salvar a su gente —mencionó su institutriz, la señorita Edith. Le decían señorita porque nunca se casó y tenía poco más de treinta años—. Regresemos a la casa, milady. El conde no tardará en volver, siempre retorna.

La niña se negaba a regresar por más que su institutriz insistiera en aquello por la probabilidad de que un aguacero las tomara.

Gabriel regresó varias horas después a su casa. Mojado, cansado, sucio, pero feliz por haber ayudado a que pudieran pasar las provistas para la gente. Mientras iba a su residencia, escuchó el concierto de los renacuajos al lado de uno de los comederos de sus caballos.

Podría estar en las peores condiciones, sin embargo, disfrutaba del campo. Lo amaba mucho más que a Londres. Debía admitir que vivía en Londres por insistencia de su esposa. Llevaban tres años de matrimonio, y le preocupaba la falta de un heredero. Estaba lejos y no podía siquiera intentarlo de vuelta.

—¡Gabriel! —exclamó su hermana queriendo ir para abrazarlo al notar que cruzó la puerta, no obstante se detuvo porque estaba mojado, y ella no quería ensuciar ni manchar su vestido—. Es un gusto que estés bien. Tardaste demasiado.

—Te preocupas más por mí que mi esposa —comentó a la vez que pasó al lado de ella.

—Sí. Porque yo sí te quiero y ella no.

—Loretta mía, hemos tenido esta conversación al menos unas cien veces. Y por centésima vez te digo que aprendas a convivir con ella y que tomes el ejemplo de una dama.

—¿Quieres que sea frívola?

—Odelia no es veleidosa. Es una mujer muy educada y refinada.

—¿Y yo no soy educada?

—Te adoro porque eres una parlanchina.

—Tengo doce útiles años de vida y más cabeza que tu esposa.

—Cuando el puente se termine, regresaremos a Londres. Odelia debe extrañarnos.

—¿Extrañarnos? Debe extrañarte menos a ti que a mí —refirió con los brazos cruzados.

Él la dejó hablando sola en el recibidor de la casona que tenían en el campo. Pidió a su ayuda de cámara que le prepararan el agua para asearse y que alguien se asegurara de que su

caballo estuviera bien cuidado del frío de la noche.

Cuando abandonó la tina con el agua que se enfrió, su ayuda lo secó y fue a observarse en el espejo. Era delgado, de cabello castaño oscuro, sus ojos eran ambarinos y en ocasiones se percibían verdes. No se consideraba muy atractivo, sino que era alguien común, que si se quitaba las impecables prendas podría ser confundido con un mozo de cuadra.

Cuando lo vistieron para dormir, se sentó junto a la lámpara que estaba en una mesa alejada de la cama. No tenía de costumbre acostarse con un libro y menos con una lámpara al lado de las sábanas. Le resultaba peligroso, pues escuchó de varios incendios que sucedieron de aquella forma. Era muy precavido.

No se dio cuenta a qué hora le tomó el sueño. No había cenado y tampoco llegó hasta su cama. El grito ensordecedor que su hermana dio por la mañana, lo despertó, tirando por el aire su libro y volcando la lámpara apagada.

Quiso abrir su puerta y al hacerlo, su hermana de cabello igual al suyo, tenía lágrimas bañando su rostro y estaba con una sábana atada a la cintura.

—¡Me voy a morir, Gabriel! —exclamó presa de una conmoción sin precedentes.

—¿Por qué vas a morirte, Loretta? —preguntó preocupado.

—Hay sangre en mis sábanas...

Gabriel suavizó su rostro preocupado y sonrió.

—¡Me voy a morir, Gabriel, y tú sonríes!

Él notó que la asustada institutriz de su hermana también despertó desorientada y se encontraba viéndolos desde una distancia prudente.

—La señorita Edith te dirá que no morirás. ¿Qué has estado leyendo que no sabes lo que te ocurre?

—¿Entonces no me voy a morir?

—No, Loretta. Ve con la señorita Edith.

Ella se abrazó a su hermano antes de obedecer y se retiró tomando la mano de su institutriz. Se veía ridícula arrastrando una sábana por el pasillo de la casa. Su hermana podía distinguir a personas inescrupulosas, corruptas y frívolas, sin embargo, no sabía que su sangrado era porque se convertiría en mujer. Eso le provocó una gran sonrisa y hasta le resultaba cómico.

Después de tres días de escuchar a su hermana quejarse de lo que le ocurrió y de que el puente se restaurara, pudieron regresar a Londres.

Estaba ansioso por ver a su esposa. Después de probar las mieles de la intimidad, no solo extrañaba su presencia, sino también su cuerpo. Era un hombre ocupado, pero quería

dedicarle más tiempo a ella por lo que estaba pensando en abandonar algunas ocupaciones y dárselas al administrador. Si seguía con tantas presiones no podría concebir a un heredero y sabía que era parte de su obligación perpetuar el título.

—Cómo serías con tus sobrinos, Loretta, si no paras de quejarte por el camino —recriminó Gabriel a su hermana. La señorita Edith no pudo evitar que se le escapara una carcajada.

—¡Señorita Edith, sus modales! —reprochó exaltada la muchacha—. El viaje es largo y solo para ver a Odelia. ¿Cómo no quejarme?

—¿Y si mejor lees algo?

—Estoy aburrida. Terriblemente fatigada para tomar un libro. Prefiero que leas tú.

Su hermano aceptó el desafío y le enseñó un libro. Loretta no estaba interesada en escuchar nada. Prefería tener sus pensamientos vagando al mirar por la ventanilla del carruaje.

La señorita Edith intentó llamar la atención con su tejido en punto cruz, aunque sin éxito. Lo único que podía animarla era una conversación para dejar en mala posición a su impoluta cuñada. Gabriel era quien no notaba que su esposa no era feliz a su lado, pero sí con las visitas en las cenas que organizaba su hermano.

Odelia estaba adiestrada para atraer la atención de varios caballeros y aunque pocas veces pudo ella notar esas actitudes en su cuñada, pues no podía quedarse mucho tiempo en la cena por ser una niña. Se la notaba cómoda en su papel de condesa, su amabilidad con los caballeros era más que con las damas, por lo que le hacía desconfiar de ella. Cuando le consultó sobre aquella actitud a su institutriz, ella le dijo que no era correcto y que debía ser en el futuro una dama equilibrada y muy diferente a su cuñada.

La señorita Edith conocía cosas que ninguno de los hermanos sabía.

Llegado cierto momento, Gabriel se cansó de leer para nadie. Su hermana y su acompañante no lo escuchaban, por lo que se quedó observando el libro, más sin leerlo. No se había recuperado por completo de su largo trajinar en la propiedad campestre, además tenía una tos un tanto violenta después de haber estado expuesto a pésimas condiciones días pasados. Esperaba llegar y recostarse junto a su esposa.

Capítulo 2

Al llegar a la residencia londinense, Gabriel parecía más contento. Su boca dibujó una curva entusiasta al imaginar a su esposa recibirlo. Su hermana y la institutriz no tenían el mismo semblante. Él supo que no debía mencionar una sola palabra porque Loretta no dejaría de hablar explicándole que era una tontería estar en el Londres junto a la culebra que Dios escogió para su esposa. Podía quejarse de las negativas de su hermana, pero tenía un excéntrico repertorio para referirse a su cuñada y de vez en cuando le robaba una que otra sonrisa como sus entusiasmados motes.

Gabriel quiso abrir la puerta de su propia casa y la misma estaba asegurada. Lo intentó en varias ocasiones, hasta que decidió golpear para que abrieran la puerta de su residencia.

Golpeó con entereza y con un poco de vergüenza al notar los ojos más abiertos que de costumbre de su hermana, reclamando la estadía frente a la casa.

La mujer que era el ama de llaves, abrió la puerta y luego la cerró con presteza, asustada por lo que vio.

Desesperada corrió de un lugar a otro.

—¡Soy el dueño de la casa, su patrón, el conde de Coventry! —exclamó furibundo por lo que le habían hecho.

Loretta rio por un buen rato hasta que fue hacia una de las ventanas de la casa y probó para abrir.

—Mi lord, podemos ir por aquí —añadió sarcástica, con medio cuerpo adentro.

—Es mi casa, no pienso entrar por una ventana.

Su hermana se encontró con la desesperada mujer que se echó a correr hacia la planta superior de la residencia. La muchacha procedió a abrirle la puerta a su hermano para que entrara. En realidad no podía imaginar a su hermano tan correcto entrando por una ventana, era una tontería.

—¿Qué ocurre en esta casa? ¿Dónde está el ama de llaves?

—Subió corriendo. Creo que algo oculta por eso se atrevió a cerrarnos la puerta.

La señorita Edith se quedó en la puerta muy helada. Se acarició los brazos como si temiera lo peor.

Gabriel se encaminó junto a Loretta al segundo piso de la elegante residencia de

colores discretos y sobrios. Quería encontrar a la mujer e increparle por lo que había hecho. La distinguió golpeando desesperada la puerta de la habitación de la condesa, diciendo: "el conde, ha vuelto el conde". Y no lo decía emocionada, sino más bien, asustada.

—Será mejor que yo le informe que estoy aquí, y lo haré personalmente.

Hizo una inclinación de cabeza para que la señora se hiciera a un lado. Sin mediar más palabras corrió la puerta y se encontró con su esposa a medio vestir y a un caballero de la misma forma que intentaba abrir la ventana.

—¡Gabriel! —exclamó lady Odelia al saberse descubierta.

Gabriel no comprendía lo que sus ojos le mostraban. Su mente no concebía que su amada esposa tuviera un amante porque él era joven, bien parecido y vigoroso.

—¿Quién es ese hombre, Odelia? No quiero pensar mal de ti y tampoco pecar de estúpido.

Su esposa estaba callada, y el varón que quedó en la habitación sabía que no tenía escapatoria. No sé salvaría de ninguna manera.

—Si ella no responde, responderá usted, caballero. ¿Quién es? —preguntó al hombre.

—Soy el conde de Jersey, milord...— contestó respetuoso. Sabía que estaba en una situación de desventaja, aquel esposo de su amante podría llevar un arma que acabaría con su vida.

Howard Villiers era el conde de Jersey, un afamado seductor de mujeres. Tenía unos treinta años y era conocido entre el mundo de los amantes. Era un libertino que no deseaba sentar cabeza a su edad y esperaba que aquello no le ocurriera nunca. Poseía un fuerte atractivo para las damas, su cabello encrespado y negro, junto a sus ojos grises, lo convertían en una gran tentación tanto para solteras como casadas en la sociedad.

Sintió una punzada en el pecho y gran agitación después de escucharlo. La situación era algo que no se esperaba y con toda la inteligencia y conocimientos que poseía, no podía tomar una decisión.

—Retírese de mi casa, vestido y por la puerta.

—¡No por la puerta! —exclamó Odelia.

—Por algún lugar debió entrar y no dudo que haya sido por la puerta —gruñó molesto.

El conde de Jersey apresuró vestirse y salió pasando junto al caballero del que no estaba confiado en qué podía terminar.

Loretta miró al caballero de pies a cabeza mientras salía. Cuando iba a pasar junto a su hermano, sintió que la puerta se le cerró en la nariz. Gabriel se recluyó junto a Odelia.

Su institutriz la asió de una mano para llevarla hasta el recibidor. Le contaría a ella lo que desde un principio supuso sobre la esposa de su hermano.

—Odelia... —mencionó intentando no exaltarse—. ¿Qué tienes que decir a tu favor?

—Que nuestro matrimonio fue un acuerdo de mis padres. Nunca quise casarme

contigo.

Se sintió devastado con aquella confesión. Ella parecía despreciarlo no solo con sus gestos, sino también con sus palabras.

—¿Y por qué no te negaste a hacerlo? Dejaste que te cortejara. Pasaste años callando esto ¿por qué motivo? Sabes que yo te he amado desde que te vi y pensé que era correspondido.

—Eres un hombre muy bueno y honesto, pero aburrido. Yo quiero cantar, bailar, ser libre y feliz. Cuando mis padres vieron que no era una muchacha muy reservada, decidieron que el primero que pedía cortejarme sería mi esposo. No soy feliz. No eres alegre, ni divertido, me recuerdas a mi abuelo.

—Es ofensivo...

—¡Al menos deberías gritarme, conde de Coventry! ¡Es que tampoco reaccionas como un marido engañado! ¡Eres hasta en esto un hombre sin apetito!

Gabriel se agarró la frente con una mano y negó en repetidas ocasiones lo que decía su mujer. Por dentro se sentía estallar del enojo, pero no había sido educado de esa manera.

—Te repudiaré, Odelia. Sé feliz. Como mujer repudiada lo serás...

—No te atreverías a hacerlo. No dejaré esta casa ni a ti. Viviremos como lo hemos hecho hasta ahora. Tú hasta el cuello en tus negocios, y yo en los míos.

—Tienes una semana para dejar la casa, de lo contrario, te arrojaré a la calle. Puedes llevarte lo que te he dado y que sin dudas has usado para deleitar a tu amante.

—¡Gabriel, no reaccionas como un hombre! —expreso enfadada. Le resultaba molesta su tibieza.

—Una semana... —repitió antes de salir e ir a encerrarse en su habitación.

Gabriel no podía pensar con claridad luego de esa confesión de su esposa. Tenía años viviendo en una mentira y no se había dado cuenta. Quería que todo fuera una pesadilla y que al abrir los ojos, lo que había escuchado, desapareciera de su cabeza.

Aflojó su pañuelo del cuello y se recostó en la cama. Sería hasta inútil cerrar con seguro la puerta de comunicación con la condesa, pues ella no intentaría siquiera asomarse a su habitación. Además que era evidente que él era quien buscaba los favores de su esposa, a los cuales no se había negado desde que estaban casados. Se sentía aturdido por no haberse dado cuenta de que la mujer con la que se casó, no lo estimaba. Él la amaba, sin embargo, ella solo lo podía ver como un buen hombre.

Durmió hasta la noche. Nadie se atrevió a molestarlo para ofrecerle nada. Sabía que los ánimos estaban caldeados en aquel sitio.

—¿Gabriel? —dijo su hermana, seguido a un golpe en la puerta.

Ella no escuchó una respuesta, aun así, se metió a la habitación sin ser requerida. Observó el bulto que estaba debajo de las sábanas, temblando de frío.

—Es hora de la cena, Gabriel. Odelia ha tenido la decencia de no comer con nosotros —comentó.

Gabriel le dirigió una mirada de brillo febril.

—No quiero comer, no tengo apetito. Deseo quedarme cobijado bajo la manta —mencionó al momento en que se acarició la frente—. ¿Tengo fiebre, Loretta?

Se acercó a tocar el rostro de su hermano y se llevó un susto al sentir que su piel quemaba.

—Iré por la señorita Edith. Ella sabe mejor que yo.

Corrió escaleras abajo y se colocó frente a su institutriz.

—Gabriel está con la piel muy caliente, señorita Edith. Si tiene fiebre hay que bajarla —mandó la muchacha, preocupada.

Se tomó de ambas manos y se las llevó al pecho antes de seguir a la institutriz. Aquella se sintió avergonzada de pasar a la habitación del conde. Nunca había pisado aquel lugar, como mucho llegó hasta la puerta. Tocarle podía hasta ser un sacrilegio según su régimen estricto de convivencia con los caballeros. Solo tenía intimidad con Loretta.

—Le doy permiso, señorita Edith —aseguró saliendo de su escondrijo de la cobija.

La mujer asintió y lo tocó. Sacó la mano con presteza y miró a Loretta.

—Milord tiene mucha fiebre. Iré por paños mojados. Debe ser a causa de haber salido con aquella tormenta tan copiosa.

Al confirmar que estaba con fiebre se recostó resignado a quizás morir como su padre, aunque él moriría siendo infeliz y sin haber cumplido con su compromiso con el título. Una esposa como Odelia no era motivo de orgullo alguno. No tendría otra oportunidad de volver a empezar.

Capítulo 3

Odelia no tuvo la aprobación de sus padres para regresar a su antigua casa. Además, sabía que no podía pedir asilo a su amante. Era consciente de que su felicidad era efímera y que debía resignarse a ser una mujer casada con alguien demasiado aburrido y poco excéntrico como Gabriel. Él suponía una gran carga para ella. Tendría dos caminos para mantenerse. Pedir perdón o solo apelar a la suerte.

Cuando regresó a la residencia matrimonial notó a los criados que iban muy atareados de un lugar a otro.

—¿Qué ocurre? —preguntó a su cuñada que iba bajando por las escaleras.

—Nada que pueda interesarte...

—Es mi casa y quien vive por caridad aquí eres tú.

—Has dejado de ser aquella dulce serpiente desde que te han cogido. Eres una mala mujer y a mi corta edad comprendo eso mejor que nadie. Gabriel es un gran señor para alguien tan ruin...

Loretta no tenía las mismas convicciones de su hermano. Ella era instintiva y no cuidaba sus formas en varios aspectos. No tenía la nobleza de corazón de Gabriel, pero era más drástica en su posición con respecto a las personas. Suponía que eso sería un problema en un futuro, pues nadie querría casarse con una irreverente jovencita.

Su cuñada se ofendió por lo que le dijo e intentó levantar la mano para golpear a Loretta, pero la institutriz se interpuso.

—No, milady, pase de largo... —expresó, erguida.

—Loretta, Gabriel es tan bueno que me perdonará y a ti te enviará lejos de aquí, a una escuela de señoritas porque la señorita Edith en lugar de ser tu institutriz es tu cómplice. ¿Cómo se puede educar de esa forma? Llevo tiempo queriendo hacerlo.

Al momento que Loretta quiso echar más leña a la ardiente situación, Edith le sonrió e hizo negaciones con la cabeza.

—Otra lección que aprender, lady Loretta. Las bajezas de su cuñada usted no debería cometerlas. La indiferencia es la más cruel de las respuestas a cualquier insulto. Responder aunque sea a otra dama es impropio y degradante para alguien tan bonita y agradable como usted. La clase no se obtiene por la estirpe sino por la estima propia. ¿Quién que se ame y respete insultaría a tan infame dama? —mencionó.

—Me encantaría insultar a Odelia con tanta malignidad como lo hace usted. En su

discurso pude notar la más amplia educación para decir lo que pienso sin usar malas palabras, al final, es lo mismo, señorita Edith, aquella mujer es una serpiente —masculló dirigiéndose a la cocina para dar instrucciones en lugar de su cuñada.

Odelia obtuvo la información que deseaba por parte de uno de los sirvientes que le dijo que el conde estaba con mucha fiebre y que alguien había ido por el doctor.

Un macabro destello de esperanza hizo que su escaso ánimo resurgiera. Gabriel era joven, pero con un padre muerto de pulmonía, él podía correr con la misma suerte. Si él fallecía su futuro estaría sujeto a ser una viuda respetada y podría volver a casarse con alguien a quien deseaba o vivir como mejor pudiera. La idea de humillarse frente a su marido se iba desvaneciendo para darle lugar a otros pensamientos todavía más convenientes que los anteriores.

Cuando el médico fue a atenderlo, ella se ubicó junto a la cama de Gabriel y lo tomó de la mano. Él se encontraba dormido. Loretta enfureció ante el descaro que demostraba su cuñada. En el fondo dudaba que su hermano no perdonaría a Odelia. La amaba en demasía y ella no lo merecía. Su estancia en esa casa estaba supeditada al buen ánimo de su hermano, si él fallecía, quedaría con aquella malvada mujer que haría con ella lo que quisiera.

—Milord está con una fiebre muy alta y quizás sus pulmones estén llenos de mucosidad por alguna enfermedad mal curada, no he podido escuchar una respiración saludable —contó el médico a los presentes.

—Días atrás salió durante una tormenta y regresó entrada la noche fresca, estaba mojado. Hoy en el carruaje lo escuchamos toser con frecuencia —relató Loretta.

—Le escribiré el pedido que deben hacerle al boticario. Sin medicación es muy probable que empeore.

Loretta y su cuñada observaron con interés al médico que escribía en una hoja. Lo hacía con una angustiosa lentitud. Sopló un poco el papel e iba a entregárselo a Loretta, sin embargo, Odelia lo cogió ante la estupefacta mirada de su cuñada.

—Le conseguiremos lo que sea necesario para salvar a mi querido esposo —dijo con la fingida dulzura que solía ocupar con Loretta.

Una vez se hubo retirado el médico, Odelia se fue hacia su habitación, cuando Loretta la detuvo, diciendo:

—Hay que ir por la medicina...

—Gabriel es joven, se recuperará —sentenció.

Cerró la puerta y privó a Loretta de seguir viéndola. Se quedó consternada por la crueldad de Odelia. Sabía que el padre de ellos murió de una enfermedad parecida en un corto tiempo.

Sin que nadie la estuviera observando, se acurrucó junto al cuerpo de su hermano que dormía boca arriba, con una respiración dificultosa.

Sollozó sin darse cuenta y se aferró con fuerza a sus brazos.

—Loretta ¿por qué lloras? —indagó Gabriel que despertó, con dificultad

—Porque te vas a morir como nuestro padre y nuestra madre... —masculló molesta entre sus sollozos.

—Ay, Loretta. No me voy a morir. ¿Puedes dejar de exagerar?

—No. Tú no entiendes.

—Entiendo tu miedo a estar sola, pero no te dejaré.

—Odelia dijo que tú la perdonarás y que me enviarás muy lejos a una escuela de señoritas y van a deshacerse de la señorita Edith por ser mi cómplice...

—Tienes que conocer a muchachas de tu clase. Cuando tú seas mayor, ya la señorita Edith necesitará otro trabajo porque no precisarás de una institutriz. Crecemos y las cosas cambian, Loretta. Te prometo no morir y también un buen lugar para la señorita Edith. Déjame descansar.

Ella no quedó conforme con las palabras de Gabriel. No le había dicho nada de si perdonaría a Odelia, no confiaba en que él fuera un hombre fuerte para enfrentar a aquella arpía.

Después de dos días, la salud de Gabriel mejoró, aunque él seguía fingiendo no mejorar con la ayuda del médico que aseguraba que moriría a los demás. Pasaba tiempo practicando su sueño para escuchar a su alrededor.

Escuchaba las discusiones por las indicaciones del médico que Odelia jamás le entregó a alguien para que fuera al boticario. Su hermana lo defendía como una fiera, mientras que Odelia se confiaba en el amor que él sentía por ella. No estaba en cama por una enfermedad del cuerpo, sino por una del corazón. Era capaz de notar el nulo cariño que sentía por él, solo estaba recabando más argumentos para repudiarle y no sentirse culpable por ello. Sería una mayor vergüenza para ella que para él.

Su vida estaba dando un cambio radical. Debía tomar decisiones para las cuales nadie lo había preparado. Su impulso ridículo y romántico de las corrientes que aprendió eran las culpables de una mala decisión. Si hubiese escogido a una mujer por criterio y principios, Odelia no estaría casada con él. La escogió porque era graciosa y diferente, sin embargo, aquella fue la trampa: enamorarse de alguien diferente.

Cansado de su propia actuación de mártir, se levantó y se vistió con elegancia para luego regresar a su cama y pidió a uno de sus sirvientes que su esposa fuera a visitarlo.

Se acomodó y se colocó las sábanas hasta el cuello.

—Me dijeron que pediste mi presencia aquí —argumentó con ligereza y desinterés frente a él.

—No estoy mejorando, Odelia. ¿Dónde está la medicación que sugirió el médico? —indagó, fingiendo que su voz se apagaba.

—Opino que es mejor que no vivas mucho... —dijo.

Sacó un papel de entre sus senos y lo arrojó a la crepitante chimenea. Aquella era la medicación sugerida por el médico que lo trataba. Gabriel no quería sorprenderse, aunque ella lograba darle más de lo esperado en cuanto a eso se refería.

—No pregunto siquiera la razón por la que te comportas de esta manera.

—¡Al menos deberías hacerlo! —estalló con rabia y se acercó a él. Tomó una almohada que estaba al lado —. Deseo mi libertad y siendo viuda podré comenzar de nuevo y casarme con quien desee...

Odelia colocó la almohada en el rostro de Gabriel y apretó con fuerza. Él seguía interpretando a un hombre al borde de morir. Fingió luchar por salvar su vida hasta que dejó de hacerlo para que se confiara.

Su malintencionada esposa retrocedió unos pasos y arrojó la almohada. Ella no creyó lo que había hecho. Era horrible. Miró a Gabriel que tenía los ojos cerrados, no obstante, aquellos se abrieron con violencia y él de un salto abandonó su cama.

—Ibas a matarme. Sin medicina, en primera instancia y después... ¿Así deseas mi perdón? —preguntó sin levantar la voz.

Ella se alarmó porque él se levantara de la cama e intentó escapar hacia la puerta, pero él la alcanzó.

—¿Quieres irte, querida? Te ayudaré...

Capítulo 4

Gabriel accionaba como lo haría alguien poco amable. Asió a su esposa y con brusquedad la ayudó a salir de la habitación.

—Es este el hombre en que sabía que te convertirías, Gabriel. Por fin reaccionas como uno de verdad —musitó Odelia. Sentía aquel apretón y estirón mientras iba por el pasillo de la casa.

—Hasta aquí han llegado mi paciencia y amor por ti. No te insultaré porque sería imperdonable por parte de un caballero decir los improperios que alcanzan tu talla. Tan solo me dedicaré a decir la verdad —dijo con resolución cuando llegó a la puerta de entrada de la residencia, tomando del brazo a la mujer con la que llevaba casado tres años.

Loretta y la señorita Smith, observaron con consternación la mirada de Gabriel cuando las miró al pasar por el salón.

—¿Hay algún sentimiento que tenga, lord Coventry? —interpeló con malicia.

—Tengo muchos. Esperaba que alguna vez te detuvieras para notarlos.

—Eres un manojito inerte de principios. No piensas, no sientes y eres no auténtico. Eres un libro de reglas escrito por generaciones, no tienes gracia ni un poco... —resaltó la mujer.

—¿Y cuál es tu gracia? Eres una adúltera. ¿Cuál es tu futuro sin mí? Una mujer depende de su esposo y tú ya no tendrás uno. Adiós, Odelia, te repudio...

Después de declamar aquellas palabras, él la empujó fuera de su residencia. La gente en la calle se detuvo a mirar tan poco generoso trato por parte del caballero.

Odelia se agarró del brazo dolorido y miró a su alrededor antes de intentar volver adentro, pero Gabriel le cerró la puerta en la cara.

—Quien ose abrir esa puerta me conocerá. Junte al servicio, señorita Smith. Los quiero a todos —ordenó.

Loretta se alegró de notar en pie a su hermano. Estaba asustada por creer que la muerte se lo llevaría.

—Gracias a Dios que te encuentras mejor, hermano. Odelia no merecía estar a tu lado y es bueno que se haya ido...

—Calla, Loretta. No es momento de querer congraciarse conmigo. Hay vinagre en la herida...

Una vez que se presentaron los empleados de Gabriel, se colocó frente a ellos como lo hacía siempre, con mucha seguridad.

—Están despedidos —declaró. No se podía conocer el estado de ánimo del joven conde. Sus decisiones estaban a la vista, aunque no sus sentimientos —. Les pagaba por sus servicios y su fidelidad, pero han decidido traicionar a la familia que les abrió la puerta de su casa. Para nosotros es importante confiar en los empleados y aquí no pudo ser posible. La paga de ustedes será justa porque soy un caballero de justicia. Retírense, mañana pasen por su paga.

Se quedó meditabundo por un par de minutos y luego dirigió su mirada desolada hacia Loretta y la señorita Smith.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabía o al menos lo sospechaba, señorita Smith? —preguntó acercando su delgada figura hacia ella y su hermana.

—No es un asunto que sea de mi incumbencia, milord. Fui instruida en la discreción. He tenido la tentación de contárselo cuando lo supe, sin embargo, siempre estuvo cegado por ella. De no haberlo visto usted con sus propios ojos, no hubiera creído nunca en mis palabras —justificó la institutriz.

—Es cierto. Señorita Smith, tendré que prescindir de sus servicios. No se preocupe que le buscaré un lugar digno de su altura. Loretta debe conocer a otras damas hasta que cumpla la edad en la que debe presentarse. Le resultará beneficioso notar como otras muchachas practican la discreción.

—Sí, milord —acató Edith.

Loretta en cambio no tardó en disimular su desacuerdo y alargó su rostro con una mueca de disgusto.

—Me enviarás lejos porque no puedes despedir a tu hermana, supongo —replicó, avispada.

—Irás a una escuela porque deseo que evites ciertas actitudes, Loretta. La señorita Edith es una buena institutriz, no obstante, tú siempre has pasado por encima de su autoridad. Afuera de esta casa, siendo la comidilla de Londres se encuentra lo que yo no deseo para ti —explicó refiriéndose a Odelia.

—No la imitaría ni en mis pesadillas. Deja que me quede con la señorita Smith. No quiero irme, no deseo dejarte, Gabriel.

—La señorita Smith cumplió con su cometido en esta familia, dejarla ir para cumplir su misión de educar a otras niñas es lo que debes hacer, Loretta.

Edith cogió a Loretta de los hombros e hizo que la mirara. Negó con la cabeza para que aceptara la decisión de su hermano. Parecía injusta, pero la verdad era que no era la institutriz de la muchacha, sino su amiga. Tiempo atrás había extraviado su camino por cariño hacia ella, y era el momento de encontrar otro lugar.

Gabriel hizo una reverencia y las dejó en el salón. Se encerró en su despacho, con la idea firme de no mirar hacia atrás. Sentía tentación de correr la cortina y observar si Odelia seguía golpeando las puertas para entrar o tomó su dignidad en su ridículo y se marchó a la casa de sus padres.

Tan confusas le resultaban las cosas que estaba viviendo, que se sentía desorientado. Perdonar la infamia de su esposa era impensable. Había cogido su orgullo y buen nombre como pañuelo para secarse la mugre que desprendía.

La buena reputación de su título y de su familia estaría en boca de todos por haber escogido una pésima esposa. No le quedaba otra opción que irse al campo para esconderse hasta que se olvide el escándalo, y que el mismo no alcanzara a Loretta en un tiempo más.

Estaba inmerso en comprender qué le dolía más, si su honor o su confianza traicionada. La nueva corriente de casarse por amor era algo terrible. Si escogía con mayor inteligencia y no por gustos y preferencias, estaría orgulloso de su esposa y de su posible descendencia. Su amor por Odelia era una vergüenza. Debía rebuscarse por la sensata conformista tal como lo fue su madre. Llenó a su padre de orgullo y construyó una familia que continuaba con el legado de generaciones.

La vergüenza que sentía parecía no apagarse. Después de que canceló el salario de la gente que despidió, debía conseguirle un hogar a la señorita Smith. Para ello debía recurrir a sus buenas relaciones y esperaba no tener que hablar sobre su esposa, sobre quien desconocía su paradero.

Recibió la invitación de la viuda baronesa Hastings. Una mujer joven y amable que supo ganarse la confianza de la buena sociedad. La cena que ella organizaba era un lugar interesante para lograr acomodar a la institutriz de su hermana. Muchos de los asistentes probablemente tuvieran hijas que necesitaban de una buena educación.

Por la noche acudió a la velada de la baronesa, que con su gracia y encanto se acercó a él, colocando su mano para que la besara.

—Es un placer que haya aceptado mi invitación, lord Coventry —saludó animosa. La rubia cabellera de la mujer se erguía coqueta en cada bucle que se movía con gracia y naturalidad.

—Mis disculpas por el retraso en la respuesta. Una enfermedad me tenía un tanto indispuerto —alegó a modo de excusa.

—Comprendo. Las esposas, en especial las malas suelen ser una enfermedad terminal para los caballeros como usted. No se preocupe, aquí no se hablará sobre el asunto.

Él asintió con vergüenza y toda comodidad que sintió en un principio, desapareció como por arte de magia. Si la baronesa Hastings lo sabía, significaba que todos al menos lo sospechaban. Un hombre casado acudiendo solitario a una cena, no era motivo de orgullo y más con la burla de la anfitrióna.

Mientras la noche transcurría en un ambiente ameno de conversaciones superficiales, la baronesa Hastings notó a Gabriel un poco callado y con la expresión preocupada.

—¿Ocurre algo, milord? Esperaré a que usted sea el último que se retire para conversar un poco.

—No ocurre nada, es solo el cansancio. La cena ha resultado agradable. Tiene amigos excepcionales.

—Son excepcionalmente discretos. Todos tenemos algo que deseamos esconder, lord Coventry. Quizás quiera cambiar un secreto por otro —propuso la mujer colocando una mano sobre el muslo de Gabriel.

Él se sobresaltó un poco y con nerviosismo, dijo.

—Mi secreto es que necesito un nuevo lugar para la institutriz de mi hermana Loretta.

—Soy joven y tengo amigas, pero en ocasiones me siento solitaria... —rememoró con un tono de voz ausente.

Cuando notó que delató su soledad, dibujó con prisa una sonrisa fingida y se alejó para conversar con otro de sus invitados.

La baronesa Hastings era una mujer muy bonita y de bajo perfil que gustaba de hacer amigas en la sociedad. No era ostentosa, sino una sencilla y hasta caritativa dama.

Como ella le propuso, él fue el único que quedó en su casa después que los demás se fueran. Ella estaba cansada, aunque con una sonrisa en el rostro.

—Quiero conocer a la institutriz de su hermana, lord Coventry.

—Disculpe, pero usted no tiene hijos —mencionó extrañado.

—Le agradecerá saber que fui institutriz de una familia en el campo cuando conocí al barón Hastings. Necesito una compañera, ¿qué hace una solitaria viuda todos los días? Mi situación no me permite hacer cenas tan fastuosas todas las noches, aunque sí me permitiría compañía, ¿qué opina, milord?

Capítulo 5

No podía dejar pasar la amabilidad y hospitalidad de la baronesa Hastings, razón por la cual invitó a la dama a su residencia para que conociera a la señorita Smith. Esperaba que la institutriz de su hermana no se negara.

Loretta llevaba dos días sin acercarse a él. Se sentía herida por quedarse sin la única amiga que tenía. Le parecía una tontería la decisión que su hermano tomó con respecto a ella. Alejarla no era la mejor forma de lidiar con un engaño. No era una muchacha tonta y para nada se podía atribuir ser poco inteligente para cualquier cuestión, salvo el susto que se había llevado por la sangre en sus prendas.

Escuchó que la nueva servidumbre hablaba de la baronesa Hastings y que los visitaría. Gabriel ordenó que se la atendiera con excelencia y ante la ausencia de una dama indicada, él se encargaría de que se sintiera en un ambiente agradable. Loretta desconocía lo que podía hacer aquella dama en su casa y de cierta manera estaba interesada en conocerla.

Pese a que estaba enojada con Gabriel, miró desde una pilastra a la elegante dama que se presentó frente a la casa. Quedó impresionada por la belleza de la baronesa. Era de aquella manera como deseaba distinguirse en un futuro. Le hizo hasta dejar ir un suspiro.

—Lady Loretta, las damas no espían... —alegó Edith con reproche.

—Qué dama más hermosa. ¿Por qué mi hermano tuvo que escoger a Odelia?

—No lo sé, milady. Suba a su habitación, no querrá que su hermano la pille de mirona.

—Venga conmigo entonces. Quiero que me muestre cómo se hacen aquellos bucles tan bonitos como los que tiene ella.

—Lamento decirle que deberá irse sola a su habitación. Milord requirió de mi presencia para la visita.

—Iré a cambiarme y la alcanzaré. No me interesa soportar el rostro de mi impasible hermano.

La señorita Smith le entregó una trémula sonrisa y continuó su camino hacia el salón donde estaba la dama.

—Es ella de quien le hablé, baronesa —dijo refiriéndose a la institutriz—. La señorita Edith Smith ha estado muchos años en la familia. Señorita Smith, ella es la baronesa Hastings...

—Es un gusto conocerla, señorita Smith... —saludó la baronesa.

—Es agradable conocerla... —mencionó un poco retraída. No comprendía la razón por la que el conde le habló de ella. Supuso que por su edad tendría alguna hija pequeña.

—La baronesa desea conocerla más abiertamente, señorita Smith. Le he dicho que Loretta se irá a una escuela de señoritas.

—¿Tiene hijas pequeñas, milady? —indagó la señorita Smith.

—No. Soy viuda. He pensado en lo que me dijo el conde y me agradaría que fuera usted mi dama de compañía. Le dije que antes de ser la baronesa Hastings era una adorable institutriz de una familia residente en Bath. Casi al momento de saber que usted debía dejar a su niña, percibí que íbamos a tener cosas en común y muchas conversaciones por comentar.

Loretta se presentó en el salón y con los ojos con un destello de admiración, miró a la bella y elegante mujer que estaba junto a la señorita Smith.

Gabriel asintió al ver entrar a su hermana. Sabía que ella no comprendía algunas decisiones. La señorita Smith no era culpable de lo que hizo Odelia, sin embargo, la encubrió por muchas razones. No podía estar rodeado de personas en las que no podía confiar. Loretta era la única por quien pondría las manos en el fuego.

—Ella es mi hermana. Loretta lleva muchos años de amistad con la señorita Smith. Ahora le alegrará saber que usted la llevará a una mejor posición.

—Es una niña adorable. Puedo asegurar ciegamente que la señorita Smith ha hecho un trabajo impecable con ella...

—¿Usted es la baronesa Hastings? Mi hermano ha dado muchas órdenes para recibirla como merece —mencionó con una reverencia ensayada.

La baronesa se sonrojó por el comentario que hizo la muchacha. El conde de Coventry no era el mejor parecido de Londres, pero ella presentía que debía tener otros atractivos diferentes al resto.

La señorita Smith se despidió de la Loretta en la escuela de señoritas un mes después y de ese lugar partió a la residencia de la baronesa que deseaba tener a su compañera de tiempo completo. Loretta le hizo prometer a Edith que la visitaría seguido para continuar con aquel vínculo que compartieron durante años.

Gabriel se sintió apenado por la decisión de alejar a su hermana de la casa familiar. Confiaba en que ella aprendiera lo necesario para no tener que casarse con alguien a quien no quería. No deseaba que se casara por obligación como lo hizo Odelia con él. Haría lo posible por compartir los ideales de Loretta cuando tuviera que decidir por un esposo para ella.

Su residencia en el campo era solitaria. Para olvidar su dolor y sus penas, se refugió en los caballos y en las tareas de fuerza en su propiedad. No descuidada la administración de su patrimonio, pero tampoco se dedicaba a pensar más de lo necesario. Al momento de ir a la cama cada día, se aseguraba que su agotamiento fuera tal, que le impidiera dar vueltas sobre la almohada, de esa manera evitaba cavilar.

Una mañana despertó con el interés de realizar labores fuera de su propiedad. Le comentaron de algunas necesidades de sus arrendatarios y él iría a verificar la veracidad de aquello y trabajar si hacía falta. Lo que no previó aquel día fue la visita de Odelia y de su madre.

Volver a estar frente a ella después de un mes era diferente. No era la misma sensación que él recordaba antes de saber que le había sido infiel.

Odelia evidenciaba que no estaba feliz y su madre estaba en una peor condición.

—Lord Coventry, usted no puede abandonar a su esposa —reclamó la mujer. Aquella evitó cualquier saludo o educación para Gabriel.

Él alzó las cejas por la sorpresa de aquellas palabras. Estaba patidifuso por la acusación.

—Disculpe, milady, pero no comprendo los motivos de sus reclamos. Odelia ha sido repudiada de mi casa. Si lo que desea es dinero, no estoy en desacuerdo con darle lo que pida para que no vuelva a verme.

—Ella está casada con usted. No puede abandonarla en este momento. Odelia está en cinta. Es su esposo y el hijo es suyo —expresó la mujer para no ser contradicha.

Su rostro se encolerizó, aunque no hizo más que pensar en una réplica.

—¿Piensa que cometería la estupidez de dejar mi legado a un bastardo, hijo de aquel con quien me engañó? La reputación y el buen nombre de mi familia y mi apellido están en boca de la gente a causa de las inapropiadas conductas de quien se convirtió en mi esposa.

—Si usted no recibe a Odelia es que su buen nombre se irá al fango.

Su esposa no dijo nada. Dejaba que hablara su madre. Era evidente que no deseaba estar en aquel sitio, pero ese embarazo la obligó a regresar junto a su esposo.

—Déjela, me preocupa más preservar lo que queda del legado de generaciones que convivir con su hija lo que dure su gravidez —respondió. Miró a Odelia y supuso que las cosas serían más difíciles. De ninguna manera aceptaría a un bastardo.

Pidió que la instalaran en una habitación lejos de la suya dentro del mismo hogar. Gabriel recordó que ella lo despreciaba y no podía evitar meditar en convertir su vida en un infierno aprovechando sus ventajas porque sabía que no estaba arrepentida de sus actos y menos de haberle dicho lo que creía de él cuando pensó que sería libre.

Los meses obligaron a ambos a convivir con más frecuencia que antes. Odelia sentía la soledad y la molestia de un vientre creciendo. Su amante no había siquiera preguntado por ella. Una vez que fue descubierto, desapareció sin dejar rastro para que lo encontrara. Notaba que Gabriel era un buen hombre y a quien no supo corresponder en esos años que llevaban casados.

Él no le había hablado sobre su destino o el de su hijo. Se preocupaba porque estuviera cómoda y se alimentara como debía.

—¿Qué ocurrirá conmigo después de que nazca el niño? —preguntó una noche durante la cena.

—Lo único que debes saber es que no me haré cargo de él. Ambos sabemos que no es mío —contestó con franqueza.

—Lo siento.

—Es tarde para eso, Odelia. Puedo darte una vida lejos de aquí junto a tu hijo. Las colonias podrían ser un buen lugar para iniciar una nueva vida.

Ella agarró la mano que él colocó sobre mesa después que dejó su copa.

—Lo abandonaré por ti. Puedo ser la esposa que en verdad mereces. He sido frívola y desleal. El hombre a quien tenía como un ejemplo de lo que debiste ser, se fue sin decir nada, en cambio tú sigues aquí, junto a mí.

—No confundas mi hospitalidad con amor. Lo que sentí por ti es algo que quedó en el pasado —alegó cogiendo la mano de Odelia para dejarle un beso antes de abandonar la mesa.

Al alejarse del comedor, Gabriel suspiró, preso de aquel sentimiento que aún albergaba por Odelia. No debía ceder a la tentación de aceptar su ofrecimiento. No tardaría en parir a su hijo y buscarse un nuevo amante de turno.

No estaba dispuesto a una nueva humillación. Su orgullo se lo impedía. Interpondría su orgullo antes que sus rebeldes sentimientos. En ocasiones, al observarla cuando ejecutaba el piano, pensaba en que era la mujer más perfecta que existía y que aquello que estaba en su vientre era su hijo. Había soñado con que Odelia le dijera que lo amaba, no obstante, en la realidad no ocurriría.

Para cuando el verano llegó a la propiedad, Odelia estaba en trabajo de parto con una comadrona. Aquello le resultaba familiar, pues recordaba el nacimiento de Loretta, fue la última vez que vio a su madre y pese a que rechazó la tentadora oferta de Odelia de ser la esposa perfecta, no deseaba que se tuviera la misma suerte que su madre.

Escuchó el llanto de un bebé en la habitación. Después de un momento, la comadrona salió para enseñarle al niño envuelto en sábanas.

—Es un niño, lord Coventry, uno muy grande... —informó.

Se lo colocó en los brazos y observó al niño cubierto aún por la sangre de su madre.

Él entró a la habitación con el niño en brazos y lo colocó junto a ella. Odelia estaba pálida y su respiración era angustiosa.

—Es un niño —contó para que lo escuchara.

—Mi deseo es no verlo, Gabriel —confesó con dificultad—. Un orfanato es donde irá, no

deseo nada que me recuerde que fui una pésima esposa.

—Es tu decisión, pero nada entre nosotros cambiará...

Capítulo 6

Cuatro años después...

Pocas fueron las veces en que regresó a Londres. Su reputación —pese a todos sus esfuerzos— cayó en desgracia. La muerte de Odelia había sido terrible y perturbadora.

Al poco tiempo de nacer el hijo de ella, al que dejaron en un orfanato en Francia, enloqueció por las negativas educadas de Gabriel. Él no volvería a tenerla como esposa, nada había cambiado en esos meses que ella quedó junto a él en su propiedad hasta que decidió irse sin rumbo, le pidió dinero y desapareció por un tiempo.

Gabriel pensó que su paz regresaría. Por algún papeleo regresó por unas semanas a Londres y fue visitado por Eleonor, la baronesa Hastings, que le tenía en aquel entonces mucho aprecio por haberle brindado la excelente compañía de la señorita Smith.

Ninguno tenía idea de que Odelia estaba perturbada por los rechazos de su esposo a sus intenciones de ser aceptada como esposa. Ella fue rechazada de los círculos sociales que frecuentó y del hombre que fue su amante, no quería oír siquiera su nombre. Se había desentendido desde que fueron descubiertos.

La vida de Odelia no encontró paz porque deseaba la comodidad y las atenciones que rechazó por una frívola y efímera felicidad. La tranquilidad y el afecto medido que le profesaba su esposo en aquellos buenos tiempos, nunca regresaron. Conoció a Gabriel de otra forma. Rígido, apático y hasta desinteresado, aunque siempre educado. No perdía sus formas de tratar a los demás ni si ella lo desequilibraba. Al saber que estaba en la misma ciudad que ella, regresó para insistir en que vivieran como esposos. Su intento de hacerlo se desbarató porque vio a una dama elegante salir de su residencia en compañía de la que fue la institutriz de Loretta. Él le comentó sobre la baronesa Hastings en unas oportunidades, sin embargo, ella comenzaba a hilar de manera equivocada la relación que existía entre ambos.

—La señorita Smith me ha dicho que sería apropiado visitar a su hermana cuando ella regresara de la escuela de señoritas. Estamos a pocos días de que eso se cumpla. ¿No le parece que podríamos ir en caravana a su propiedad en Wiltshire...? —comentó la baronesa Hastings a Gabriel que se notaba pensativo observando por la ventana hacia la bulliciosa calle Cheaspide, sin prestarle mayor atención—. ¿Me escuchó?

Gabriel sintió que la baronesa se colocó detrás de él y comenzó a acariciar su pecho para que supiera que estaba ahí. Él rozó las manos de ella y se giró para agarrar su rostro.

—Lo siento, estaba distraído. No me gusta venir a Londres, simplemente la necesidad me impulsa.

—Han pasado tres años desde que ocurrió. Es probable que la gente lo haya olvidado.

—Nadie olvida a quien mató a su esposa...

—Usted sabe lo que ocurrió. No es su culpa...

—Disculpe que prefiera dormir en su compañía que en mi casa.

—Siempre es bienvenido a mi cama. Me haría muy feliz que viniera con mayor frecuencia —resaltó Eleonor con una sonrisa pícaro en el rostro.

—Lamento hacer que pierda su valioso tiempo conmigo, pero disfruto de sobremanera de su compañía y de la discreción de la señorita Smith.

—Nos hacemos compañía mutua, de una que no me puede brindar la señorita Smith por más amable que sea no dispone de los atributos propios de un caballero... —mencionó.

Ella metió sus manos por debajo de la camisa de Gabriel y lo acarició con insistencia. Fue correspondida con la devoción del hombre por despojarla de sus molestas prendas.

Gabriel y Eleonor convirtieron su amistad en algo más en aquellos años. Llevaban dos años siendo amantes en discreto. En ocasiones él la visitaba en Londres y en otras ella iba a Wiltshire a quedarse unos días a su lado. Contaban con la discreción de la servidumbre de cada casa.

No sabían cómo ocurrió, aunque sí habían pactado que no existiría compromiso de ninguno. Gabriel no estaba dispuesto a ser engañado por segunda vez. Lo único que le restaba era encontrar un buen pretendiente para Loretta, pues no existía buen nombre que cuidar.

Él se apoderó con voracidad de los labios de Eleonor y se entregó a la ardiente y apasionada amante que tenía. Aquella lo hacía sentir como un hombre de verdad, se regocijaba en su rostro de goce al ser poseída por él. Parecía que alguien lo apreciaba como merecía, después de las palabras de Odelia que jamás se borrarían de su mente.

La llevó hasta su lecho y en aquellas sábanas blancas, se abrió camino a consumirse en su ardiente olvido que le proporcionaba la buena compañía de Eleonor. Siempre lo recibía con ansiedad y lo halagaba por sus dotes de ser un buen amante. Con ella no existían complejos ni vergüenzas, solo libertad de ser quienes querían entre las cuatro paredes que los albergaban.

Después de disfrutar de aquel encuentro, Gabriel dejó dormida a su acompañante y se vistió para sentarse y seguir observando por la ventana.

Debía hacer oídos sordos a quienes lo llamaban asesino. No iba a ninguna convención social y no porque le faltaran invitaciones, sino porque su reputación sería juzgada. Suponía que no volvería a casarse en lo que le quedaba de vida. Había pasado sus treinta años, no tenía hijos y tampoco sentía deseo de engendrarlos. Eleonor sería una esposa muy apreciable, sin embargo, tal como lo sedujo a él, podía seducir a otro. Convivir con un hombre de su carácter poco grácil no sería fácil para nadie y podía huir como lo hizo Odelia, reclamarle sus defectos y pisotear su orgullo de ser un varón. Aquella mujer que reposaba en la cama era libre de irse cuando lo deseara al igual que él también podía abandonarla sin mayor inconveniente, más que amantes

eran amigos.

Cuando acabó sus diligencias en Londres, no perdió el tiempo y partió para regresar antes que Loretta. Pensar en que vería a su hermana después de meses, lo emocionaba. Estaba tan cambiada, hermosa y más inteligente que antes, incluso la creía peligrosa para contraer matrimonio con alguien que no tuviera una tolerancia al carácter vivaz de Loretta.

Eleonor también partió con la señorita Edith en un carruaje detrás del que llevaba a Gabriel. Aquellas dos conversaban sobre la pronta presentación de la muchacha. Como ambas fueron institutrices soñaban con el momento en que sus niñas educadas fueran a aquel gran paraje de conseguir su propio futuro.

El paisaje cubierto de mucho follaje y preciosas vistas, distrajo a los viajeros hasta llegar a la propiedad que estaba bastante alejada del pueblo más cercano. La vida del campo cambió por completo a Gabriel. Vivía en su propio mundo, alejado del resto. Su campo, sus arrendatarios y los caballos se habían convertido en su vida. No solo cambió su vida, sino su apariencia. Tanto esfuerzo físico lo convirtió en un caballero de hombros más anchos y más esbelto que su anterior figurar alta y delgada. Su piel estar curtida un poco por el sol en sus antebrazos y su cuello. Aquel blanco fantasmal de su piel, se transformó en un tono dorado.

Se hospedaron en una posada a mitad de camino para descansar y comer. Como era de esperarse, la baronesa se quedó en la misma habitación que él para acompañarlo, puesto que en su casa no podría hacerlo. Loretta era muy perspicaz. Llegó a insinuarle en una de sus visitas que su hermano era un codiciado viudo y que a ella no le molestaría que se convirtiera en la cuñada que esperaba.

El tiempo no se desaprovechaba en la habitación. Gabriel estaba cansado por el viaje, pero no lo suficiente para dejar pasar una oportunidad. Podían pasar meses sin ver a Eleonor si ella no se presentaba en su propiedad o si él no iba a Londres. Eran amantes ocasionales.

—Loretta estará contenta con el recibimiento que le hará en la propiedad. Se llevará una sorpresa —musitó recorriendo con las manos desde los senos de Eleonor hasta la parte baja de su vientre en un jugueteo complaciente.

Ella sonrió e hizo que la mano de él se quedara sobre su vientre.

—Sí, no obstante, no quiero conversar sobre ella si necesito su atención por completo. Ya hablaremos largo y tendido cuando esté frente a nosotros.

Se colocó sobre ella con un gesto pícaro en el rostro y se sumergió en el placer de su cuerpo. Tenía razón en que no era momento de hablar de otras personas, sino que debían atenderse mutuamente antes de quedar relegados al lugar de meros oyentes ante los interminables monólogos de la pequeña hermana de lord Coventry.

Mientras dormía, soñó con el hombre que fue amante de Odelia. Lo último que supo de él, fue que huyó cobardemente para no asistir a un posible duelo con él por el inexistente honor de su esposa. No era un mentecato para defender lo que no existía. No estaba en duda nada en absoluto, ni siquiera la moral de Odelia, porque no la tenía. No retaría a nadie por algo que

carecía de sentido.

No olvidaría las últimas palabras que le dijo Odelia aquella desafortunada noche en que tomó la decisión de acabar con su vida en su residencia en Londres. Lo culpó de ser amante de la baronesa Hastings antes de serlo en realidad, y también le dijo que esperaba que su antiguo amante fuera infeliz por siempre como ellos lo fueron y eso era lo único que compartía con ella, por eso quedó en su mente como un estruendo que se repetía una y otra vez.

Capítulo 7

Al cabo de siete días Loretta regresó a su casa convertida en un joven de casi dieciocho años. Estaba más alta, esbelta y hermosa. Su cabello marrón era brillante a cualquier reflejo de luz. Sus bucles estaban como deseó desde que conoció a la baronesa Hastings.

—No te preocupes, Gabriel. No voy a llorar en tu puerta por las mañanas. Soy una dama a punto de casarse, aunque todavía no exista un candidato —expresó antes de abrazar a Gabriel que salió a recibirlo con la baronesa Hastings, la señorita Smith y el resto de la servidumbre.

—Me alegra saber que no me despertarás tan temprano.

—Querida señorita Smith, he pensado tanto en usted y sus enseñanzas cuando estuve allá. Algunas eran tan salvajes. Me dije: "Cómo fue posible que no le hiciera caso a usted para estar en aquel lugar con esas niñas". La extrañé mucho. Y a usted, mi estimada baronesa, hasta la he soñado. Ya estoy crecida para las conversaciones prohibidas.

Eleonor rio, aunque un tanto nerviosa por la mirada que le dedicó Gabriel después del comentario de su hermana. Sin dudas no aprendió el valor de la discreción en la escuela de señoritas.

—También me alegro de verla. El conde ha pedido una cena pensada para usted.

—Faisán ¿no es cierto, Gabriel?

—Pensé en el pato, pero recordé que muchos gustos y hábitos no cambian con el tiempo.

—¡Pues ya estoy pensando en ese faisán! Sígame, señorita Smith y usted también, baronesa. Mi hermano es un hombre con demasiadas ocupaciones para atendernos a todas —refirió. Cogió del brazo a la señorita Smith que se fue sonriente.

La baronesa miró a Gabriel e hizo un gesto de pena con las cejas. Él asintió para que le hiciera caso a su hermana porque sí tenía ocupaciones en el campo que incluso lo privarían del almuerzo.

Pasó parte del día subiendo y bajando del lomo de sus caballos. Adiestrarlos era una de sus grandes pasiones. Notó que uno de los lacayos de la casa estaba junto al cercado observándolo con ansiedad.

—¿Qué ocurre? —preguntó acercándose hasta él.

—Lady Loretta exige su presencia para el almuerzo. Dijo: "Se arrepentirá de haberme abandonado en una escuela de señoritas tontas si no viene a comer".

Él se sonrojó al darse cuenta de que los demás lacayos escucharon lo que dijo. Pero, era bien

sabido que adoraba a su hermana y que no podría negarse a tan dulce pedido.

—Gracias.

Caminó con tranquilidad hasta la casa y buscó a las damas. La baronesa Hastings y su hermana estaban riendo sentadas alrededor de la mesa.

—No podía negarme a tan amable pedido —dijo, socarrón.

—Le dije, baronesa. Él sabe cuándo debe obedecer.

—Tiene razón. Milord, su hermana lo conoce con una terrible exactitud, casi podría convertirse en la debilidad de un hombre fuerte —agregó Eleonor.

—Mi padre, decía: "Siempre hay una mujer que nos domina". Y Loretta me domina.

—Hasta que llegue otra mujer y espero que no sea como Odelia —replicó—. Si Gabriel me deja, escogeré a alguien para él.

—Es mejor que te preocupes por escoger bien para ti que por mí, porque lo más probable es que me herede algún primo antes que un hijo —alegó. Agarró una servilleta y la extendió.

—Lo dudo. Está por demás decir que con respecto a mi elección, escogeré a alguien como tú. Inteligente, amable y preocupado, salvo por mandarme a una escuela de señoritas.

—Sería inadecuado alguien como yo. Lo manejarías a tu antojo.

—¿Y por qué piensas que quiero a alguien como tú? —inquirió, jocosa.

Su hermana Loretta no llevaba un día en la casa y él podía comprobar que la escuela de señoritas no hizo mayor efecto en ella. Continuaba lengua suelta y dominante como años atrás. Aún no sabía quién sería el infeliz que caería en las garras de aquella capitana.

Escuchó que embarullaba a la inocente baronesa Hastings casi hasta el cansancio, pero Eleonor era una dama de paciencia infinita y sin hacer mucho siguió con el juego de su habladora hermana.

Se despidió de las damas para volver a sus menesteres que lo requerían, mientras las demás se sentaron en el salón para hacer cosas que él creía, eran propias de damas.

—Yo sé bordar muy bien, pero es algo muy lento para mí —comentó Loretta.

—¿Y qué desea hacer, lady Loretta? —inquirió la baronesa. Ella tomó un bordado para continuarlo.

—La señorita Smith sabe que yo deseo escribir. He tenido ideas de cómo hacer una novela. Mi hermano pensaría que estoy perdiendo mi tiempo, pues es demasiado tradicional para lo que debe ser una dama. Al menos creo que será más juicioso al escoger a una segunda esposa porque dejará que yo sea la voz de la razón en esta ocasión.

—Milady, no creo que su hermano esté interesado en semejante hazaña —replicó la dama de compañía de la baronesa.

—Escogí a la candidata perfecta y es nada más y nada menos que la baronesa Hastings... —contó. Miró a la susodicha que no dijo nada hasta que pilló la insistente mirada de la muchacha.

—No es posible. En estos años hemos cosechado una amistad respetuosa. Que no la ciegue el hecho de querer poseer a mi dama de compañía. No le devolveré a la señorita Smith.

—Indistintamente de lo que me diga, mi opinión sobre la mujer perfecta para él no ha cambiado y si piensa que voy a aceptar a otra que no sea usted, está muy equivocado.

—Milady... —pronunció la señorita Smith.

—No acepto negativas, señorita Smith —replicó Loretta antes de levantarse para ir por un cuadernillo que tenía y una pluma para su escritura.

—Será difícil encontrarle un candidato a esta niña, señorita Smith. Ni en mis mejores años de institutriz me ha tocado semejante gruñona.

—Sí, baronesa. El hermano de lady Loretta ha mencionado que se irá con nosotras a Londres. Será un trabajo difícil que él no pueda encargarse de su hermana para que escoja un buen prospecto.

—Le hablaremos de cada uno de ellos. No tendrá reparos en ir a Londres para conocerlos. Le importa la felicidad de su hermana incluso más que la suya. Después de que se case lady Loretta, nosotras dos iremos a un viaje un poco largo, señorita Smith. Mi hijastro me ha dado un poco más de dinero por medio de su administrador. Es un joven muy atento —comentó Eleonor cuando bordaba.

—¿Dejará al conde?

—Sí. Si él deseaba casarse conmigo, lo hubiera pedido, sin embargo, no lo hará. En cualquier momento llegará alguien más joven e interesante. Soy una compañera y comprendo lo que significa, señorita Edith. Tarde o temprano acabará, todo lo que empieza tiene un final.

La baronesa sabía que si Gabriel hubiese querido casarse con ella, estarían casados hacía tiempo. No obstante, sabía que no podría tomar una decisión después de lo que vivió junto a Odelia. Admitió que dejarla vivir con él durante su embarazo fue un error inocente e inconsciente. No imaginó que ella terminaría muerta en sus brazos y con una acusación de asesinato en sus hombros.

Para la cena, Loretta saboreó el festín que fue preparado en su honor. Pudieron haberlo hecho para el almuerzo, pero Gabriel estaba más descansado y atento al momento de la cena. Deseaba ver el rostro de su hermana compartiendo en la mesa.

—¿Te gustaría ir a Londres con la baronesa, Loretta? —indagó. Se llevó un retazo de carne

de faisán a la boca.

—¿Y tú?

—No responde a mi pregunta, Loretta.

—Tampoco respondes. ¿Acaso piensas dejarme en manos ajenas? Excuse mis modales, baronesa.

—Evito ir lo más que se pueda a Londres.

—¡No eres un asesino!

—¡Eso díselo a quienes me acusan! —gruñó. Arrojó su tenedor a la mesa.

Eleonor se sobresaltó al igual que Loretta al notarlo alterado.

—Por una vez, Loretta, hazme caso. Confío a plenitud en la baronesa Hastings para que cuide de ti. Sin dudas estaré involucrado para saber sobre tus pretendientes —dijo, calmado.

—Otra vez vas a deshacerte de mí, Gabriel. Lo entiendo... —mencionó sin dejar que se le escapara una lágrima —. No he probado faisán mejor cocido que este...

Gabriel había decepcionado una vez más a su hermana pequeña. No estaba dispuesto a exponerse en Londres. Si estaba alejado de su hermana, era probable que terminara casada pronto.

Después de una semana, Loretta partió con la baronesa y la señorita Smith, dejándolo solo en su propiedad. De nuevo terminaría sumergido en el trabajo, pues la distracción y el trajín se habían ido.

Mayfair Street, Londres. Residencia del Conde de Shrewsbury y Waterford.

Lady Anne Musgrave esperaba sin mucha ansiedad el encuentro de su padre con un caballero con el que había coincidido en una velada de invierno en donde la llevaron sus padres. Era una debutante sin muchas aspiraciones y sin un talento que la distinguiera del resto de las muchachas. Tampoco era una beldad o una belleza ambulante. Si no se hacía los arreglos pertinentes, su frente se vería tan grande como un corral de caballos. Pensó desde siempre que con suerte se casaría. No se hacía de demasiadas esperanzas que aquel encuentro prosperara.

La figura encorvada de su viejo padre se presentó frente a ella e hizo un sonido con la boca.

—Enhorabuena, mi última hija se irá bien casada. Iniciar la temporada comprometida es lo mejor que le ha ocurrido al maltrecho corazón de tu padre, querida Anne —comentó con una sonrisa —. Tres hijas, tres dotes, tres preocupaciones, tres...

—Ahora no le queda ninguna. He quedado muy conforme, ¿está seguro de que Howard Villiers conde de Jersey se interesó en mí y no se equivocó de residencia? Me es inexplicable la razón por la cual decidió pedir mi mano en esta primavera. Tan solo nos hemos visto cuatro

veces.

—Querida, estaba entusiasmado. Creo que le agradas mucho. Eres muy inteligente.

—No creo haberle demostrado suficiente inteligencia o alguna cualidad distinta al resto. En fin, me casaré y es lo que interesa.

Capítulo 8

Howard Villiers abandonó la residencia del Conde de Shrewsbury y Waterford y antes de subir a su carruaje, suspiró y entró.

—¿Qué ha dicho el viejo conde? —indagó Charles Fitzmaurice, Marqués de Lansdowne y amigo suyo.

—Fue un interrogatorio extenso. Me cuestionó ser o haber sido un mujeriego. Como me has recomendado, guardé silencio y dejé que me descuartizara.

—Es lo que un buen prospecto debe hacer, al menos es lo que me dijo el preceptor cuando era un muchacho —resaltó hurgando en sus recuerdos.

—Sí, sí... —musitó sin darle importancia—. Lo que me interesa es que esta simpática muchacha levante el buen nombre de mi apellido que está ajado. Solo un buen matrimonio me permitirá abandonar mi petimetre reputación. Ella es la indicada, no habla demasiado, se conforma con lo que le digo y sin dudas no será una molestia.

—No era lo que me dijiste después de la navidad. Recuerdo que habías enfatizado su buen ver, su conversación y su baile...

—¡Bien, bien! ¡Me agrada! —aceptó. Golpeó el techo de su carruaje para que se fueran.

—Esta temporada es decisiva. Tienes casi treinta y cinco años, no hay herederos y te has gastado parte de la fortuna en juergas y mujeres a las cuales no pedirías en matrimonio. A Dios gracias me has escuchado.

—Charles, a ti te deberé si esto no es lo mejor para mi vida. Ahí va mi soltería y la buena vida que tenía por quien sabe qué tipo de demonio dominante que querrá mantenerme en casa. No más juergas...

—Era momento, antes de que alguien menos paciente y reservado que el conde de Coventry decidiera acabar contigo por acostarte con su esposa —enfaticó.

—Bien sabes que no me retó, pero con el tiempo asesinó a Odelia.

—Reza con las rodillas sobre el maíz para que lady Anne no sea como la fallecida condesa de Coventry.

—Esta sería incapaz. Es temerosa del castigo divino y cada domingo no sale de la iglesia. Además, tendrá a un excelente amante en su casa, no como las quejas que daba Odelia de su esposo. Es vergonzoso para un hombre que su esposa estuviera insatisfecha —comentó con seguridad.

—Es probable que tengas razón. Devuélveme a la residencia de donde me sacaste para que te diera valor. Mi madre debe estar preocupada por ver que salí contigo hace demasiado tiempo.

Howard se carajeó y lo señaló con el dedo.

—Debe estar ansiosa por contarte de alguna buena candidata que escogió para ti. No ha dejado de hacerlo desde hace años.

—No puedo dilatar el matrimonio por más tiempo. Deberé casarme al igual que tú. He vivido suficiente a mis anchas para seguir en las mismas. Las obligaciones me requieren, los derechos han terminado.

—También reza para que no te toque una mujerzuela. Uno solo se casa una vez y la eternidad es muy larga para la mujer equivocada...

Los dos asintieron a esa afirmación y fueron hasta la residencia en la que vivía Charles y que estaba a varias calles de distancia.

Su amistad con Charles era de años, aunque de manera reciente se encontraron de nuevo. Aquel era un tanto juicioso porque su madre lo hincaba hacia lo correcto y tradicional. Lo convenció de que la mejor postura que podían tomar era la del matrimonio con mujeres de familias acomodadas y que fueran costumbristas. Era poco recomendable fijarse en damas problemáticas y que adoraban la atención, Charles en verdad odiaba a ese tipo de mujeres. Esperaba haber tomado una buena elección al decidirse por la correcta, discreta y conformista lady Anne Musgrave.

Anne por su lado y, olvidando la felicidad y el alivio de su padre al casar a su última hija, evitó pensar demasiado. No obstante, le costó conciliar el sueño esa noche. Su progenitor le dijo que el conde de Jersey fue un hombre disipado en el pasado, y le pidió que no tuviera malos pensamientos con respecto a eso. Aseguró también, que aquellos varones extraviados tiempo atrás, no volvían a las andanzas.

Ella no podría juzgar lo que había hecho, solo lo que haría siendo su prometido o esposo. Era afortunada al tener como futuro marido a uno de los más atractivos partidos de Londres. Siendo ella tan poco favorecida por la naturaleza como se consideraba para su falta de habilidad en lo más básico que eran la belleza y la ejecución de un instrumento. Dios se había ensañado en darle dos manos izquierdas y también una frente prominente.

La doncella entró a su habitación y se colocó detrás de ella que estaba frente al espejo de su tocador. La vela dejaba una tenue luz amarilla en su suave tez. Sus ojos no podían evitar notar el brillo en su grandiosa frente. Sus ojos le parecían muy grandes para su rostro de frente amplia, mentón pronunciado y boca pequeña. Era desproporcionada.

—Lady Anne, recuerde no desvelarse para mañana. Me dijeron que la vista apropiadamente para ir a un baile. Es probable que su prometido esté ahí... —murmuró su doncella casi en su oído, al tiempo que hacía un nudo con una tela en los cabellos de Anne para definir sus bucles.

—Pienso que soy, de manera obscena, muy afortunada por el prometido que me tocó. Mis

hermanas están extasiadas, y mi padre no podría decirse más. Su corazón reposa tranquilo al no dejarme a la deriva si se muere. Opino que él estaba viviendo por este momento...

—No diga eso. Su padre aún está muy cuerdo y lleno de vitalidad. Sin dudas es afortunada. Se ha quedado con el partido más atractivo de la temporada. Será el blanco de la envidia de muchas mujeres.

—Estoy preparada para estar en boca de muchas personas. Mi prometido no ha sido un santo y dará que hablar. Una buena prometida defenderá su compromiso de manera educada y con una excusa adecuada. Por mis escasas habilidades, aseguro que dirán que se casa por mi dote...

—¿Y qué respondería usted?

—Que mi dote es mal alta que la del resto, pese a ser mentira. Alguna razón debe haber para escogerme y si a los curiosos les gusta pensar que es por mi dote, despertaré la envidia de mis pares con esa respuesta.

—Es muy brava, lady Anne.

—Una no se casa todos los días con tan buen pretendiente. Mi vida es como la pensé: ordenada, tranquila y recta. No hay nada que haga más feliz a alguien que una vida sin sufrimientos y sobresaltos.

A la noche siguiente, Anne se encontraba como asistente al baile al que fue invitada. Se juntó a conversar con sus compañeras de la escuela de señoritas. Sabía que muchas no estaban contentas con que ella iniciara la temporada comprometida con un buen prospecto. La envidia en la alta sociedad de Londres era exigente y demandante con las damas.

Loretta no se había despegado de la baronesa Hastings y de su dama de compañía, esperaba conocer a las matronas que aquella quería presentarle para que pudiera llegar con buena reputación hasta sus hijos.

—Su señoría... —saludó Eleonor con una reverencia a la marquesa de Lansdowne.

—Ha estado desaparecida, baronesa Hastings. La envié a buscar la semana pasada —resaltó la marquesa.

—Fui a buscar a Lady Loretta, a quien le quisiera presentar.

—¿Y quién es la muchacha? —indagó. Colocó sus vidrios en sus ojos para buscarla.

—Es la hermana de lord Coventry...

—¿Coventry?

La marquesa no quería escandalizarse al escuchar aquel título. Sabía que el conde de Coventry era sospechoso de matar a su esposa. No quería desairar a su buena amiga, diciéndole que no deseaba que su hijo conociera a la muchacha.

—Oh, querida. Debo salvar a mi hijo de malas compañías. Volveré pronto... —se excusó al mirar hacia la entrada a su hijo que estaba con Howard.

Eleonor se hizo a un lado para dejarla pasar. Observó a Loretta y se dirigió a ella.

—Sé leer los labios. Mencionó el título de mi hermano y fui discriminada al instante —dijo Loretta.

—No es así, lady Loretta —se apresuró a decir la señorita Smith.

—Señorita Smith, no tengo doce años. Válgame el cielo de querer casarme con el hijo de aquella urraca. Debe ser un solterón, de baja estatura y con una nariz prominente. ¿Quién se ha creído para despreciarme?

—Por favor, lady Loretta. No es lo que piensa. La marquesa volverá. Fue para buscar a su hijo que estaba llegando —justificó Eleonor. Sabía que Loretta no estaba muy lejos de la verdad.

La madre de Charles se acercó y lo cogió del brazo para alejarlo de donde estaba la baronesa Hastings.

—¿Quién acompaña a la baronesa, madre? —preguntó curioso al notar la presencia de una muchacha bella. Sus bucles castaños y la forma armónica de su rostro, llamaron la atención del joven marqués.

—Nadie, cariño.

—¿Cómo que nadie? Es hermosa, ¿no piensa presentarme? —interpeló sorprendido.

—Ni en mis pesadillas. Es la hermana de lord Coventry. En su sangre debe estar desear matar a los demás y no pondré a prueba que tú puedas ser el próximo, Charles. Cualquiera en este salón puede ser tu futura esposa, pero no aquella...

Lo que su madre le había dicho parecía no hacer mella en él. De hecho, no escuchó una sola palabra. Tenía puestos los ojos en aquella, al igual que Howard que la recordó de cuando era una niña. Ella presencié su amorío con Odelia, nadie lo sabía en Londres, salvo lord Coventry y su hermana.

Capítulo 9

Howard siguió a Charles hasta el centro del salón, lugar donde lo había llevado su madre. Mirando a su alrededor, el sonido de su saliva pasando por su garganta hizo eco en su cabeza. Esperaba que aquella muchacha hermana de lord Coventry no tuviera conocimiento de su prometida. Sería vergonzoso estar vinculado a una mujer casada y asesinada por su esposo.

Buscó a lady Anne y la encontró abanicándose junto a otras jóvenes.

—Iré por lady Anne —anuncio a Charles, cogiéndole del codo.

—Después hablaremos sobre la hermana de lord Coventry...

Él asintió y partió a largas zancadas hasta Anne. Las muchas que la acompañaban sonrieron con coquetería al verlo acercarse. Anne se giró y frente a ella se colocó Howard con una sonrisa complaciente. Hizo una reverencia con la mano izquierda en su espalda.

—Buenas noches, amables señoritas. Mi intención es robarme de esta tertulia a lady Anne para honrarme con su presencia... —musitó halagador.

Aquellas jóvenes los miraban extasiadas, esperando que alguno de los varones del baile se acercara a ellas para pronunciar al menos un cuarto de lo que había dicho el caballero que se llevaría a Anne.

—Milord, buenas noches. Creí que no vendría.

—Sería incapaz de dejarla abandonada. Es nuestro primer baile como prometidos —mencionó.

Hizo una reverencia más y se despidieron de la tertulia compuesta de varias muchachas. Él la asió de la mano y luego la colocó en su antebrazo para pasear por el salón hasta que terminara la pieza y pudieran bailar.

—Suenas prometedor. Le agradezco haber decidido por mí. Bailó conmigo cuatro veces, y sabe que no soy buena bailarina... —contó sonrojada.

Él evitó reír. Desvió un poco la vista, después, se quedó a observarla.

—Es agradable. Lo medité bastante antes de tomar la decisión. Me pareció correcta desde un principio y perfecta para la esposa que busco.

—Sus palabras me adulan demasiado.

Anne se sentía plena y agradecida de casarse. No importaba que fuera un matrimonio concretado por su padre. Era afortunada de que fuera tan buen mozo. Era incluso una injusticia

que alguien de su poca belleza se casara con alguien tan atractivo como él. De entre sus pobres sueños de prospectos a esposos, el más galante tenía su dentadura completa. En el caso del conde de Jersey, parecía una realidad increíble. Nada se parecía a lo que pensó o imaginó para ella en un futuro. Tantas veces el espejo le dijo que no era la más bonita de todas, sin embargo, era sensata. Los esposos para las sensatas no eran de una belleza cegadora sino más bien, era un poco de agua en el desierto o lo más parecido a los cristales de una anciana.

Loretta pudo reconocer al hombre que se involucró con la esposa de su hermano. Estaba en espera de una danza, conversando en intimidad con la mujer. Aquel estaba impune por causarle tanta infelicidad a su hermano. La sonrisa que podía ver en su rostro, ella no la notaba en el de su hermano, a quien aquel desliz le quitó hasta el alma.

—Aquel es el sinvergüenza con el que Gabriel encontró a la adúltera de Odelia. ¿Cómo puede estar aquí? —farfulló sin perder de vista a la pareja.

—Lady Loretta, es parte del pasado...—replicó Eleonor, cogiéndole del antebrazo.

—Un pasado que me robó a mi hermano, que lo acusa de asesino, ¿de qué pasado habla? Es el presente. Observe la desvergüenza de aquel, quizás cortejando a la prometida de alguien más —dijo indignada hasta el último bucle.

—Piense como su hermano, lady Loretta. Él debió superar ese revés de su vida. No cometa una imprudencia, se lo ruego. Lord Coventry la ha puesto en mis manos.

—Porque él es incapaz de tomarme en las suyas. Me quedaré soltera, pero con gran placer si llego a decirle lo que opino sobre su moral.

Eleonor se exaltó al escucharla con tal decisión en sus palabras. Loretta se escapó de su agarre y caminó apresurada, aunque por el camino tuvo un incidente con otro invitado.

—Disculpe... —pronunció para continuar su camino, pero el caballero no se quitaba.

—Buenas noches, olvidaré el incidente si baila conmigo una pieza... —propuso.

—Será en otra ocasión. ¿Podría dejarme pasar? —inquirió apresurada. No quería que aquella pareja bailara. No podía perderlos de vista.

Charles, que se había puesto en su camino para que pareciera un accidente para presentarse miró hacia el sitio donde ella tenía puesta la mirada.

—¿El conde de Jersey le prometió un baile y no lo cumplirá? Mi amigo es poco ortodoxo en las fiestas...

Los ojos de Loretta parecieron llenarse de fuego al escuchar al desafortunado invitado al que atropelló en un arrebato.

—¿Amigo? Escoja mejor a sus amistades, caballero. No bailaré con usted ni si fuera el único disponible en la misma Londres siendo amigo de aquel infame —rugió con enojo. Retrocedió

unos pasos y pisó por accidente a la baronesa Hastings que quería evitar que hiciera un escándalo que ni siquiera le correspondía. Loretta se tomaba personal el daño que le habían provocado a su hermano, y por el contrario al carácter amable y educado de Gabriel, aquella era una tromba furiosa que amenazaba sin piedad. Era decidida, segura de sí y con una altanería no vista en su familia durante generaciones.

—¡Vaya que ese comentario me ha tomado de sorpresa! —mencionó Charles, sonriente—. Howard se casará con lady Anne Musgrave, la hija del conde de Shrewsbury y Waterford. Lamento destruir sus ilusiones...

—¿¡Casarse!? ¿Lo ha oído, baronesa Hastings? —increpó, inquebrantable. Loretta era incapaz de notar que aquel hombre parado junto a ella, no tenía algo que ver en el asunto de su hermano.

—Lo oí. Disculpe, señoría. Lady Loretta ha tenido un viaje pesado —se disculpó Eleonor ante el hijo de la estimada marquesa y cogió del brazo a la alterada muchacha.

—¡Qué encantadora muchacha, a mi madre le encantará! —expresó, sarcástico.

La noche para Loretta había sido suficiente. Eleonor estaba avergonzada del comportamiento arrebatado que tenía aquella debutante. Le había faltado al respeto a un candidato ideal como era el marqués de Lansdowne.

—No puedo creerlo, lady Loretta. Se ha avergonzado públicamente y le digo además que me ha pisado. Se discutió con un caballero amable y soltero ¡soltero! —dijo exaltada la baronesa.

—Se va a casar y continuará en la impunidad con todo lo que le hizo a Gabriel. Será feliz, mientras mi hermano se esconde como un verdadero asesino en su propiedad. ¡Lo más importante para mi hermano siempre ha sido su buen nombre, más importante que yo y lo ha perdido todo por causa de aquel seductor! —expuso, afligida—. No puede casarse, no puede ser feliz. No merece descendientes...

—Cálmese. No albergue un rencor innecesario. No le han hecho daño a usted.

—Gabriel me alejó de su lado. ¿Hay más daño que mi hermano me rechace siendo huérfana? Culpo a su dolor de mis propias dolencias. Le aprecio, baronesa, y deseo que se case con mi hermano, aunque esté hueca y no me comprenda ni lo comprenda a él.

—No estoy hueca, lady Loretta. Estoy madura para continuar con la vida hacia lo que hay al frente. Si usted y su hermano no dejan ir el pasado que los ha mantenido infelices, estarán destinados a perecer en su propio capricho.

Loretta negó con la cabeza, sin comprender, o quizás, sin querer comprender las palabras de la mujer.

Cuando llegaron a la casa de la baronesa. Loretta exigió la presencia de la señorita Smith en su habitación, hizo que se sentara y comenzó un interminable monólogo sobre lo que vio y sintió. Su indignación era hasta contagiosa por la pasión con la que se refería al momento vivido.

—¿Y qué me aconseja, señorita Smith? —preguntó, esperanzada de encontrar paz en su antigua cómplice.

—Que descanse, pero no sin antes entregarle algunas cosas que tengo para usted... —contestó con un aire misterioso.

La señorita Smith desapareció por unos momentos de la habitación y luego volvió con un par de elementos en la mano.

—Milady no aprobará que salga de la propiedad, pero no le prohibirá que le escriba una carta a su hermano como lo hacía durante años. Sea concisa, no coloque sus apreciaciones personales y tenga buena letra. No quiero manchas en su carta, no le enseñé eso —aconsejó. Dejó lo que trajo en el escritorio y caminó a la puerta otra vez.

—Abrumaré a Gabriel con mi forma de escribir. Sin embargo, poco me importa, él debe impedir ese matrimonio como sea. Apelo a que tenga alguna vena parecida a la mía en su cuerpo, porque de lo contrario, esta carta irá a parar a la chimenea y mi hermano al lomo de su caballo para olvidar sus penas.

—Siga mis consejos...

Aquella quería seguir los consejos sabios de las mujeres de aquella casa, pero terminaba escuchándose a sí misma para cometer barbaridades. Si esa carta que ella hacía para Gabriel no lo llevaba hasta Londres, habrá fracasado dos veces en su vida. Advertirle sobre Odelia era una de ellas, y evitar que el impío conde de Jersey se casara, era el próximo paso.

Capítulo 10

Loretta escribió como le había salido a sus manos según el dictado de su estrambótica manera de pensar. No quería reservarse sus opiniones personales sobre el conde de Jersey, ni lo que pensaba sobre su felicidad.

Dejó la carta luego de que se secara junto a las demás para ser enviada. No podía esperar a que pasaran tantos días para que Gabriel la leyera. Deseada con efervescencia que aquel hermano suyo, dócil, amable y hasta un tanto flojo, tomara una determinación con respecto a su pasado. No debería sembrar en él la semilla de la venganza, pero la propia Odelia pagó sus culpas de perder a su esposo. En cambio, aquel amante, vivía campante, al borde de casarse y de tener una descendencia legítima que perpetuara su apellido.

Gabriel estaba solo, y al parecer sin ánimos de buscar una esposa que ella ya había escogido. Deseaba que la baronesa Hastings fuera su próxima hermana, aunque dependía de los deseos de su hermano.

Aquella carta abandonó Londres esa mañana. Recorrió millas y millas para llegar hasta las cansadas manos de Gabriel que seguía afanado en sus menesteres dentro de su propiedad. No esperaba una carta tan pronto desde Londres.

Por la noche cuando regresó sucio, mojado y maloliente, su mayordomo de impoluta levita le enseñó una carta.

—Lord Coventry, ha recibido correspondencia desde Londres —anunció el hombre.

—¿De la baronesa Hastings? —indagó. Su mente esperaba que Loretta no hubiera hecho algo terrible.

—La letra delata que es su hermana lady Loretta quien la escribe.

Gabriel frunció el ceño antes de tomar la carta.

—Que me preparen una tina de agua tibia. Necesito un baño.

—Sí, milord.

El mayordomo fue a cumplir con el pedido de Gabriel. Se quedó en el solitario salón y rompió sello de la carta para comenzar con su lectura. A primera vista la misiva le pareció muy larga. Expulsó cansino el aire que estaba en sus pulmones para tomar energía para lo que probablemente sería un inconveniente de difícil solución para su exquisita hermana.

Gabriel,

Sigo enfadada porque me has enviado con la baronesa a Londres cuando debiste ser tú

quien me presentara. No viene al caso mi efusivo reclamo. Sin embargo, me pareció justo que supieras que tu actitud para conmigo es nefasta, agria y petimetre, no digno de un hombre cuya familia ha sido por historia, perfecta.

La señorita Smith me sugirió que fuera escueta en mi carta, pero es imposible sabiendo lo lánguido que eres para todo lo que tenga que ver con algo diferente a tu patrimonio, tus fincas, arrendatarios y sirvientes. Esta vez te exijo que seas un varón de verdad y que te presentes en Londres.

La razón obedece a que el amante de tu difunta esposa se casará con una muchacha que, según escuché, es de excelente familia. Lady Anne Musgrave hija del Conde de Shrewsbury y Waterford. No he meditado demasiado sobre qué decirte. Es importante que tomes cartas en el asunto. Durante estos años me he dedicado a compadecerte y en cierta forma a odiarte por abandonarme a algo inútil como la escuela de señoritas. Me preocupo por ti y es injusto que tú seas infeliz encerrado lejos de Londres porque creen que eres un asesino, pero tampoco has tenido las agallas de presentarte a desmitificar aquello.

Pensé, ¿cómo ese hombre que destruyó el matrimonio de mi hermano, tendrá derecho a ser feliz mientras tú te ahogas en la miseria de la soledad? Puedes decir que soy vengativa, y no gastaré mi tinta en negarlo.

Si tú no evitas que aquel conde del infierno se case, lo haré yo en tu nombre. Me insulta que otro tenga felicidad sobre la base de tu infelicidad. No podría perdonarme si él alcanza lo que no has alcanzado.

Aguardo tu presencia pronto.

Loretta.

Él dobló aquella demandante carta de su hermana y la colocó sobre la otomana. Se recostó en el espaldero del sillón. Llevó una de sus manos a su frente y se fregó los ojos por el cansancio y además por lo poco alentadora carta.

Durante días pensaba en el conde de Jersey y en otras lo olvidaba. Cuando no estaba rondando sus pensamientos, se sentía ligero y feliz. No obstante, al adueñarse aquel de su mente, dentro de él se gestaba un terrible deseo de venganza, de que fuera infeliz como lo era él. Era angustioso no querer llevar a cabo aquel deseo. Odelia no merecía ser vengada, pero si su honor y su nombre echados en el fango.

¿Había ganado algo con ser indiferente a la situación de Londres? La respuesta era no. Se sentía más que incómodo al ir. No iba a su casa porque ahí Odelia tomó la determinación de acabar con su vida frente a él al culparlo por su falta de amor y de perdón.

No era culpable de la demencia de aquella. Se había buscado su propio destino al rechazarlo cuando era su esposo. Al exigirle que fuera un hombre de verdad. Cuando aplicó aquello con ella, quedó rendida a sus pies, rogándole que la perdonara y que la dejara compartir su cama. Odelia necesitaba de la indiferencia para ser feliz, según su apreciación, aunque al final, ella misma no lo soportó.

Pensar en ser alguien vengativo remordía su razón, más hacer justicia por cuenta propia era justo para él. Loretta lo alentaba a que aquella determinación fuera la correcta. Si él y su hermana creían que evitar la boda de aquel infame era justo, debía serlo en realidad.

—Lord Coventry, su baño está listo. ¿Desea algo más? —preguntó la solemne voz de su mayordomo que interrumpió sus cavilaciones.

—Nada más por el momento —alegó.

Abandonó su asiento para ir a su habitación. Cuando entró, distinguió el vapor del agua caliente en la tina. Una tibia sonrisa se asomó por su rostro arrugado por el cansancio. Se despojó de sus prendas sucias y se entregó al placer del agua que aflojaba sus agotados músculos.

Después de ser por años un caballero fino y delgado, muy poco quedaba de aquel. Su aspecto tostado y fornido se forjó a base de trabajo duro y horas bajo el sol ardiente estibando junto a sus empleados, pese a la resistencia de aquellos a que hiciera esfuerzos porque era el patrón. Sabían que era un patrón diferente, pero siempre sabían respetarlo pese a que vivía inmiscuido en las labores ajenas.

Quizás podía culpar a su nueva figura de parecerle atractivo a la baronesa Hastings al igual que algunas muchachas del pueblo que desconocían que él era el patrón por la facha que cargaba cuando iba por aquellos rumbos. Lo miraban diferente y lo hacían sentirse halagado pese a ser consciente de que su belleza no era demasiada como otros. No se permitió involucrarse con ninguna mujer ajena a su círculo social. Sus deseos eran atendidos por su buena amiga Eleonor. No siempre compartían la cama, aunque ella lo esperaba dispuesta y no podía decirle que no. Sería ofensivo que solo escuchara sus penas sin también atender a sus deseos.

La discreción que le brindaba aquella relación le resultaba cómoda. Eleonor era una mujer honorable y educada, pero muy solitaria. Ella algún día terminaría cansada de esperar una propuesta de su parte. Todavía no ocurrió, pero era el destino porque él no volvería a casarse ni por amor o sin él.

Al sentir que el agua se enfrió con él dormido en la tina, se levantó y salió, mojando un poco su habitación. Se acercó al gran espejo, se observó desnudo y se apreció como debía.

Si quería una venganza justa para él, su objetivo no debería ser el conde de Jersey, sino su prometida. Si pudiera seducirla como aquel sedujo a Odelia sería el ojo por ojo y diente por diente más equilibrado que se haya sabido jamás. No hay mayor vergüenza y humillación que ser traicionado por la mujer en la que se confió la vida. La compañera escogida era una fortaleza, pero que se podía convertir una gran debilidad.

Cenó en solitario observando el candelabro con velas que estaba alumbrando su cena, pensante en cómo debía llevar su vuelta a Londres.

Necesitaba valor para que aquellas miradas endurecidas no lo lastimaran. Nadie debía saber su debilidad más que él mismo. No era un asesino y que lo creyesen de esa forma era lamentable, pero el valor de enfrentar a una sociedad equivocada, se la daría su deseo de venganza, aunque

eso significara cumplir con la última voluntad de Odelia de ver infeliz a Howard Villiers.

En Londres, Loretta no recibió correspondencia alguna de su hermano. Se indignó aún más al saberse ignorada una semana después de enviar su carta. Gabriel estaba dispuesto a dejar que su orgullo fuera pisoteado una vez más por el mismo rufián.

—¡Lady Loretta! —la llamó la señorita Smith, apresurada.

—Estoy ocupada en mi miseria, señorita Smith —replicó desde el otro lado de la puerta.

—¿Qué le dijo a su hermano? Ha venido a buscarla para llevarla a su residencia con él...

Loretta al escuchar que su hermano regresó, dio un salto de su cama y abrió la puerta, haciendo que la señorita Smith que estaba recostada por ella, casi cayera al suelo.

—Sabía que lord Coventry no era tan tonto —resaltó antes de apresurarse a bajar junto a su hermano.

—Y yo no suponía que sería vengativo... —mencionó la señorita Smith, siguiéndole.

Capítulo 11

Eleonor recibió en la entrada a Gabriel con una reverencia, le extrañaba que estuviera en su residencia, siendo que él le había entregado la responsabilidad de su hermana.

—Lord Coventry, ¿a qué obedece su presencia aquí? —indagó.

—Una carta de Loretta. No se preocupe, que usted se seguirá encargando de ella.

—Me libraría de un gran peso si me dijera que no me encargaré más de ella.

—¿Por qué lo dice?

—¡Gabriel! —exclamó Loretta y se acercó a él con los brazos abiertos.

—Pide que lleven tus cosas al carruaje. Iremos a la casa —mandó su hermano, correspondiendo a su asfixiante abrazo.

—Baronesa, me temo que debo dejar su residencia para ir con mi hermano. Su hospitalidad ha sido mucha para conmigo. Mi agradecimiento y mis respetos por su gracia para las visitas— mencionó Loretta, girando su rostro hacia Eleonor.

—Cuando desee puedes regresar, lady Loretta, siempre será bienvenida.

—Vendré a las tardes de té y traeré conmigo a Gabriel o quizás, organice una para ir practicando. Una buena esposa tiene muy en cuenta el té de la tarde —relató antes de ir para cumplir lo que su hermano le había mandado.

Cuando Gabriel vio desaparecer a su disparatada hermana, miró a Eleonor para decirle:

—Esta noche vendré como siempre cuando las calles estén vacías. Hágame un lugar en sus caballerizas. Le contaré lo que me trae a Londres por tiempo indefinido.

—Lo estaré esperando para que me complazca con su compañía, milord... —aludió.

Ella estaba muy pendiente de la noche por dos motivos: un encuentro ardiente y la curiosidad de saber la razón por la cual abandonó la seguridad de su propiedad rural para acompañar a su hermana.

Loretta subió complacida al carruaje de su hermano. Se despidió con poca delicadeza, sacando medio cuerpo por la ventanilla y enseñándoles a quienes quedaban atrás, que estaba feliz de tener a su hermano de vuelta.

—Loretta, ten un poco de compostura. Que las calles no sepan que eres una muchacha desordenada y grotesca —mandó. La sentó frente a él y cerró la ventanilla.

Ella le sonreía como si de una demente se tratara.

—Supongo que viniste por lo que te he contado.

—Sacando tus apreciaciones particulares, he venido a eso.

—La joven no es muy bonita y también se nota que es solo por su dote que se van a casar. Es evidente. Ni siquiera baila bien —contó Loretta, apresurada.

—No importa si la muchacha es bonita o no, si tiene dote o carece de ella. Quiero la humillación de ese hombre, poco me importa la mujer.

—Entonces deberías decirle a esta dama que su esposo hizo que tu matrimonio se hundiera sin remedio.

—La mayor culpable fue Odelia al no respetar nuestro vínculo y este caballero falta a su moral por haber aceptado a una mujer casada. La promiscuidad no es algo que me agrade. A esa muchacha no le espera nada bueno junto a alguien que no respetó un matrimonio ajeno. ¿Qué hará con el propio?

—Dios lo castigaría si su futura esposa lo engañara. Lo pienso en el caso de que no puedas hacer nada para impedir ese matrimonio.

—Reza para que lo castigue Dios y no yo porque quizás sea menos generoso.

—Si gustas puedo hacerme amiga de su prometida, quizás sea útil para ti.

—No, espantarás a la muchacha. Tu boca es como fuego y tu lengua llama que sale de él, ¿quién querría quemarse? —preguntó su hermano con sorna.

—Quisieras tener mi temperamento. Yo no me doblego ante nada, ni ante nadie. Te adoro, pero nunca te perdonaré lo que me has hecho. Sin dudas fue lo que necesitaba para aprender a volar sola.

—Necesitas del dinero que te doy. No vuelas sola, quizás tu lengua irrespetuosa te hace sentir que lo haces, más la verdad es otra. Pobre del que será tu esposo. No me regocijaré en su dolor, lo prometo.

Loretta colocó los brazos bajo su pecho y con la expresión estirada de su rostro le hacía saber a su hermano que no se iba a rendir y que estaba un poco enfadada con él. Deseaba que Gabriel fuera como ella, pero le dolía que usara sus propias palabras y artimañas en su contra, lo que le hacía concluir que era insoportable para cualquiera.

El carruaje quedó parado frente a su residencia. Algunos curiosos se quedaban a observar lo que acontecía y cuchicheaban como si él no estuviera mirándolos. Deseaba gritarles si nunca habían visto a un asesino inocente.

—Apura el paso, Loretta —exigió a su hermana para que bajara del carruaje. Estaba

incómodo siendo escrutado con indecencia por los curiosos y chismosos.

—Deja que solucione el asunto.

—Te quedarás callada, irás de largo a la cocina y darás órdenes. Pon en práctica lo aprendido, que valgan las monedas que gasté por tu educación.

—Por supuesto que ha valido la pena —agregó antes de bajar y hacer con exactitud lo que le dijo.

Él mientras tanto, hizo algunas educadas inclinaciones de cabeza para los curiosos. Era bueno que se supiera que lord Coventry había regresado a Londres. Sin dudas aquel conde de Jersey no lo olvidaría.

Después de entrar al salón, la calle le parecía agradable. Sentía en su pecho el pesar de la muerte de Odelia. Estaba parado justo frente a donde ella tomó la determinación de culparlo por sus equivocaciones.

Se apretó los ojos y tomó el valor de pasar hacia los escalones que lo llevaban hacia su habitación.

Años después se animaba a colocar un pie para pasar una temporada en aquel sitio. Aquella casa le recordaba por completo en su pasado, su presente y quizás su futuro. Tendría que lidiar con ser un esposo engañado, asesino y para empeorar su extenso historial de defectos, vengativo.

Sentía que aquel hombre noble que fue, se desvanecía frente a sus ojos. Haber sido tan permisivo con Odelia lo condenó al fracaso y al ostracismo, mientras Howard Villiers, cuya moral era dudosa, se casaría y tendría lo que él no tuvo. No tenía intenciones de dañar a la prometida, su idea era dañarlo a él.

Gabriel se recostó en la habitación y dormitó, pendiente de los ruidos dentro de la residencia. Escuchaba las pisadas de los sirvientes y la estridente voz de su hermana dando órdenes como le pidió. También la oyó decirle unas palabras y dejarle un beso en su frente antes de salir como había entrado: sigilosamente.

Despertó para la cena que se servía a las siete, como era costumbre en cualquiera de sus residencias. Estaba distraído a la par que iba caminando por los pasillos. Para hacerlo no necesitaba pensar demasiado, solo su instinto lo guiaba, cuando la figura de su hermana se colocó frente a él y pegó un grito para asustarlo.

—¡Te cogí desprevenido! —exclamó a risa suelta. Esperaba que el color volviera al rostro de su hermano en breve, pues se había puesto pálido como una sábana blanca.

—¡Maldición, Loretta! —gruñó, preso del repentino susto que le dio aquella.

—No hay fantasmas, Gabriel. Creo que con esa cara has pagado todos tus pecados pasados y también los venideros.

—Condenación... No pongas a prueba si puedo matar a alguien, bien me he ganado el mote de asesino por nada —masculló, pasando junto a ella.

Su hermana fue detrás de él dando brincos como una liebre. Aquella no estaba bien de la cabeza, era capaz de darle un soponcio. Con los recuerdos y las argucias absurdas de su hermana casi pensó que estaba en presencia del fantasma de Odelia que no lo dejaba en paz. Quizás se adelantó al pensar que sería valiente para enfrentarse a su pasado. Sin embargo, se lo cuestionaba por un chasco de su hermana.

Se sentó en la cabecera de la mesa a esperar que le sirvieran la cena. Miró con mal semblante a su hermana que tenía una sonrisa que partía en dos su rostro, a la vez que se sentaba a su derecha.

—La cena será faisán, como el que me gusta y por cierto, como el que arruinaste cuando regresé de la escuela de señoritas. ¿Sabes cuánto esperé por un faisán de esos? Ni lo imaginas —se quejó, virulenta.

—Si lo que quieres es que me sienta mal por estos años, deberás meterme más sustos.

—Lo siento, es que moriré encaprichada porque me hiciste de lado...

Gabriel se sentía tentado de devolver a su hermana junto a la baronesa. No obstante, no podía. Loretta era una niña aún, una muy rencorosa por cierto. Se preocupaba y se ocupaba de él, no podía con simpleza hacerla a un lado. Sabía que ella necesitaba con urgencia su aprobación y su buen ver para lo que hacía, era importante lo que él opinara.

—No te hice de lado, fue lo más prudente en su momento. La señorita Smith consiguió un mejor trabajo y te ha presentado a una nueva amiga.

—¿Por qué no te casas con la baronesa? Me harías feliz si lo hicieras.

—No me casaré dos veces. Loretta, deberías preocuparte por tu futuro como yo lo estoy haciendo por ti. Cuando te cases, podré morir soltero y sin descendencia... —alegó. Agradeció la comida que le sirvieron y se deleitó en el sabor del ave.

Aquella muchacha continuó atosigando a Gabriel que fue hasta su biblioteca para tomar un libro y esperar a la medianoche. Loretta lo siguió para embarullarlo todavía más. La abandonó al poco tiempo y se encerró en la habitación con un libro.

Observó el reloj que tenía sujeto a la levita y se dio cuenta de que era casi medianoche y Eleonor lo debía estar esperando.

Fue hasta sus caballerizas de donde tomó al primero de los caballos que estaban ahí, subió a su lomo y partió a paso lento, cobijado por el manto de la noche. Mientras recorría miraba los pequeños espacios iluminados por las lámparas de la calle y escuchaba a los renacuajos en las coladeras.

Se encontró con el portal de la casa de la baronesa abierto para él. Dejó a su caballo en

manos de uno de los mozos y él entró por la parte posterior de la residencia. Conocía aquella casa por el tiempo que llevaba visitándola.

Debía caminar por el largo y amplio pasillo que llevaba de la cocina al comedor y de ahí al salón recibidor. La escalera a la segunda planta se encontraba a la derecha.

—En esta ocasión lord Coventry se atrasó —mencionó desde el segundo piso.

—No la dejaría después de decirle que vendría... —agregó pícaro. Subió unos pasos por la escalera sin perder de vista a Eleonor.

Llegó junto a ella y sin dudarla la tomó entre sus brazos y la acercó a su cuerpo con fuerza.

—¿Prefiere conversar aquí o en su habitación? —inquirió con ambas manos puestas en la cintura de ella.

—En mi habitación, por supuesto.

Capítulo 12

Gabriel acompañó a Eleonor hasta su habitación donde charlar sobre cualquier asunto era imposible y hasta hacerlo sería considerado imprudente.

Una vez que recorrió con fina destreza el cuerpo de su amante, se levantó y se sentó en el sillón que acostumbraba, el que estaba junto a la ventana. Ni se había molestado en colocarse las prendas.

—En estos años me ha conocido, Eleonor. Sin embargo, sabrá que mis sufrimientos son innmerecidos... —comentó con la mirada fija a la calle, cuya iluminación se hacía menor porque se agotaba el fuego.

—Aconsejé a su hermana para que no se metiera en un asunto que no le concernía. Tampoco me concierne, pero quisiera darle mi consejo. Sabe que no le daría ningún mal con el mismo... —dijo Eleonor. Tomó su bata y caminó hasta la ventana —. Debe dejar el pasado. Sería imposible que lo olvide, pero madurar lo hará libre del yugo de la culpa que no merece llevar a causa de la demencia de su finada esposa...

—Qué sencillo suena al escucharlo de sus labios, baronesa. Es encantador e hipnotizador creer que mi reputación regresará. ¿Qué ha hecho la familia de Odelia conmigo? Me han hundido dejando a aquella adúltera como una víctima de mis impulsos. Que era un esposo violento y celoso, y que por aquello la maté. Nada más lejos de la verdad.

—Ella era culpable de su destino. Debería buscar ser feliz...

—¡Ser feliz con aquel inmoral al borde de casarse con una joven de buena familia, es imposible! Imaginarlo viviendo a sus anchas después de haber metido sus apestosas manos en mi matrimonio, me da asco. Odelia no era santa, pero ella puede tentar y el otro escoger no caer. Durante un tiempo me vieron como el más inútil de los hombres. Se acabó, Eleonor. Mi honor, mi nombre y mi reputación voy a recuperarlas...

—¿Con qué piensa conseguir eso?

—Voy a desbaratar ese compromiso como él lo hizo con mi matrimonio.

—¿Le dirá a lady Anne Musgrave que su prometido es un infame? No creo que ella cambie de idea por lo que pueda decirle usted. Es como sus hermanas, una muchacha estricta y conformada bajo los preceptos de ir bien casada. Es un pensamiento convencional y aprendido, cuyos resultados son buenos.

—No necesito hablar con ella sobre él. Usaré las mismas artimañas que el conde de Jersey usó para seducir a Odelia. Voy a seducir a su prometida. ¿Acaso no tengo los atributos para hacerlo? Dígame, Eleonor, ¿podrá alguna muchacha resistir a lo que pueda ofrecerle?

—No dudo que pueda seducir a cualquier muchacha, lo que me pesa es que puede caer en un terrible conflicto. Cometerá el mismo delito que su enemigo y con un poco menos de dignidad que él.

—Para lo que me ha valido la dignidad —se mofó de sí mismo—. Viví con mi esposa para verla embarazada de otro por la vergüenza de que no deseaba que se la identificara por otros sitios. Dirían que la abandoné, aunque hoy se dicen cosas peores sobre mí.

—Tanta desdicha y esa sed de venganza que ha callado bajo la figura de hombre correcto, lo harán caer en el peor de los juegos: en el de la inocencia. ¿Cree usted que seduciendo a la prometida de ese caballero no saldrá perjudicado?

—¿A qué le teme?

—La inocencia es la causa por la que muchos hombres han perdido el buen juicio. Un libertino bien puede caer en las manos de una inocente debutante...

—En Odelia lo último que buscaba era inocencia, fui yo el que pecó de aquello.

—Se cree exceptuado, pero yo conozco lo que un inocente roce es capaz de provocar en un hombre. El barón Hastings ya no era tan joven, agradable y viudo, vio en mí a la inocente institutriz que no llegó a ser una dama. Un mechón de cabello en la mejilla, puede llegar a ser el principio de un juego insensato y más si es para desprestigiar a alguien comprometida. No estoy de acuerdo con lo que hará y, como alguien que desea su bien, espero persuadirlo de que desista de esa idea. Causará un daño muy grande a la muchacha.

—Lamento que no podamos convenir en esto, baronesa. Deseo que aquel infeliz esté muy enamorado de su prometida para que su dolor al menos se asemeje al mío... —disertó antes de tomar sus prendas para colocárselas.

No buscaba la aprobación de Eleonor, pero necesitaba conversar con alguien sobre lo que tenía pensado hacer. Aquella debía apoyarlo por los años de amistad que mantenían.

—Se está volviendo rencoroso como su hermana. Lord Coventry, su hermana ha malogrado un excelente partido con su impertinencia y por participar de asuntos que no son de su incumbencia.

—Es por eso que no desea que esté en su casa, supongo. Loretta tiene problemas de carácter, ¿quién fue el afortunado en ser ofendido por ella?

—Qué cosas dice. El marqués de Lansdowne era un pretendiente adecuado. Si tan solo hubiera sido educada...

—Opino que exagera —mencionó, apretando su pañuelo en el cuello.

—Ser el amigo del enemigo de su hermano no es razón para semejante tontería —resaltó, advertida.

—Si es amigo de mi enemigo, es también mi enemigo. Loretta no se casará con alguien igual de ruin que el conde de Jersey. Se lo prometo.

—Pensé que en realidad se preocupaba por el futuro de su hermana, pero no es así, se preocupa por su venganza.

—Sírrame una copa y la escucharé con todas las quejas que pueda darme. No tengo ánimos de dormir. La ansiedad me consume. Eleonor, busco en usted una aliada, alguien que me ayude a conseguir la paz que necesito.

—La poca paz que tiene se la robaran si sigue ese sendero. No puedo dejarlo solo en este momento, pero debería acabar pronto. Voy a hacer un viaje largo con la señorita Smith...

—Comprendo. La he cansado con mis visitas constantes. Han sido buenos años...

La baronesa sirvió dos copas de brandi. Lo escuchó desvariar sobre su tan estudiada estratagema, sin embargo, en asuntos del corazón, no existía una ciencia exacta ni un cálculo infalible.

Al fin de cuentas, Gabriel la convenció de seguirle los pasos a la prometida de Howard Villiers para darle información precisa de donde se encontraría cada noche. No le temía a las advertencias de Eleonor para que se cuidara de no cometer una tontería. Pensaba que era suficiente con engañarla con algunas palabras para que ella cayera en su influjo. Sería la primera vez que buscaría seducir a una dama y lo lamentable del caso era que se trataba de una debutante de la edad que su hermana, según le comentó la baronesa.

Dudaba de sí mismo. No obstante, sus amoríos con Eleonor y las invitaciones que recibía por parte de otras mujeres, le devolvían la confianza que Odelia mató al tratarlo como un débil perdedor. Su orgullo de hombre se vio afectado por la cantidad de palabras que le había referido.

A la noche siguiente, la baronesa fue invitada a una velada musical. Por añadidura y como acompañantes de ella, irían Gabriel y Loretta.

La buena sociedad conocía a Eleonor por mantener excelentes relaciones con la burguesía y los nobles. Loretta sería el señuelo para que su hermano pudiera volver a los círculos sociales que antes frecuentaba. Una vez que fuera aceptada de nuevo, podrían recibir sus propias invitaciones.

—Me han dicho que lady Anne es asidua a las veladas musicales, aunque nunca canta ni ejecuta algún instrumento —contó la baronesa a Gabriel y a su hermana antes de entrar al salón que era barullento y caluroso.

Gabriel le prestó atención a esa información. Loretta no le dio mayor importancia y miró el salón, interesada en lo que la noche podría ofrecerle.

—Iré a conversar con la anfitriona... —dijo Eleonor. Partió hacia la mujer rechoncha y feliz que se encontraba con los demás invitados.

—¿Qué harás, Loretta? —indagó Gabriel, acercándose a su hermana.

—Disfrutaré de buena música, quizás. Y luego criticaré a quienes carecen de talento. ¡Mira, Gabriel! —exclamó. Cogió a su hermano del codo y lo zarandeó para que mirara al lugar donde ella le indicaba —. Ella es la prometida de ese rufián.

Los bucles ordenados e impecables, además de la rectitud en su caminata, le decían a él que era una muchacha regia y decidida, educada para ser una señora. No había punto de comparación con lo que escogió en su momento como esposa. Lady Anne Musgrave no tenía la belleza inquietante e impecable de Odelia. Aquella tenía los ojos como los de una lechuza, aunque verdes, su cabello era castaño claro un tono mayor al rubio y su nariz era puntiaguda y pequeña. Sus hombros eran como un perchero que dejaban colgada una prenda en el armario. De sus senos poco se sabía, parecía plana o tenía la prenda muy ajustada. No obstante, si estuviera ajustada, se dejaría notar algo más de piel.

Después de aquel minucioso análisis, suspiró. Concluyó que no sería una tarea fácil. ¿Aquella joven tendría alguna debilidad que él pudiera aprovechar?

Anne fomentó una conversación con sus conocidas de la escuela de señoritas. Era felicitada por un compromiso poco esperado. Algunas de ellas le preguntaron si no habían sido pillados en una situación inusual, a lo que ella negó rotundamente. La teoría de una dote exagerada también la habían pronunciado y en aquello hizo gala de su invención y quitó un par de sonrisas de la tertulia de siete jóvenes.

Algunas de ellas iban a presentarse esa noche. Conocía las habilidades de ellas y las disfrutaría como no imaginaban. Aquellas producían artes, mientras ella, solo desastres.

Llamaron a la gente para que se sentaran para oír los números musicales que tendrían. El salón estaba abarrotado y las sillas faltaban.

Gabriel buscó la forma de sentarse a su lado para observarla mejor.

La primera en pasar al escenario era una desconocida, pero con gran talento en el piano.

—Es hermoso. Qué disfrute... —mencionó para sí, aplaudiendo a la otra concertista.

Gabriel sonrió en contadas ocasiones escuchando que Anne hablaba sola. Aclamando a cada una de las que lo hacían a su gusto.

Cuando llegó el momento de pasar por el tentempié. Ella iba a pasar frente a su silla y le hizo una inclinación educada antes de pasar. La siguió con la mirada y decidido a cumplir con su cometido, caminó yendo tras ella para iniciar una conversación.

Capítulo 13

Anne sintió una punzante sensación en la nuca, como si estuviera descubierta. Se acarició el cuello y parte del gollete cuando caminaba hacia la mesa. Era un hormigueo extraño el que le subía por la espalda. Cada vez era más incómodo, juzgaba que aquellos síntomas eran porque estaba siendo observada con afán. Disimulando mirar a un costado, echó un ojo sobre su hombro derecho, sin embargo, nadie la miraba ni estaba detrás de ella.

Gabriel se había desviado por otra entrada a la misma estancia. Estaba preparándose para abordarla de la manera más amable posible. Al ver que tomó un trozo de comida junto con una copa, se colocó al lado.

—Pensé que el tentempié sería un poco más tarde. Fue un corte un tanto abrupto para tan excelente comienzo de la velada... —mencionó Gabriel. Miró a Anne, para luego antes de que ella lo viera, desviara sus ojos a la comida.

Anne levantó la mirada que tenía puesta en la elección de una comida. Colocó su atención en quien estaba a su lado izquierdo y tomaba una de las variedades de queso que se extendían por la mesa.

—Opino igual, pero si no se hacía tal pausa, estaríamos escuchando otro tipo de concierto... —replicó con una sonrisa amigable al hombre que tenía ojos marrones y un tono de piel más oscuro que un rubio o blanco convencional. Su nariz era recta y su mentón un poco pronunciado. Su rostro alargado hacía que pareciera un poco estricto en sus facciones, aunque no era de esa manera por el tono que usó para su conversación.

—¿Y cuál sería ese concierto? —interpeló curioso por la pintoresca respuesta de la muchacha.

—Creo que deberé reservarlo para mí. No podría comentarlo con nadie. Es poco serio e impresentable. Iba a decirle un chasco casi real... —continuó cómoda en la conversación.

—Acrecienta mi curiosidad, señorita...

—Lady Anne Musgrave, siento que no nos hayan presentado. Es otra forma inapropiada de conocernos...

—Gabriel, conde de Coventry. Llevo tiempo sin venir a Londres. Disculpe si la abordé de manera inapropiada, lady Anne... —mencionó con tono complaciente, sonando hasta exagerado por su amabilidad para con ella.

—No se preocupe, lo que no se sabe será secreto. Fue un gusto saludarlo, lord Coventry. Mi padre debe estar durmiendo en algún rincón. Le aburren mucho las veladas musicales. Iré a buscarlo.

—¿Me dejará con la duda de saber sobre el concierto que dijo?

—Sí. Le dije que era inapropiado. Es un hecho, todo aquí, entre ambos es inapropiado. Mi padre no nos presentó, por lo que hablar está prohibido, pero le guardo el secreto de abordarme por sorpresa porque me agrada conversar.

—Pienso que quien le guarda el secreto soy yo...

—Es probable. Hasta luego...

Se apresuró a huir de tan interesante plática. Pese a que le pareció una conversación simpática y por poco adecuada para la noche, no tenía que quedarse tanto tiempo acompañada por un extraño. Era una mujer comprometida, aunque su prometido no fuera aquella noche. Se lo hizo saber con una caballerosa misiva para avisarle que compensaría su falta esa noche, con un paseo por el parque en la mañana.

Distinguió a su padre muy animado en una conversación con otros hombres de su edad. Se lo veía hasta erguido, algo que le costaba en su posición. A su edad estaba achacado, pero aún con vida para velar por ella. Lo amaba más que a nadie, si le preguntaran si el amor existía, ella lo resumiría en su padre. No era creyente de un afecto mayor o de la moda que se acrecentaba y se volvía escandalosa que era casarse por un supuesto amor.

Estaba convencida de que aquello no era la clave para una buena vida, más parecía que los contrayentes buscaban a su contrario para agraviar a la sociedad. La mujer debía pensar en su plena comodidad y en lo que un varón le podía ofrecer. Su obligación era ocuparse de su casa, de sus hijos y de su esposo.

Los matrimonios de sus hermanas fueron concretados por su padre y resultaron ser ricos y también atentos. Fue una bendición para sus hermanas. Aquellas le contaban cada vez que las visitaba que estaban conformes con sus vidas. Entonces ella solo esperaba lo mejor de su compromiso con Howard Villiers. Si bien era alguien con una reputación menos intachable que sus cuñados, el ojo de su padre no podía fallar para su hija consentida.

Se sentó a esperar que los números musicales se reanudaran mientras sorbía su copa con una sonrisa escondida detrás del líquido que se bebía.

—La coincidencia me hizo encontrarla de nuevo —musitó Gabriel antes de sentarse a su lado.

Había lugares disponibles cuando llegaron al salón, pero Gabriel escogió estar otra vez cerca de ella. No le había perdido el rastro, necesitaba tenerla cerca para conocer su forma de ser y de juzgar.

—¡Lord Coventry! —expresó, sorprendida.

—Me tiene un poco curioso. ¿No estará esperando su turno para deleitarnos?

Anne sonrió y se sonrojó al escucharlo. Deseaba reír a carcajada suelta, sin embargo, no

podía.

—Le tengo que contar que demuestra mucha fe. Hay una razón por la que yo estoy aquí y no en el escenario. La naturaleza ha sido cruel y hasta despiadada. Nací con dos manos izquierdas para cualquier instrumento y para cantar es mejor ni hablar...—confesó.

—Entonces si no sabe ejecutar algún instrumento...

—Sé apreciar, que también es algo importante. De nada sirve tener un gran talento si no es apreciado por nadie. ¿Para qué tantas virtudes si no las reconoce alguien?

—Es una manera sensata de pensar, lady Anne. Quizás no tenga las habilidades musicales, pero a lo mejor sí pueda con otros menesteres.

—No mencione cabalgar. Siento un poco de espanto. Me considero aun así muy afortunada. Es probable que reconozca en mí a la persona con menos habilidades en las manos...

Gabriel no percibió tristeza alguna en sus confesiones, sino una arraigada confianza. Le costaba creer que sin esas habilidades alguien se hubiese fijado en ella. Si no podía ejecutar un instrumento, cantar y cabalgar, entonces, era muy probable un aburrimiento sin precedentes por parte del futuro esposo. El conde de Jersey escogió a alguien que no se parecía en nada a Odelia. No era ni tan bella, ni animosa, ni habilidosa como lo fue aquella mala mujer. Debía existir otra razón para que fuera la escogida, salvo el buen nombre y su dote.

—Conozco muchachas que no son estrictas en sus lecturas, pero son hábiles en otras cosas...

—¿Y cómo le va a usted en la lectura?

—No mejor que al resto, se lo aseguro —agregó con simpatía—. He conservado con usted mucho más que con cualquier otra persona en mucho tiempo. Notará que no es difícil hablarme, más callarme será un problema...

—No soy un buen conservador, pero usted me ha resultado interesante.

Capítulo 14

Para Gabriel no fue difícil ganarse la simpatía de Anne. En realidad sí que era dificultoso callarla. Ella había olvidado que fue a una velada musical a escuchar y no a charlar. Se la notaba apasionada cuando hablaba del talento de las demás muchachas. Conocía más de música en la teoría que en la práctica. Aquella no había nacido con el don para seducir con el arte, tampoco cautivaba con su silencio, pues al coger confianza, se entregaba a su oyente en un monólogo interminable sobre su parecer.

No deseaba criticar su gusto por la música y la danza, estaba preparada con argumentos sólidos que pudieran defender sus opiniones en fundamentos existentes que incluso podrían hacer dudar a cualquiera de su buen juicio.

Gabriel no estaba acostumbrado a tanta conversación. Estaba mareado y confundido por lo que escuchaba de su apasionada compañera de fila.

—Anne querida... —dijo la voz de su padre, que le tocó el hombro—. Baja la voz, no dejas al caballero apreciar la velada.

Ella dirigió su mirada a su padre y negó con la cabeza.

—Está encantado con mi explicación sobre el origen de estas notas. ¿No es así, milord? —inquirió con calidez.

El debate entre ser educado y también hacerle saber que lo que decía aquel hombre era verdad, era titánica.

—Imagino que lo dice por quienes la rodean, aunque no estaría mal respetar un poco el silencio. Después me seguirá contando...

Anne no dijo nada, desvió su mirada hacia el próximo número musical y esperó, mientras Gabriel pudo escuchar a su mente después de quedar embadurnado. Sospechaba que obtener la atención de Anne sería lo más sencillo, sin embargo, con sus favores, parecía no avizorarse.

En nada se parecía a Odelia en talento y a Eleonor en su silencio. Anne era diferente a las otras mujeres que conoció. Era simpática y agradable, decente, y aunque un poco charlatana, no podía restarle mérito a su conversación interesante y un poco estridente.

Estaba tan inmerso en pensar en la forma de que aquella entrara a su bolsillo sin que tuviera que esforzarse demasiado. Si estaban comprometidos ella y el conde de Jersey, el matrimonio podría llevarse a cabo en el verano tanto como en la próxima primavera. No estaba pendiente de las especulaciones, pero el tiempo se agotaba y él no deseaba convertirse en el amante de una mujer casada. Mientras que Anne no estuviera casada era más probable seducirla.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el vaso de cristal que cayó de la mesa del

tentempié durante un silencio en el acto. Giró su cuello al igual que el resto y vio a Loretta salir apresurada del lugar y a un caballero que parecía seguirla.

No pensó dos veces en interceptar a su hermana y abandonar a Anne, a la que había perdido un tiempo antes cuando guardó silencio.

Aquella residencia estaba llena de estancias con puertas abiertas por lo que le resultaba sencillo saber a dónde iría a parar su hermana.

—Loretta —dijo.

Colocó su mano en el hombro y esperó a que ella le dijera algo.

—¿Dónde estabas, Gabriel? Te busqué...

—Es una velada musical, estaba donde se encuentra la música en honor a la cual estamos aquí. No puedo decir que hayas estado en lo mismo. ¿Qué has hecho, Loretta?

—Me tropecé con aquel caballero —confesó y lo señaló.

—¿Sabes quién es?

—No lo recuerdo muy bien por el nombre, pero es el amigo del conde de Jersey.

—¿El que la baronesa dijo que era un excelente partido para ti?

—¡Cómo se atrevió a decir semejante falacia! —exclamó avergonzada. Se sonrojó hasta la frente de la pena.

—Oye bien, Loretta. Un amigo de mi enemigo es tu enemigo...

—Por supuesto. Soy la más creyente de esa filosofía. Ni si fuera el último caballero de Inglaterra, lo miraría, lo juro.

—No me parecen simples coincidencias lo que dijo la baronesa y lo que ese hombre hace... —pronunció antes de que pensara en algo que no tenía mucha lógica, más no estaba lejos de ser algo descabellado.

No podía existir un interés genuino en su hermana por los antecedentes que existían entre el conde de Jersey y él. No sabía qué podía traerle entre manos aquel hombre ni qué podían estar fraguando los amigos en contra de una muchacha como Loretta.

—Ven conmigo. Te quedarás junto a la prometida de quien tú ya sabes y lo harás callada. He conseguido conversar con ella...

—¿Le dijiste lo que hizo su ruin prometido? —indagó con curiosidad.

—No. Eso sería tonto. ¿Qué muchacha casadera dejaría a su prometido por su pasado? No hay ningún caballero intachable. Lo que quiero es que esa lady lo engañe conmigo —contó sin

vergüenza.

Loretta se llevó ambas manos a la boca. Estaba sorprendida por lo que Gabriel era capaz de pensar para llevar a cabo una venganza.

—Ojo por ojo, Loretta. Lady Anne no pierde nada al quedarse sin prometido. Merece más que alguien que es capaz de pisotear su moral por una carnalidad.

—Pierde su reputación, Gabriel. ¿Qué es más valioso para una mujer que su reputación? No creo que estés pensando en hacer exactamente lo mismo.

—No me encontrarán en la cama con ella como lo hice yo con él. No voy a demonizar a la joven, la culpa será mía en su totalidad. Será sin que nadie lo sepa, así como no se sabe que fui engañado. Mi honor perdido no es de dominio público, así como no será si ella cae en mi juego.

La altanera Loretta se puso cabizbaja mientras acompañaba a su hermano. Era posible que la vena de maldad que tenía él fuera más grande que la suya. Esperaba otro acto por parte de Gabriel, como delatarlo y desenmascararlo, sin embargo, no habría una venganza, pues los libertinos podían ser avergonzados, y aun así lograr un excelente matrimonio.

Él le indicó el lugar donde debía sentarse y ella obedeció.

Anne notó que Gabriel no se encontraba a su lado, pero sí una muchacha de cabellera oscura. Vio a su obligado compañero de charlas, tomar un lugar junto a la joven que se acomodó a su lado.

—La señorita McCain es muy habilidosa en el piano. En la escuela de señoritas lo hacía estupendamente —mencionó Loretta al mirar al escenario.

—¿Fue con ella a la escuela de señoritas? Es notable que no ha prosperado mucho con respecto a su comportamiento —replicó Anne.

—Lo fue este último año.

—Pues la conozco de más tiempo... —dijo. Luego, se acercó a Loretta para ser más confidencial —. No es bueno hablar mal de otra muchacha, pero ella es... ¿Cómo decirlo con sutileza? Enamoradiza.

—¿Enamoradiza dice?

—Sí. Se ha entrevistado a solas con caballeros que le han escrito cartas apasionadas. Incluso, le han hablado de amor. ¿No le parece ridículo?

—¿Las cartas apasionadas? —curioseó Loretta, maliciosa.

—No, el amor.

No sabía qué respuesta darle a la inquisidora Anne. Si del amor podía hablar, solo sabía de la experiencia tétrica y hasta humillante de su hermano.

—El amor no existe, lo puedo asegurar —alegó con suficiencia después de decidirse.

—Es un honor conocer a alguien de tan buen razonamiento. Soy lady Anne Musgrave.

—Agradezco sus buenas opiniones sobre mí. Me llamo Lady Loretta y soy la hermana de lord Coventry, debe ser esa la razón de mi encanto —añadió sonriente.

—Su hermano es un caballero de cultura, buen oyente y un poco callado.

—Gabriel es sin dudas alguien... singular.

—¿Singular?

—Si en algún momento me acepta un té podremos conversar al respecto.

—Dígame su dirección...

Anne logró entablar una conversación con Loretta en quien veía a su par y por sobre todo, parecía tener creencias parecidas. Nunca estuvo de acuerdo con las actitudes de la señorita McCain como lo estaban sus amigas de la escuela de señoritas que eran cómplices de sus deslices con la idea vaga del amor o de un romance apasionado. Nunca se dejó seducir por aquella farsa. Lo único que realmente importaba era una buena posición y respetabilidad. Con ella comprometida, sus temores de una soltería no existían, aunque tampoco tuvo suficiente tiempo para conocer a alguien quizás más rico que su prometido para hacer un paralelismo entre la conveniencia y la posición. Una propuesta no podía ser desperdiciada, no lograba una tener tanta suerte en un mercado abarrotado de competencia, y menos con sus facciones poco atractivas.

Para cuando llegó el momento de retirarse, Anne solo le hizo una inclinación de cabeza, pero con Loretta había sido diferente. Aquella la cautivó con su plática y con la promesa de un té. Tener buenas amistades, sería un buen presagio para mayor influencia cuando fuera una mujer casada.

—La he adorado. No será la beldad de la temporada, pero hemos hecho una amistad... —comentó Loretta, quitándose los zapatos en el carruaje.

—Es muy temprano para hablar de una amistad. Me ha ignorado por tu causa.

—¿Acaso te dije que me colocarás a su lado? Si te ignoró la culpa es tuya por completo.

—Si eres buena amiga de lady Anne conseguirás que haga lo que le pides, supongo.

—Lo dudo porque tiene algunas referencias muy exactas sobre sus deseos. Será mucho trabajo para ti porque como me dijiste, no dejará de casarse con lord Incordio porque está educada a la fina forma de una dama convencional. Directrices duras y por sobre todo, no cree en los mitos.

—¿A qué te refieres con mitos?

—El mito en el que creíste tú: el amor. Si no logras que se enamore de ti, no podrás lograr tu cometido. Creo que enamorarse le hará cometer locuras peores a las que ella critica.

—No, no quiero involucrar ni sus sentimientos, ni los míos. Hay que ser juiciosos y fríos en cuestiones de venganza. Es jugar sobre una cuerda que puede soltarse y lastimar si no se hace con habilidad. He reconocido que ella no será una encomienda fácil, pero sobre ese conocimiento, es que haré mi estratagema.

Capítulo 15

Anne se sentía un tanto infortunada porque debía salir estando de visita su hermana mayor Beth y su sobrina de cuatro años que estaba distrayendo a su abuelo con sus juegos y tu afamada dulzura.

—¿Me disculparás porque debo salir a pasear con lord Jersey? Ayer no acudió a una velada musical. Se ha perdido de mucho talento por tener prejuicios. No todas las temporadas son iguales —mencionó Anne. Cogió la mano de su hermana para disculparse.

—No hay culpa, Anne. ¿Cuántas horas del té he dejado cuando era soltera por un paseo? Cuando me enteré del compromiso no pude dejar de venir. Estoy tan contenta porque nuestro padre ha hecho una elección muy conveniente. Ir bien casada es importante. Con el tiempo una le agarra cariño al esposo. El mío está muy ocupado y no ha podido venir en la mañana, pero estará aquí para la cena —replicó su hermana, mientras formaba con cariño los bucles de su hermana menor.

—El conde de Jersey ha sido agradable desde que lo conocí. Supongo que hoy será la primera plática que tendremos más abiertamente.

—¿No se han conocido bien y te ha pedido en matrimonio? Debió ayudar mucho que nuestra familia fuera renombrada y con excelentes matrimonios en su haber. Se espera mucho de las hijas de nuestro padre, tan correcto e íntegro.

—Es algo que llamó mi atención, pero no le dedico tiempo a esos cuestionamientos. ¿Para qué saber la razón de mi buena fortuna? No creo que milord sea un hombre en apuros que necesite casarse con urgencia. Él no ha propuesto una fecha, sino que se aseguró tener una prometida.

Su hermana se alejó y golpeó sus manos haciendo ademán a una brillante idea.

—Prepararé una fiesta de compromiso preciosa para ti, Anne, la última Musgrave no se casa todo los días. Le hablaré a nuestro padre... —afirmó.

Anne vio a su hermana salir dejándola con las palabras en la boca. Así debía sentirse uno de sus monólogos cuando alguien la escuchaba y deseaba hablar.

Continuó acicalándose para esperar a su prometido. Podía tranquilizarse sabiendo que al regresar su hermana aún estaría en la casa. Tendría la paz suficiente para salir a disfrutar de un día soleado.

Descendió las escaleras y notó que su hermana corría detrás de su pequeña hija que iba de un lado al otro moviendo su falda a ambos lados, mientras su madre no quería que se comportara de esa forma. Rio de aquello y fue hasta el salón donde estaba sentado su padre. Le dejó un beso en la frente y se sentó junto a él.

—Esa niña es un primor, aunque demasiado intensa. Me recuerda más a ti que a tu hermana.

—Entonces ella puede estar tranquila porque su hija será igual de buena que yo —comentó para su padre.

—Sí, sí, querida. Qué bonita te encuentras esta mañana. Espero que no te duela mucho la lengua después de haber charlado tanto con un extraño.

—Era una persona de clase, interesante y hasta conocedor. Quedé en invitar a su hermana a una tarde de té. Todavía no tuvo la fortuna de que alguien la pidiera en matrimonio.

—Es aún muy temprano para que consiga un pretendiente. A ti este caballero te vio con anterioridad.

Llegando a la casa de Anne, se encontraba Howard con su buen amigo Charles a quien distrajo hasta llevarlo por el camino ajeno a donde día ir a comprar un sombrero.

—Y la pereza, querido amigo. Es un estado constante en mí —resaltó Howard, dando un bostezo por detrás de su mano enguantada.

—Tanto me he dado cuenta, que espero no resultes dando semejante bocanada frente a tu prometida.

—Es una bendición que no haya ido a esa velada, de lo contrario, le hubiera bostezado con un día de anticipación. He sido tan sincero que me sorprendí de mí cuando le dije que no me gustaban las veladas musicales. Siento que lady Anne se merece mis respetos... —confesó—. Es muy amable y simpática.

—Me entusiasma saber que ya no crees que mi consejo es malo. Sé reconocer a una dama intachable cuando la veo. Mi madre me lo ha mostrado hasta el cansancio, al suyo y al mío me refiero.

—Es una pena que tu mirada no se adecua a tus elecciones, Charles. La hermana de un asesino no es una buena opción para un respetable marqués.

—¿Acaso alentó a su hermano a que lo hiciera? De hecho, dudo que lord Coventry sea un asesino. Te hubiera matado hace mucho si así fuera. Si quieres puedo darte más detalles de mis pensamientos, teorías y también hipótesis sobre la muerte de tu querida condesa.

—¡No era mi querida condesa! —exclamó en un arrebato—. Solo una mujer más, insatisfecha con su matrimonio. Una dama como ella no podía estar al lado de un hombre tan culto y calmado como él. Además, no he sido el único, sino con quien se ha divertido más.

Charles sabía cuánto le molestaba que lo relacionaran con la fallecida condesa de Coventry. Se deleitaba en los momentos de locura que le procuraba a su amigo.

—Adiós, Charles. Debes subir unas diez cuerdas para llegar a tu destino... —se jactó

Howard.

—¡Condenación! Es verdad —dijo observando el camino que debía seguir. Gruñó y se retiró dejando a Howard en la puerta.

Golpeó esperando a que le abrieran para ir a caminar por el parque.

A Anne le avisaron que se encontraba en la puerta. Su padre y ella se alisaron las prendas para recibirlo. La doncella se acercó a Anne para darle su sombrero y su sombrilla.

—Bien día. Es una mañana agradable para caminar, lady Anne. Milord, es un honor saludarlo —musitó Howard con una inclinación de cabeza.

—Buen día, milord, es usted puntual. He visto que hoy no hay nubes en el cielo —mencionó Anne para agradarlo.

—Si no es mucho mi atrevimiento, lord Jersey, lo invito para el almuerzo. Mi hija mayor y mi sobrina están en casa, me agradaría que las conociera. Si tiene algún otro...

—¿Inconveniente? —indagó Anne al notar que su padre había olvidado su objetivo.

—Sí, sí, inconveniente para venir en el almuerzo, puede hacerlo en la cena donde estará mi yerno...

—Es muy amable su ofrecimiento, le estaré respondiendo cuando vuelva de pasear con lady Anne.

—Es cierto. Deje que lo medite mientras caminamos para que tome la mejor decisión, padre.

Se despidieron de su padre y partieron rumbo al parque. Salieron sonrientes y con gran ánimo de que fuera una mañana tranquila.

—Lamento que ayer haya decidido proteger sus oídos por precaución. Fue una noche llena de talento.

—Prefiero prevenir antes que lamentar una mala situación. Para su buena suerte, fue algo agradable, sin embargo, no ocurre siempre. He frecuentado salones mucho más que usted —dijo Howard que miró que detrás de ellos fuera su doncella.

—Para mí fue interesante. Conocí más personas.

—Mientras más amplios sea su círculo de amistades, mejor se sentirá usted.

—Lord Coventry y su hermana han sido agradables y resulta que son conocedores de la música...

Howard dejó de oír a Anne cuando ella le comentaba lo perfectos que le habían parecido los hermanos.

—Lady Loretta y yo hemos quedado en un té muy pronto. Me resultó cautivante la expresión de ella. Una mezcla entre docilidad y un complejo de general de ejército de su majestad — continuó explayándose ella, sin darse cuenta de que él no la oía por estar pendiente de sus temores.

No se animaba a preguntar si algo le habían dicho sobre su pasado junto a aquel caballero. Debía coger valor para indagar más sobre ellos.

—¿El caballero sabe que usted es mi prometida? —inquirió, lejos de ser amable en su pregunta.

Ella no había pensado en que ni siquiera lo mencionó. Él debía estar pensando en lo peor.

—Excúseme. No me ha dado el tiempo de decirle. Estaba muy distraída con la conversación que se me ha ido de las manos. Fue muy respetuoso y educado...

—Sin dudas ese hombre es así —refirió con seriedad. La jovialidad con la que llegó junto a ella se había esfumado —. Pero, no se deje llevar por su apariencia...

—¿Qué quiere decir con eso, milord?

—Lord Coventry mató a su esposa años atrás. Le pido que mantenga su distancia de él. Es un hombre violento, al menos es lo que contó su suegra a la sociedad.

Anne se llevó un dedo cubierto de encaje a la boca. Estaba pálida por el temor de estar tan cerca de un hombre que acabó con la vida de su esposa. Aquella debía ser la razón por la que estuvo alejado de la sociedad.

—De haberlo sabido, no iba a dejar que me hablara. Es impensable creer que estuve sentada junto a él conversando de música... Me apena mucho no saber esto antes —aludió avergonzada y temerosa.

—No es su culpa, lady Anne. Usted era una niña cuando ocurrió el hecho, que lo ignore es algo que no escapa de lo cotidiano. Ningún padre o hermano le diría aquello salvo que se acercara.

Howard no quería que el conde de Coventry hablara con Anne y la envenenara en su contra al igual que su pequeña hermana. Desconocía que él había abandonado su exilio para regresar a Londres y quien sabía con qué intenciones. Esperaba que fuera tan solo para intentar casar a su hermana y no por odio a él.

Capítulo 16

Anne logró superar su susto con respecto a Gabriel. Lo que le dijo su prometido era algo impensable para ella. Aquel no parecía ser una persona violenta o impulsiva. Su percepción sobre el hombre amable y educado se difuminó a causa de lo que sabía. Pensaba en que si tenía contacto con la hermana, tendría que verlo de nuevo y no era algo que deseara. De cierta forma era alguien que juzgaba por lo que escuchaba o lograba discernir. Lord Coventry no podía formar parte de su círculo de amistades al igual que su agradable hermana.

Mientras tanto, Gabriel esa noche en que Anne cenaba con su prometido en su residencia, se encontraba con su hermana también cenando. Aquella no parecía apresurada por su comida, le sonreía con burla cuando él le dedicaba una mirada.

—¿Mi cara tiene algún problema? —inquirió. Dejó a un lado sus cubiertos y tiró su espalda atrás para recostarse la silla.

—No, Gabriel. Le envié unas palabras a lady Anne para que quedemos en el té. Es mejor que lo hagamos aquí, así podrías hablar con ella. Espero recibir su respuesta mañana.

—¿No invitarás también a la baronesa?

—No. Sería absurdo que la invitara si tu interés es la prometida de otro y no una mujer libre. ¿Por qué, Gabriel? Quiero que te cases con la baronesa Hastings. No hay nadie mejor para ti. Es nuestra amiga y una gran conversadora. ¿No es eso lo que querías para un matrimonio? Yo no me casaré si no puedo conversar con un caballero.

—Loretta, no me volveré a casar. Mi amistad con la baronesa es algo que nos concierne a ella y a mí, no a ti. No tengo las agallas suficientes para volver a caer en el juego del matrimonio.

—¡Pero si la conoces desde hace tiempo!

—Algunas amistades no están destinadas a ser más que eso.

—¿Es quizás porque crees que no sientes amor? Un matrimonio conveniente es mejor. Ella es una mujer conveniente.

—Como cualquier otra. Pasa por mis deseos y mi reputación hundidos en la miseria. Cuando logre que el conde de Jersey quede como yo he quedado regresaré a la tranquilidad del campo. Quizás no recupere mi nombre, pero es probable que sienta satisfacción al saber que también trunqué su compromiso y mandé su tranquilidad al infierno.

Loretta hizo muecas con su boca antes de continuar con su cena. Su idea sobre que su hermano tuviera una venganza que lo llenara de satisfacción se le salió de las manos. Tenía frente a ella a un hombre nervioso, pensativo y calculador. Ella estaba ayudando para arrojar más

leña a un odio que era probable que estuviera mal dirigido.

Anne recibió la misiva de Loretta después de que su prometido hubo abandonado su casa al igual que sus demás parientes.

Se puso nerviosa y temblorosa al leer que deseaba una tarde de té con ella. Arrugó el papel y lo arrojó al lado de su escritorio.

Era evidente que debía responder por respeto a ella, pues no tenía la culpa de los crímenes de su hermano. Sin embargo, no podía tener relación con una familia que tenía un título manchado por un asesinato. Debía ser muy educada para declinar cualquier oferta y conformarla con algún encuentro durante la temporada hasta que el interés de aquella por una amistad se extinguiera.

Su doncella le acicaló el cabello y lo trenzó antes de arroparla para dormir. No concibió el sueño con facilidad por estar rebuscándose las palabras adecuadas para un rechazo sin dar mucho a entender que se debía por ciertas razones.

Por la mañana, y muy atormentada por lo que debía responder en la corta misiva para su mala elección de amistad, respondió:

Estimada lady Loretta,

Deberé ofrecerle las disculpas pertinentes por rechazar tan generosa oferta. Durante varias semanas mis tardes se encuentran ocupadas. Mis demás amistades me requieren para sus fiestas del té. Quizás podamos coincidir en alguna de ellas.

Para no dejar sin efecto su generosidad le pido que acepte una conversación conmigo en un baile donde coincidamos.

Espero que con eso me excuse.

Lady Anne.

—No ha dicho nada de ti —mencionó Loretta antes de arrojar la nota al fuego del fogón de la cocina en donde se encontraba preparando unas masas para el té—. Creo que alguien le dijo que eres un asesino. Es un hecho, Gabriel, no tendré muchas amigas y es probable que no me case...

—Debió ser el amigo de su prometido quien le dijo que conversé con ella y en un acto de completa cobardía se escuda en semejante mentira —resolvió Gabriel, preocupado por lo que Loretta dijo.

—Es probable porque dudo que todo Londres la invite por la tarde. Nadie tiene el día tan ocupado para una tarde de té. Lady Anne está tan hueca como las demás jóvenes que conozco, me incluyo. Juzgan sin saber, aunque poco interesa.

A él no le quedaba más remedio que enfrentar la realidad que lo aquejaba: no tenía un buen nombre. Aquello no debía ser un impedimento cuando tenía dinero.

¿Por qué un libertino que era juzgado al fin y al cabo era bien recibido por la sociedad? Nadie probó que él hubiera asesinado a Odelia y aun así no deseaban que formara parte de la casta que alguna vez lo consideró como un hombre codiciado.

Un libertino podía casarse para limpiar su nombre y luego era halagado, pero no había alguien capaz de creer en su inocencia. Notó la noche de la velada musical que muchos murmuraban su nombre y se hacían a un lado. Si quería volver a integrarse a la sociedad tenía que hacer ojos ciegos y oídos sordos a lo que había a su alrededor. La hipocresía podría salvarlo, tan solo requería de astucia.

Las invitaciones a su casa eran escasas, tendría que recurrir a alguien que pudiera abrirle más puertas. La baronesa Hastings lo ayudaba con sus buenas relaciones, no obstante, necesitaba más. Las mujeres eran la clave para abrirse camino con otras damas.

Acudió con Loretta a un baile, esperanzado con que encontraría a Anne para intentar averiguar si lo que su hermana suponía era cierto.

En un momento se encontró solo. Loretta había sido invitada a una tertulia con las mismas muchachas de siempre. Deseaba que alguien la invitara a bailar. Un caballero que fuera decente y capaz de darle la vida que ella merecía. Su mal nombre también terminaba por afectarle socialmente.

—Lord Coventry, estaba segura de que se trataba de usted... —dijo una mujer de unos treinta años.

Él la observó sin reconocerla.

—Soy la viuda de lord Spencer. Antes usted parecía diferente.

—Disculpe mi mala memoria... —se excusó, sonrojado.

—No se preocupe. Éramos casi de la misma edad cuando era una debutante... —aludió la mujer—. Mi madre creía que si me escogía alguien de su edad sería un fracaso, pero terminé casada con alguien más de veinte años mayor para enviudar muy pronto.

Aquella mujer parecía triste por enviudar tan temprano.

—Mis condolencias por su pérdida, milady...

—¿Condolencias? Hay muchos motivos para festejar una viudez, lord Coventry.

—Mmm... —calló incómodo—. Por supuesto...

—Mi hijo se encuentra en casa de unos pacientes en Bath, estaré sola en mi casa, queda a pocas cuadras de la suya —musitó apretando su antebrazo con ligereza.

Gabriel goleó con respeto aquella mano y comprendió el implícito mensaje de la mujer.

—Es bueno saberlo. Con permiso, milady.

Ella inclinó su cabeza para despedirlo.

Sus pasos se hicieron más largos para alejarse. Intentó hacer memoria sobre el rostro de la dama, pero nada le hacía recordarla.

Gabriel agarró una copa y se quedó recostado por una pilastra del salón con los ojos puestos en la entrada. Anne llegó con su padre y se introdujo al salón sonriente.

Él fue para buscar a Loretta, quien sería su señuelo para acercarse a ella. Se agachó por detrás de su hermana para susurrarle en el oído.

—Ha llegado. ¿Me harías el favor? —preguntó.

—Por la amabilidad, claro que sí.

Loretta colocó su mejor sonrisa y se apresuró para interceptar a Anne. La cogió desprevenida de un brazo y la arrastró.

—Me alegra mucho que podamos vernos. Recibí su respuesta y he quedado desolada —indicó con premura y falsa fatalidad.

Anne no sabía qué hacer, sonrió nerviosa y procedió a excusarse.

—Lady Loretta, también me alegro de verla. ¿Ha venido sola?

—Loretta no sale sin mí, lady Anne —respondió Gabriel por su hermana.

Tenía el corazón en la mano al reconocer al hermano de Loretta. Faltaba poco para que se pusiera a temblar y a pedir clemencia.

—Buenas noches, lord Coventry... —saludó, nerviosa.

—¿No desea bailar una pieza conmigo, lady Anne?

—¡No! —exclamó apresurada.

—¿Qué le han dicho? —curioseó Gabriel.

—Nada —replicó. Hizo una reverencia a Loretta y se apresuró a irse.

Siguió a Anne mientras ella intentaba huir de aquellos hermanos. Cuando miró hacia atrás, no se encontraba ninguno de ellos siguiéndola, en su huida había llegado hasta el jardín.

Pensó que estaba a salvo en ese lugar. Inhaló y exhaló varias veces antes de intentar regresar al salón.

—¿Qué le han dicho sobre mí, lady Anne, que la hicieron cambiar sobre su opinión de mí y de mi hermana? —interpeló apareciendo por el lado izquierdo de la muchacha.

Se había quedado de piedra sin saber qué responder. Al notar que él se acercaba se rebuscó alguna idea para zafar de la situación.

—Me han dicho que usted es un asesino. Y me disculparé por decirlo, pero no quiero tener una amistad con usted o con su hermana que puedan dañar el buen nombre de mi familia...

Capítulo 17

A Anne la situación se le escapó de las manos. Para ella estar junto a un asesino era demasiada presión que no podía tolerar.

—¿Quién le ha dicho eso? —insistió.

—Mi prometido el conde de Jersey. Me pidió que no me acercara a usted por mi seguridad.

—Apelaré a que es una mujer inteligente para darse cuenta de las cosas. Si soy un asesino, ¿le parece que debería estar aquí? ¿No debería estar muerto por haberlo hecho? El crimen de matar a un noble se paga con la muerte. Tan solo el estigma de los ignorantes ha caído sobre mi buen nombre.

—Yo creo en las palabras de mi prometido que...

—¿Cree en las palabras de un libertino? Se ha paseado por la cama de todo Londres.

—¡Él es un hombre respetable, no como usted! —reprendió.

Gabriel no pudo evitar reír por lo incrédula que era aquella mujer creyendo que su prometido era un alma de Dios.

—La respetabilidad ha perdido su verdadero valor si usted dice que él es respetable. Quizás cuando esté casada con él abra los ojos a la dura realidad. Qué tenga buena noche, lady Anne.

Anne cerró con fuerza los ojos y apretó las manos convirtiéndolos en puños. Tenía a la duda en la mira. No comprendía las palabras de que abriría los ojos.

—¡Lord Coventry, usted no puede irse sin decirme a lo que se refiere! —alegó siguiéndolo—. ¡Es de mala educación dejarme con las palabras en la boca!

Gabriel se devolvió para discutirle. Terminó golpeando a Anne en su vuelta antes de regresar al salón. Él la sostuvo de la cintura para que no cayera en la grama del patio. La acercó a su pecho y se quedó mirándola, penetrante. Comprendió que aquella podía ser una oportunidad para que Anne fuera cayendo en su estratagema.

—Las mujeres no desean a un buen esposo, prefieren a los malos.

—No comprendo esa afirmación, lord Coventry... —mencionó con sus manos puestas en el pecho de Gabriel con la intención de alejarlo.

—Si le produce placer pensarme un asesino, no le quitaré ese gusto. Ustedes prefieren a los malos hombres, quizás con eso me gane su atención, lady Anne... —pronunció en un susurro muy cerca del oído derecho de Anne.

Ella se quedó tiesa, al sentir que la nariz de Gabriel se acercaba a cada bucle de su peinado y respiraba tan cerca de la piel de rostro haciendo que sintiera un agradable cosquilleo en los hombros y unos escalofríos que le recorrió desde la espalda hasta su cabeza.

—Por mi buen nombre... Lord Coventry... ¡No haga eso! —mandó al sentir un dedo de él recorriendo su cuello—. Le pido que me suelte, estoy asustada y...

—Usted tiene razón, una vez que empieza a hablar lo difícil es callarla —dijo Gabriel, antes de acercarse a los labios de Anne para tan solo rozarlos y respirar sobre ellos—. Piense en mantener una amistad con mi hermana, no es culpable de las habladurías en mi contra. Adiós, milady.

Anne lo vio alejarse e ingresar al salón. Ella quedó temblorosa sin comprender lo que ocurrió entre ambos. Todavía sentía la agitación de su cercanía. No había jamás experimentado aquellas sensaciones tan íntimas, un acercamiento indebido y unas palabras que casi desconocía como placer y gusto.

Estaba segura de que lord Coventry había perturbado su paz de alguna manera. Su buen sentido le pedía que nunca más lo volviera a ver o al menos a cruzar palabras con él. En su mente se formaba una expresión que indicaba peligro para ella.

Cuando él volvió al salón metió sus dedos entre su melena. Pudo haber resultado apresurado su acercamiento con Anne, estaba asustada y con dudas sobre lo que él era. De lo que hizo dos cosas podían resultar: tener a Anne expectante por creerlo un hombre malo, pero interesante o, espantarla definitivamente sin dejarle opción de arruinar su matrimonio con el conde de Jersey.

Gabriel entre sus cuestionamientos, no pudo dejar de reconocer a Howard Villiers el prometido de Anne y antiguo amante de su mujer, al menos al único que conocía. Agarró otra copa de líquido ambarino y la hizo girar varias veces antes de beberla con lentitud sin perder de vista a su oponente.

Howard también reparó en la presencia de lord Coventry y no deseaba estar en la misma estancia que él y menos con aquella mirada sin disimulo que le dirigía. Cuando lo vio caminar en su dirección, entendió que escapar sería poco audaz.

—Los asesinos y sinvergüenzas nos encontramos en el mismo lugar —musitó Gabriel.

—Lord Coventry, buenas noches. Lamento nuestro encuentro desafortunado la última vez.

—Cuando se revolcó con ella en mi cama y en mi casa, no le importó lo desafortunado que pudiera ser. Debió pensarlo antes.

—Han pasado años para su reclamo. Debió retarme a un duelo por su honor —reclamó Howard con valentía.

—¿El honor? El de ella era inexistente. Arriesgar mi vida por eso, no era razón. Me enteré de su próximo matrimonio. Lady Anne Musgrave es una muchacha agradable, de buen ver y

simpática... —insinuó, sugerente.

Comprendió que su compromiso no era bien visto por aquel caballero.

—Lady Anne es decente.

—Por supuesto, y soltera además. Si yo fuera usted, me cuidaría de cualquier mujer. Sabrá que no todas las damas son fieles a sus hombres. Mi compasión para con usted, espero que no tenga que luchar por el honor de su mujer.

Enojado, Howard hizo una reverencia y se mezcló entre los demás asistentes para buscar a Anne. Había sido un encuentro muy incómodo con aquel hombre. No sembraría la duda en él, pues Anne era intachable por eso la escogió. No era capaz de buscar a otro caballero porque no era una mujer de mucha gracia y belleza, aunque no le restó atractivo cuando la conoció. Su simpatía ayudó a que se decidiera por ella antes de iniciar la temporada. Si debía tomar la decisión después de iniciada la temporada, escogerla a ella hubiera sido descabellado con tantas damas hermosas a su alrededor.

Encontró a Anne un poco desorientada por el salón. Se acercó a ella y le cogió de la muñeca.

—Lady Anne, ¿por qué lleva tanta prisa? —preguntó. Colocó una adulatora sonrisa en su rostro y aguardó por una respuesta.

Ella se sintió aliviada al saber que su prometido era el que la tomó desprevenida.

—Milord, no hay ninguna prisa. Estaba buscando a mi amiga, pero se me escurrió muy intempestiva. Pensé que no iba a venir —respondió como excusa.

—No me perdería un baile donde podría tener el privilegio de bailar junto a usted. Es más, ¿quiere bailar conmigo la próxima pieza? Está por acabar la actual.

Asintió sonriente y se aferró al brazo de su compañero ante la atenta mirada de Gabriel quien también deseaba bailar y quizás lo hiciera con su hermana a falta de alguna dama.

Recordó a la condesa viuda que lo abordó temprano. Se acercó a ella y le ofreció su mano para bailar. La mujer aceptó sin titubear. Con intención Gabriel llevó a su escogida al lado de Howard y Anne, así cuando estuviera el cambio de pareja, a él le tocaría compartir con Anne.

Los nervios estaban consumiendo a Anne y de paso a su prometido. Intentaba cada uno ocultar su parecer con respecto a Gabriel.

Con los primeros acordes, fueron moviéndose las parejas danzantes. Los pasos eran conocidos por todos. Era un baile coordinado y alegre que la mayoría disfrutaba. Una mano arriba y luego abajo, un pie adelante y el otro atrás, ambos combinados para crear los pasos.

Las vueltas primero daban con sus respectivas parejas para luego cambiar por el vecino. Cuando a Anne le tocó aquel cambio, Howard se sintió intimidado al notar que ella iba a cruzar palabras con Gabriel.

—Espero que haya pensado en lo que le dije sobre Loretta, no merece mi estigma... — comentó al cruzar su brazo con el de Anne —. Estuve meditando la idea de que usted sea tan virtuosa como otras damas que tocan el piano.

Anne no se dignaba a comentar nada, tenía en su mente las últimas imágenes de su encuentro con él.

—Prefiere seguir siendo una mera espectadora cuando puede ser la protagonista de un concierto y recibir los aplausos. Habla mucho de su conformismo.

—Es lo que me agrada. No debería cuestionarme mis hábitos. Además, le dije que tengo dos manos izquierdas. Si la naturaleza me dotó de esa forma, nada puedo hacer —replicó molesta.

—No he notado nada malo con sus manos, más que son calurosas en el roce con mis manos. Imagino lo que podrían hacer para complacer a un hombre.

—¡Es indigno lo que dice! —se exaltó, avergonzada.

—Se menosprecia mucho, milady. Aprender el piano la ayudará a deleitar a su esposo. ¿En qué pensaba? Para complacer a otros necesita mucho, para complacerme solo necesita creer en mi inocencia.

—Lord Coventry, le pido con educación que se aleje de mí. No tengo intenciones de formar una amistad con un hombre de reputación dudosa.

—Me alegro de que ya no me considere un asesino, sino alguien dudoso, pero no más dudoso que su prometido.

Capítulo 18

Anne achicó sus ojos por la molestia que le producía que Gabriel se expresara de esa manera. Sin embargo, seguir aquella provocación haría que continuara con su conversación.

Quiso evitar replicar, porque estaba arraigado en ella una expresión por ridícula que ésta fuera.

—Ser libertino no es un pecado como el ser un asesino, lord Coventry... —logró articular antes del cambio de parejas.

Ella regresó a los brazos de su prometido, pero sabía que volvería con Gabriel en la brevedad.

Él sonrió y continuó como si no hubiera dicho nada. Esperaría su turno para responder a su osadía.

—Lady Anne, está bailando con mucho ahínco esta noche —halagó Howard para distraerla. Sospechaba que por la mente de aquella, sucedían muchas ideas con respecto a lo que le dijo de su vecino danzarín.

—Es porque... —buscó una excusa que no revelara su enojo. No podría contarle a su prometido que ella había tenido un acercamiento indebido con el conde de Coventry —. La colectividad es muy... Agradable...

Cerró los ojos por lo que dijo. Fue una salida absurda halagar el baile con otro caballero.

—Ciertamente —asintió más bien refiriéndose a uno de sus últimos deslices, la viuda que danzaba con Gabriel.

Sabían que se acercaba el cambio de parejas. Gabriel estaba al pendiente de sus pasos. Eran tan sabidos por más que llevaba años sin pisar un salón de baile. Cuando llegó el momento de que Anne colocará su mano sobre la suya, él se atrevió a darle un apretón, acompañado de una caricia furtiva.

Anne abrió los ojos con sorpresa al verlo sonreír con picardía por aquella libertad que se había tomado. Estaba escandalizada, tanto, que sentía un gran sofoco.

—Ser promiscuo es peor que un sospechoso de asesinato. Sé que no se jacta de ciertas dotes como en el aspecto musical, pero hágame suponer al menos que tiene inteligencia. Su prometido es un promiscuo y lo sabe. Tapa el sol con un dedo porque se casará con usted, pero no se da cuenta de que le servirá como un trapo para limpiar su suciedad.

—Lord Coventry, no le respondo como merece porque es una danza. Pero le apremio con que sepa que no he cambiado de opinión sobre usted. Ha caído ante mis ojos... —replicó con

duresa —. Habla mal de quién no lo escucha y no puede defenderse.

—¡Oh, pobrecillo! —expresó burlesco—. Entienda que defenderé a todas las damas que quizás no le caigan en gracia y a los inocentes que no pueden defenderse, como yo. No me deja defenderme porque me juzga. Lo de su prometido lo saben todos y murmuran a sus costillas sin vergüenza alguna. Sobre mí, juzgan sin saber y no me sorprende que haya sido Lord Jersey quien haya hablado mal de mí y usted desconoce la razón.

—La razón es solo protegerme...

—Si desea creerlo, no puedo decirle que eso es incorrecto, más está lejos de la realidad... Lady Anne, invierta su tiempo en conocerme un poco. Mi grosería es resultado de su juicio injusto, pero tengo mucho que enseñarle.

La curiosidad de Anne sobre el lenguaje complicado de Gabriel estaba haciendo estragos en su mente, tanto, que terminó perdiendo el paso de la danza. Entorpeció el giro de las parejas a su alrededor para luego sentirse nerviosa y avergonzada. Su noche podría decirse que era un desastre o más bien, una fatalidad.

Cuando logró reponerse continuó con la coreografía al igual que el resto, que no hacía más que mirarla con reproche por su torpeza.

—Me he decidido a decirle que no, milord, porque no estoy interesada en...

—Es difícil que guarde silencio para pensar. Deje a su mente pensar. Mientras habla sin parar la confunde y termina confundiéndome. Bien lo dijo —agregó antes de repetir lo que le dijo tiempo atrás—, la dificultad está en que se calle.

Ella alzó la nariz, ofendida por las palabras de Gabriel. Tan testaruda era que no se sentía en posición de aceptar nada. No saldría de sus pensamientos cómodos y su conformidad con sus conocimientos sobre la sociedad. No deseaba inmiscuirse en la culpabilidad o inocencia de nadie. Era un hecho, no creía en su inocencia.

El tan esperado cambio de parejas para acabar la pieza llegó, y ella casi se arrojó sin pudor a los brazos de su prometido. Lo único que deseaba era que esa noche acabara y que aquel hombre no volviera a acercarse.

—Adiós, lady Anne... —la despidió Gabriel, adulator.

Hasta aquella despedida le dio escalofríos a ella. Si no se consideraba caprichosa, creía tener alguna vena que quería hacer un pequeño drama para decirle unos improperios al caballero, pero era cauta y no deseaba escándalos.

—Después de esta pieza, desistiré de bailar por hoy. Mis zapatos no están a la altura... —se excusó Anne para con Howard.

—¿Qué le dijo Lord Coventry? Los vi conversando... —comentó.

El rostro de Anne, palideció y se quedó un momento, callada.

—Me habló sobre su hermana lady Loretta —mintió y sonrió para darle tranquilidad a Howard, que cada vez que algo se relacionaba con aquel caballero, él se notaba ofuscado y preguntón.

Esas características levantaban la curiosidad por lo que le dijo él sobre si lo que buscaba su prometido era protegerla.

Aplaudieron después de que la pieza acabó y cada quien partió con su pareja rumbo a la mesa del tentempié.

Gabriel no perdió de vista a Anne. La buscaba con la mirada. Ella le recordaba lo que él había sido y sospechaba que estaba cerca de romper las frágiles bases que se impuso durante años en la escuela de señoritas.

—Gabriel —interrumpió su hermana a su visual perfecta de una acongojada Anne.

—Dime, Loretta...

—Quiero irme. Me he aburrido de aburrirme y eso es difícil.

—No estoy aburrido, Loretta. Ve y baila. Eres joven y bonita...

—Oh y también la hermana de Lord Coventry... ¿Hace falta más presentación que decir eso para que huyan despavoridos como ratas? No soy tan poco agraciada para tal grosería. Si quieres que me case, publica en una gaceta que tengo mucho de dote.

—No mantendré vándalos ni caza fortunas. Quizás termines casándote por amor, es lo único que hará que no se noten tus defectos porque mi nombre no se limpiará de la noche a la mañana.

—Suenas horrible si terminaré como tú.

—Lo dudo. La víctima será el caballero y no tú.

—Déjame decirte otra cosa...

—Dime, Loretta. He notado que las niñas de tu edad hablan demasiado y no dicen algo relevante.

—No me gusta la mujer que está contigo —murmuró pegada a su oído.

Él exhaló y se acercó al oído de su hermana.

—Lo importante es que me agrade y no que te agrade. Te llevaré a casa y no porque estés aburrida, sino por mi tranquilidad.

A Loretta no le importaban los motivos de su ida. Sino que se fuera. Antes de retirarse, miró entre los asistentes y coincidió con la mirada del marqués que la perseguía, pero ella era más

astuta que él.

Él escuchó, descarnado a Loretta hablando todo el camino hasta su casa sobre lo que le parecía la mujer con la que tenía una cita después de dejar a su hermana atada a la cama. Atada y amordazada por amenazar su tranquilidad.

Gabriel bebió una copa antes de regresar a la calle. Se subió al lomo de un caballo y tal como lo hacía con Eleonor, lo dejó en las caballerizas de la residencia de la mujer.

Sabía a qué iba y la idea de convertirse en un libertino consolador de damas no era algo que le agradaba en demasía.

—Lord Coventry, sabía que vendría —musitó ella, que lo esperaba en camisón. Llevó sus manos hasta el pañuelo que estaba en el cuello de Gabriel y se lo desató.

—Milady, no podía despreciar su amable invitación.

—Siempre educado como lo recuerdo, pero yo quiero al otro hombre que se esconde detrás de usted... —alegó. Lo empujó contra la pared de las caballerizas y lo instigó a que respondiera.

Gabriel no era más aquel tímido muchacho que se apasionaba al estar con Odelia, sino que con el tiempo y sus encuentros con Eleonor, había probado que podía ser ardiente, dejando de lado su cuidado y recato. Tomó a la mujer de su cintura y la colocó sobre su cadera. Sin miramientos, cambió de lado, quedando aquella contra la pared.

Respondió como lo haría un experimentado amante. La sometió a su deseada tortura, con lujuria y desenfreno. La acarició con vehemencia como ella le exigía con sus gemidos interminables. Le pedía más y él con fuerza la dominaba como a una yegua.

—Lo creo inocente, Lord Coventry. ¿No piensa irse aún, no es así? Pasemos a... Seguir conversando en mi habitación —sugirió la incansable dama.

—Conversemos si me cree inocente. Si la convenzo y convence, la visitaré más seguido...

—Puedo hacer mucho por usted si me complace. Tengo muchas y buenas amistades que le abrirán las puertas a usted y a su hermana...

Capítulo 19

Lady Spencer era generosa con sus prospectos a amantes. Le ofreció su hospitalidad, complicidad e influencias en la sociedad para que fuera bien visto de nuevo. La intachable reputación de su familia no podía desaparecer por tan solo una sospecha. Nunca se comprobó su culpabilidad tan solo los agentes que acudieron al lugar sabían la verdad del porqué seguía libre si era culpable.

—¿Pensará en lo que le he dicho, Lord Coventry? —curioseó la mujer desde su lecho, estudiando al caballero que se estaba vistiendo frente a ella.

—Sería irracional que me pusiera a pensar en algo tan conveniente. Hacerlo sería buscarle un defecto y una excusa para no aceptar.

—Es mucha la preocupación por su reputación...

—Es por Loretta. Su nombre se ha visto manchado por mi causa. Deseo que tenga un buen matrimonio. No debe ir mal casada por solo habladurías sin fundamento.

—Haré una fiesta en una de mis propiedades rurales... ¿A quién no le gusta el campo? Será un momento ideal para que los demás accedan a tratar con usted.

—Para eso le pediré tan solo dos cosas —refirió. Enlazó su pañuelo en el cuello y se acercó a la lady Spencer para tomarla del mentón.

—¿Qué son esas cosas que me pedirá, Lord Coventry? —indagó jocosa.

—No quiero al conde de Jersey en aquel lugar, pero sí quiero que invite a su prometida.

—¿Por qué razón excluye a uno e incluye al otro?

—Son razones que no le deberían importar. Es un negocio placentero para ambos. Si no está de acuerdo...

—Siempre estamos de acuerdo. Era simple y ociosa curiosidad.

—Supongo que él ha sido su amante y goza de su gracia, pero no de la mía.

—Hace tiempo ha dejado de frecuentar mi casa. Se ha vuelto soso desde que decidió casarse y comprendo los motivos. Su prometida es tan corriente y sin gracia alguna que no extraña en nada sus formas.

—Qué tenga buena noche, milady... —se despidió. Dejó la habitación y fue caminando con lentitud por el pasillo hacia el salón principal para luego tomar la dirección de la cocina y salir por la puerta del lugar hacia las caballerizas.

Estaba agotado. Necesitaba descansar un poco. Había hecho una guerra de nervios con Anne para luego acabar en la cama de aquella viuda alegre.

Colocó una mano en el lomo de su caballo y recostó su figura por un momento. Cuando recuperó la compostura, subió al animal para regresar a su casa.

Evitó en la medida de sus posibilidades darle vueltas al asunto de que tenía a demasiadas mujeres en su vida y no tenía idea de qué hacer con ellas.

Si se ponía a hacer un recuento, quedaría extenuado y además muy preocupado por sus acciones y decisiones.

Después de que dejara su caballo en el portero emprendió una desanimada caminata hacia su habitación. Pensar en subir las escaleras le provocaba una flojera impensable. Era revivir mil veces la muerte de Odelia. Después de acabar con el compromiso de Anne y el conde de Jersey, pensaba en vender esa propiedad maldita y no volver a salir de su finca.

Se apretó los ojos por el cansancio y continuó su camino.

Una vez en su habitación, se sentó, para luego echar su figura en la cama. Miró su cama de dosel y se cuestionó los que hacía.

Se convirtió en un hombre promiscuo por interés. Las mujeres rondaban su vida, incluyendo a su esposa muerta. Loretta era una preocupación muy grande, pues involucraba su futuro; la baronesa Hastings con su paciencia, amistad y fidelidad hacía mella en su idea de tomar venganza; lady Spencer era generosa y eso lo hacía desconfiar, quería sus atenciones y a cambio, ella prometió que su título recuperaría su brío; y estaba la última: la inocente, cándida y hasta tonta lady Anne Musgrave.

Anne representaba un desafío: ¿Cómo podía seducir lo imposible?

Ella era regia y necia. Lo que pensaba era una verdad absoluta e incorruptible. Meterse en su mente y cambiar años de preparación para estar hueca, era un emprendimiento descabellado.

Si la ponía en comparación con Loretta, que parecía; incluso sacada de otra familia, llegaba a la conclusión de que el comportamiento de Anne era aceptado por él, pero no el de su hermana. Si fuera un tanto más liberal como Loretta, le sería más fácil acceder a sus pensamientos y cambiarlos.

En pos de la rebeldía, su hermana podía caer en alguna situación poco alentadora. En cambio, la preparación de Anne para seguir las reglas representaba su seguridad.

Gabriel era implacable con sus pensamientos. De antes estar al pendiente de sus propiedades a estar pendiente de una muchacha difícil, consumía mucho de su carisma. Podía mirarse en un espejo y no reconocerse. Promiscuo, vengativo y vano, era como se había vuelto a su regreso a Londres. Nada quedaba del noble, cuidadoso, educado y agradable conde de Coventry.

¿Cómo podía quedar algo dentro de él después de la traición de su esposa? ¿En qué momento acumuló ansias o deseos de venganza? Quizás desde que descubrió que su mundo era una fantasía.

Para cuando el sol estaba casi entrando por la ventana de Anne, despertó de su incómoda noche. Se miró al espejo y notó sus ojos cansados. Se sentó frente a él y siguió observándose, perdida en sus pensamientos.

Cuando regresó por la noche, se sentía aturdida por lo que conversó con Lord Coventry. Tenía curiosidad por lo que le había dicho. Pero, sabía que la curiosidad era un defecto que si lo dejaba ser, la llevaría a la desgracia. ¿Acaso no había intentado besarla? Qué terrible acontecimiento que la llenaba de vergüenza y escalofríos. Tan cerca estar de un hombre era algo impensado, ni su prometido estaba a esa distancia tan pobre.

¿Para qué deseaba besarla? No estaba interesada en ningún beso. Eso no era propio de una dama de clase como ella. No comprendía un acercamiento de esos.

Se levantó y caminó para tomar una de sus prendas para ir detrás del cambiador.

—Milady, siéntese, su cabello está hecho una maraña —mencionó la doncella al verla vagar por la habitación.

—Lo siento, iba a cambiarme, ¿mi padre ha desayunado?

—La está esperando o... Al menos eso creo.

La doncella le hablaba sobre el desayuno que prepararon en la cocina, aunque también hizo un comentario poco adulator de su cara, que estaba casi sin descanso.

Una vez estuvo lista, se acercó al comedor donde notó que su padre estaba inmóvil. Se apresuró a tocarle el hombro y este movió la cabeza.

El alma le volvía al cuerpo cuando lo hacía. Temía que en algún momento no despertara.

—Anne querida, te estaba esperando...

—Dormido como siempre, padre —aludió y dejó un beso en su mejilla.

—Reposaba los ojos, cariño. Me hace ilusión comer los panes que han preparado. ¿Cuándo volverás a hacer pan?

—La servidumbre lo hace. Estaría estorbando e incomodando a los demás. Además, si seré una condesa no debería andar por la cocina salvo que sea para verificar la comida de la semana.

—Es cierto.

—Padre... —mencionó con la mirada puesta en el pan que agarró con una mano. Se sirvió el

té y continuó —. ¿Conoce usted a Lord Coventry?

—¿Lord Coventry? ¡Oh, sí! Es un buen amigo mío.

—¿Amigo suyo? —preguntó, sorprendida.

—¿Te refieres a John, el conde de Coventry?

—No. Es su hijo...

—Oh, ¿ya murió?

—Debe ser así, o de lo contrario no sería el Lord Coventry.

—Disculpa, cariño. En ocasiones se me olvidan las cosas. Recuerdo al hijo de mi amigo, delgado y muy educado.

—Lo vio en la velada musical, padre.

—¿En verdad? Tengo mala memoria.

—¿No recuerda si es cierto que mató a su esposa?

Su padre se quedó pensativo mientras masticaba su pedazo de pan recién hecho, dejando expectante a Anne.

—Dudo que la haya matado si está libre. ¿Quién te dijo eso?

—Mi prometido me lo ha confiado.

—¿Y qué tiene ese asunto que ver contigo?

Ella se sonrojó y llevó la taza a sus labios.

—He conversado con... Lord Coventry en varias ocasiones...y...

—Anne, si mataba a alguien no iba a conversar contigo, matar a otro noble es la muerte. Cualquiera cae en el desprestigio.

—Es dudoso.

El caballero recogió sus hombros y continuó con su desayuno. A los pocos minutos ya había olvidado la conversación y se puso a relatarle viejas anécdotas que ella conocía de memoria.

Anne pasó parte del día en el jardín y la otra frente a aquel pianoforte que se negaba a sacar notas decentes. Practicaba con un dedo para que el sonido no fuera ensordecedor y que no molestara a su viejo padre. Tan solo la hora del té la animaría para sosegar su aburrimiento.

Antes de la hora del té, la puerta de su residencia fue golpeada con suavidad. Cuando el

mayordomo dejó pasar a la visita, el rostro de Anne se hizo indescifrable.

—Buenas tardes, he llegado a tiempo para el té. En vista de que usted no pudo acceder a mi invitación, tuve que hacerme presente para acompañarla...

—Lady Loretta... —pudo apenas pronunciar —, pase...

—¿Saldrá a algún té? No la veo vestida para la ocasión...

No sabía cómo sustentar su mentira de tardes llenas con fiestas del té.

—Se ha tenido que cancelar una de ellas. Mi padre me ha pedido que me quede con él... — mintió.

La perspicaz Loretta no se había creído la excusa, pero no se encontraba en el lugar para juzgar.

—Será encantador pasar la tarde con usted. Por Gabriel no se preocupe, vendrá a buscarme antes de las siete.

Su corazón dio un vuelto estrepitoso al saber que aquel caballero iría a su casa. No deseaba que estuviera cerca de ella.

Capítulo 20

Cuando invitó a Loretta para que se sentara junto a ella en la sala para que esperaran el té que sería servido en el salón que tenían para ese fin en la casa, observaba cada detalle de la residencia y le sonreía sin decir palabra alguna, a lo que Anne respondía con una sonrisa tiesa y nerviosa.

Era una de las sensaciones más incómodas por las que nunca había pasado. La hermana de Gabriel le agradaba, pero no la reputación del hermano, que a la vez manchaba la de ella.

—¿Y su madre? —preguntó Loretta al notar que solo estaba el viejo padre de ella dormido en un sillón.

—Murió hace mucho. Por fortuna todavía tengo a mi padre junto a mí.

—Qué afortunada. Mis padres murieron también. Mi hermano fue como un padre, pero...

—¿Pero qué? —indagó con curiosidad. Le interesaba lo que podía contarle Loretta.

—Después que se casó, las cosas cambiaron. Me convertí en una molestia para ambos, en especial para su malvada esposa.

—¿Malvada? ¿Es por eso que la mató?

—Gabriel no sabe matar ni el aburrimiento y cree usted que mataría a una persona... Sería una fe desperdiciada.

Anne se sonrojó más por la respuesta sarcástica que le dio la muchacha. Había quedado como una tonta al afirmar que esa era la razón por la que su hermano mató a su esposa.

—¿Quién es la joven? —curioseó el padre de Anne que despertó de su larga siesta.

—Es lady Loretta, hermana de lord Coventry.

—He venido a tomar el té con su hija y por supuesto que con usted también, milord —dijo condescendiente Loretta.

—¿Y su hermano no ha venido? Debió tener algo importante que hacer por eso usted está aquí sola. Que la próxima no se te olvide, Anne, pedirle al conde su presencia, quisiera conversar con él sobre su padre.

—Sí, padre, lo tendré en cuenta. —aceptó acongojada para no contradecir a su padre.

—Gabriel aceptará encantado cuando se lo digan. No lo invitan con frecuencia a un té.

Cuando la hermana de Gabriel abrió la boca para complicar todavía más su situación, ella

cerraba los ojos, presa de sentirse a la orilla de un abismo.

Una vez que la servidumbre comunicó que ya estaba listo el té en el saloncillo, los tres habían ido sin dilación. Loretta acompañó al viejo conde, se estaba congraciando con aquel, mientras que su hija estaba acorralada en futuras invitaciones para esa familia.

La conversación con Loretta no era desagradable, era como la imaginó en un primer momento cuando no tenía prejuicios contra ella y su hermano. Era clara, elocuente, conocedora de la cultura y según la misma, se describió como una artista.

—Entonces sabe tocar el pianoforte... —aseveró el viejo noble.

—No es por vanagloriarme, pero los puedo deleitar un poco cuando acabemos nuestro té.

—Estaríamos muy contentos de escucharla, soy apasionada de las notas y de las buenas letras. Cuando escucho algo que me encanta, siento que puedo caminar en una nube de deleite y júbilo —resaltó Anne.

Loretta casi podía notar las pupilas dilatadas de Anne por la excitación que le provocaba saber que escucharía que alguien tocaría el pianoforte para ella y su padre. Se notaba que estaban muy solos y ella sentía la presión de estar al pendiente de un hombre mayor que por poco no olvidaba el lugar en donde estaba. Lo único que lograba distender a Anne de sus preocupaciones, al parecer era la música. Le daba tanta pena saber lo que su hermano tenía pensado para ella, que aquella vena vengativa de la que se jactaba con frecuencia, se convirtió en una de lástima.

El viejo padre de Anne y ella, acorralaron a Loretta terminando con sus porciones y el té, más rápido de lo que iba la invitada indeseada por Anne, de esa manera buscaban presionarla para que fueran junto al pianoforte que estaba al lado de la ventana del salón.

Si bien Loretta tocó para la escuela de señoritas en muchas ocasiones llevándose la ovación de los presentes, aquel público frente al que se encontraba era el más excitado.

El hombre se acomodó en su sillón y Anne acercó una silla para poder observar más de cerca cómo los dedos de Loretta se moverían con una maestría que ella no poseía.

Cuando el pianoforte comenzó a deleitarlos con las primeras notas, el rostro de Anne era de gran felicidad. Miraba enamorada la sintonía entre las notas y los dedos de Loretta, era perfecto.

—Tiene unos dedos largos y habilidosos... Los míos dan tanta pena... —comentó mirando sus dedos delgados y normales.

—A mí me parecen unas manos muy bonitas, capaces de tocar como las mías. Tan solo debe disciplinarse. Tanto Gabriel como yo, sabemos sacar hermosas notas de este instrumento. Él fue quien me enseñó lo que sé y también la señorita Smith —recordó con melancolía los inviernos en que cuando era pequeña su hermano la sentaba en su regazo para mostrarle como comenzar con ese arte. Gabriel hubiese sido a esas alturas un padre maravilloso, si la vida fuese un poco generosa con quien lo merecía.

—Habla de su hermano como si fuera un dechado de virtudes...

—Absolutamente. Para mí, él es como mi padre. Lo adoro, pero tiene sus defectos como cualquier persona. Me abandonó estos últimos años en una escuela de señoritas y no ha tomado la referencia que le he dado para que vuelva a contraer matrimonio.

—¿Y si mata a su otra esposa? —interpeló Anne con verdadera preocupación.

—Tan equivocada está, lady Anne. Él solo amaba a esa culebra. Desde ese momento, me di cuenta de que el amor no es algo bueno. Hace que abandones a tu familia y olvides tus más arraigados valores. Es como una peste, si no te mata, te deja muy débil. Yo optaré por un matrimonio de conveniencia y debe ser alguien a quien pueda tolerar y que no sea inteligente —musitó Loretta.

—Lord Jersey es inteligente y prefiero que él tenga los conocimientos que a mí me falten. Una buena esposa no es más que su marido, lady Loretta.

—Le aseguro que yo seré más que mi esposo cuando tenga uno, por supuesto. En lo que estamos de acuerdo usted y yo, es en que no nos casaremos por amor.

—Concuerdo en eso —aceptó con picardía.

Fueron deleitados hasta que Loretta se cansó de tocar y también porque uno de sus oyentes estaba muy dormido.

Gabriel se encontraba frente a la casa de Anne. Una residencia de ladrillos rojos, suntuosa y de dos plantas. Aquel parecía ser un hogar para toda una familia y una muy grande. Golpeó las grandes puertas de madera y esperó con elegancia a que le abrieran.

—Buenas tardes, soy lord Coventry y he venido a buscar a lady Loretta —dijo al mayordomo que le abrió la puerta.

Aquel hombre de mediana edad lo dejó pasar hasta el recibidor en donde Loretta se encontraba sonriente hablando con Anne, ambas tomadas de la mano como si fueran cómplices.

—Milady, ha llegado lord Coventry... —anunció el hombre del servicio.

Anne levantó la vista hacia él y sintió aquellos nervios del día anterior. Él le hizo una reverencia a ella para saludarla.

—Es un gusto verla otra vez, lady Anne —musitó para agradecerle.

—Milord...—respondió con acritud.

—Has venido muy temprano, Gabriel, apenas le estaba mostrando a lady Anne, la posición de los dedos para que pueda tocar, tal como me lo enseñaste tú.

—Me temo, lady Anne, quizás Loretta no sea tan experimentada como yo.

Las damas se levantaron del sillón. Loretta se colocó junto a él y Anne se quedó mirándolos sin saber qué hacer.

—Lady Anne nos invitará a ambos a otro té. Su padre ha pedido que no faltes la próxima vez, quiere hablarte de nuestro padre —contó Loretta, taimada.

—Despídete de milady, le agradeceré por la invitación.

—¡Estaré muy ansiosa de volver! —expresó Loretta, volviendo junto a Anne para abrazarla con fuerza.

—Gracias... —replicó Anne con nerviosismo.

Loretta le sonrió a ambos y los dejó en el salón para subir al carruaje.

Gabriel se acercó a una tiesa Anne y miró a las manos que ella se estrujaba con severidad. Se quitó sus guantes y los colocó bajo su sobaco, después, sin previo aviso, agarró una mano de Anne, que ella intentó retirar con rapidez. Sin embargo, estaba sujeta con fuerza.

—No había visto sus dedos, pero le afirmo que son especiales para acariciar más que un piano fuerte... —declaró Gabriel.

—¡Deje mi mano! —exigió asustada, con el corazón al borde de escapar de su pecho.

—Dígale a su padre que acepto su invitación, con placer. Adiós, lady Anne —se despidió, pero no sin antes besar aquella mano y cruzar una intimidante mirada con Anne.

Ella sintió que desfallecía por tanta indecencia. Sus labios temblaban por el desconocimiento de lo que acontecía, pero aquella clase de beso nunca lo recibió ni siquiera de su prometido. Sentía el calor que subía hasta la cabeza, dejando mojado el nacimiento de sus cabellos.

Él le enseñó una sonrisa ladina para acabar con su compostura e irse para alcanzar a su hermana.

Se desplomó en su sillón después de que se hubo ido. Sentía que su figura se hamacaba del frente hacia atrás. Sentía pavor de lo que estaba aconteciendo y de aquel acercamiento que ese hombre buscaba con ella. Él no solo se convertía con lentitud en el dueño de sus temores, sino también de sus pensamientos y curiosidades.

Capítulo 21

—¿Qué has podido conseguir a mi favor, Loretta? —indagó Gabriel al momento en que subía al carruaje donde su hermana estaba acomodada.

—No sé si he podido posicionarte como un hombre sensible. Pero, la he notado muy interesada en saber si eres o no un asesino.

—Creo que sería bueno que se quede con el pensamiento de lo que cree que soy. ¿Para qué restarle interés a su curiosidad?

—¿Y no deseabas que se restableciera nuestro buen nombre?

—Para cuando eso ocurra, que sea o no un asesino, dejará de ser una novedad para ella. Lo único que tengo en mi haber en este momento, es una duda que la ata a mí.

—Oh, comprendo. ¿No sería ideal que te mostraras como un dulce y susceptible caballero en busca de un segundo amor a quien nadie para orejas por ser sospechoso de una muerte? Como te comportabas con Odelia.

—Hace tiempo dejé de ser la víctima. Mi objetivo no es engañar a lady Anne con falsas esperanzas de un futuro. Tan solo quiero que deje a su prometido. Es muy evidente que pidiéndole no accederá a dejar al hombre que la librará de una soltería que es probable que se hubiere resuelto en la última temporada de su juventud si no aparecía este caballero.

—No quieres engañarla... —meditó—, pero esperas no solo que deje a su prometido, sino que lo humille y se humille.

—Quiero que ese conde del infierno sufra en carne propia lo que yo sufrí, Loretta. No le deseo a nadie el sufrimiento y la humillación que pasé.

—Que sufrimos si de ella dependía estarías muerto y yo a la deriva. Intentó matarte.

—Ella acabó conmigo cuando la descubrí y aquella imagen que tenía de Odelia se desvaneció con rapidez, pero es un pasado que me ha demostrado que no me sirve ser un hombre justo y honesto cuando las damas los prefieren sin moral. Bien, al fin de cuentas, ¿dónde se encontrará esta muchacha en los próximos días?

—No estamos invitados a donde ella irá.

—No me importa si estamos o no invitados, quiero saber el lugar y más nada.

—Será una cena en la casa del duque de Gloucester.

—Espero que tu armario tenga buenas prendas, porque iremos a donde ella vaya.

Loretta lo festejaba con una gran sonrisa. Le gustaban las fiestas, además no perdería la oportunidad de reñirle a cierto caballero que se había insinuado a ella.

Gabriel no dudaba que podría conseguir que alguna dama le abriera la puerta de esa casa. Debía conversar con la baronesa Hastings, quien siempre iba bien relacionada con la sociedad, aunque también podía acudir a la nueva mujer con la que se acostaba. La diferencia entre ambas era que Eleonor no le cobraría el favor porque dependía de su ánimo para que ella insinuara algún pago.

Pensó en extenderle una corta misiva para tomar el té con él y su hermana para conseguir de esa forma la invitación a esa cena, que después Loretta le contó que sería en tres días.

Al día siguiente por la tarde, Eleonor junto con la señorita Smith, acudió a la casa de ellos para beber el té. Como era costumbre Loretta acaparó a su antigua institutriz. Con las peores intenciones de que se formara una pareja entre su hermano viudo y aquella amiga a la que adoró desde el primer día, arrastró a la dama de compañía de Eleonor a los confines de su habitación para enseñarle los vestidos que tenía y hacerle algunas confesiones.

—Fue una invitación un tanto apresurada. Ni su letra estuvo como en otras ocasiones... — mencionó Eleonor con la taza de té sobre sus labios, aún sin sorberla.

—Necesito de su influencia para ir a una cena —confesó sin rodeos.

Eleonor bajó su taza muy cerca de la tetera de porcelana y lo observó con suspicacia.

—¿Estará lady Anne Musgrave?

—No habría otro interés para ir a un lugar donde no he sido invitado y tampoco mi hermana.

—Pero según su hermana incluso ha recibido una invitación para una casa de campo de lady Spencer.

—Lady Spencer es una mujer amable, de nuestra edad...

—Aja...

—Eleonor...

—¿A qué fiesta desea ir?

—A la cena que se llevará a cabo en la residencia del duque de Gloucester.

—La duquesa es cercana a mí. No prometo que consiga lo que desea, quedará a la suerte — informó al momento que se bebía el té.

Gabriel sabía que aquella actitud que presentaba la baronesa era impropio de ella. Cuando mencionó a lady Spencer, supo que ella conocía su secreto.

—¿Está molesta por algo?

—No. Comprendo que mi nuevo lugar es al margen de sus puntuales objetivos. Lady Anne es a quien usted desea en este momento.

—No tengo ningún sentimiento por ella y menos deseo.

—Deseo lo tiene, aunque sea de venganza. Piensa que si continúa por el camino de la seducción terminará de buena forma...

—Hemos hablado de esto, baronesa —refirió tomando el mentón de ella—. Y no llegaremos a ningún acuerdo.

—¿Hasta dónde dejará que las bajas de una venganza lo lleven?

Él se alejó de ella y golpeó una pared con el puño.

—¡Responda! —exigió, siguiéndolo.

—¡Hasta donde tenga que llegar para que él no sea feliz y quede humillado como yo!

—¿No ve que sufrirá y nos hará sufrir a todos?

—No quiero que me haga recapacitar. Sé cuánto usted ama ese arte, pero estoy decidido a que este pasado y esta culpa que pesa sobre mí de manera infundada, se desvanezca. Deseo justicia para mí, porque nadie más que yo podré dármela.

Ella se quedó mirando y esperando a que se calmara. Estaba frente a alguien que luchaba contra cada uno de sus demonios.

—Quiero lo mejor para usted...

—Lo sé, y me duele gritarle, Eleonor. Hago cosas que nunca imaginé hacer por el rencor que me invade. Estaba tranquilo en mi finca hasta que supe que él haría su vida y sería feliz junto a una esposa. No lo merece como no merecí ser engañado amando como lo hice. Cuando consiga esto que busco, quizás haya un futuro para nosotros lejos de aquí.

Se acercó a él y lo tomó de ambos brazos para sentarlo en su sillón. Calmado seguía siendo aquel dócil Lord Coventry que conocía. Quizás sus palabras fueran una mentira, pero era lo que quizás anhelaba su corazón.

La baronesa Hastings no dudó en hablar con la duquesa de Gloucester, quien se había negado a recibir a Gabriel en un primer momento. Sin embargo, mencionar a la hermana como una víctima inocente de las circunstancias y dando la imagen de que una hija de un noble no podía quedarse sin un esposo acaudalado para ir a parar con algún avivado por tan solo haberle cerrado las puertas a la que podría ser la llave a un excelente matrimonio que quizás en aquella cena se daba por la asistencia de un caballero interesado en ella. A toda costa, quería unir a Loretta con el marqués a quien ésta rechazaba.

Al paso de los días, llegó la esperada cena de los duques de Gloucester, un evento al que sin dudas Anne consideraba importante. Aquellos apreciaban a su anciano padre y a toda su familia, por lo que fueron invitadas también sus hermanas.

El prometido de ella también había sido invitado. La noche era una selección de lo que podía considerarse lo mejor de la sociedad y por ello no esperaba que invitaran a Lord Coventry ni a su hermana. Disfrutó de aquellos momentos en que no lo vio. Conversó con los asistentes y paseó con tranquilidad por el salón del brazo de su prometido.

—¿Sabe que la duquesa es asidua a pedir que sus invitadas toquen el piano? Lo elige con lo que llamamos la dedocracia —comentó Howard.

—Si quiere que su noche se arruine, sin dudas ese dedo me señalará —replicó Anne con gracia. No era de pensar demasiado en qué decir. Eso podía meterla en problemas en algún momento, pero se confiaba en que no tendría indiscreciones graves por la razón de no pensar en cosas que la enturbiaran.

Parecía que Howard y Anne pasarían una velada muy agradable, pero él divisó la figura de Gabriel y echó una pequeña y casi imperceptible maldición mientras miraba hacia la entrada donde estaba saludando a los duques junto a su hermana. Tapó su rostro al notar que su amigo Charles iba a cometer la barbaridad de arrojarle frente a aquella muchacha para ser pisoteado sin compasión.

Anne no pasó por alto las tantas caras que hizo su prometido. A ella se le cayó el alma a los pies cuando vio a los hermanos. Ya sentía palpitaciones nerviosas y en lo posible no deseaba acercarse.

—¿Por qué invitaron a lord Coventry? —cuestionó Anne con enojo.

—No sabría la razón por la cual está aquí, pero me parece una barbarie y algo descabellado —apoyó—. Las buenas costumbres se pierden...

Gabriel después de que terminó su no tan efusivo recibimiento agarró a Loretta del brazo y la alejó de Charles. Ella se soltó y se juntó con la baronesa que la esperaba sentada cerca de la chimenea conversando con otras damas, mientras su hermano se encontraba desorientado por no saber qué hacer o con quien conversar. Debía pensar en cómo ganar un verdadero lugar en la sociedad, le dieron una invitación a una cena, pero no lo convierten en parte de su círculo.

Cuando encontró al objeto de sus malas intenciones, notó que estaba acompañada por su indeseable prometido. Dio largas zancadas hasta llegar a ellos.

—Buenas noches, milord, lady Anne —saludó sonriente.

Howard respondió al saludo con una inclinación de cabeza y Anne estaba temblando y no podía hacerlo.

—Qué placer volver a verla, lady Anne. Dígale a su padre que muy pronto me sentaré a

tomar el té con él para charlar. Loretta quedará encantada también de volver a compartir una tarde de té... —mencionó Gabriel para inquietar a Howard, más fue Anne quien comenzó a abanicarse por la exaltación.

Ella miró a su prometido que pedía como una explicación por lo que había dicho aquel.

—Por supuesto. ¿Me disculpan? Iré a saludar a una amiga que acaba de llegar —dijo para excusar su huida.

Quedaron solo Howard y él confrontándose. Gabriel observó que Anne se hubiera retirado para dejarlos solos.

—¿Qué quiere? No sé cómo lo dejaron pasar —gruñó molesto Howard.

—¿Desde cuándo los sinvergüenzas sí pueden ser considerados personas selectas? Quizás yo utilizo las mismas artimañas que usted en su momento, ¿cómo cree que pude entrar aquí? Recuerde, somos hombres, compartir cama tiene sus buenos resultados. ¡Pero no ponga esa cara, al menos hasta que me encuentre en la suya! —alegó Gabriel con sarcasmo, amagando una gracia que no sentía cuando notó que el rostro de Howard se descomponía con sus palabras.

Capítulo 22

No sabía si Gabriel quería amedrentarlo con aquellos dichos. Estaba muy inquieto con respecto a él. Después de varios años, no parecía ser el hombre pusilánime que sabía por boca de Odelia que era. Ella amaba describirlo como: débil, sin carácter ni secretos por descubrir, un libro abierto sin gracia alguna, aburrido a morir y apresurado en la cama.

Eran humillantes declaraciones para describir a un caballero. Lo que escuchaba de la buena sociedad sobre Lord Coventry era que simbolizaba al noble perfecto con una familia que construyó una reputación intachable para ellos durante generaciones. Todo aquello se esfumó desde la trágica muerte de su esposa. Su buen nombre estaba aquejado por la duda y su desaparición de la vida pública, lo convertían en un culpable no confeso.

—Como caballeros que somos, Lord Coventry...

—No me confunda con usted. No seremos iguales nunca, al menos en lo que se refiera al aspecto de la decencia. Si yo he de rebajarme a cometer sus pecados, lo haré con la clara intención de lastimar su buen nombre y su orgullo, pero mis convicciones quedarán firmes, ¿usted de qué cosas puede jactarse? De descarado, tal vez. Andar del brazo de una dama como lady Anne, que goza de un buen nombre, debe redituarle poder codearse con los altos círculos cuando a mí, por su causa, se me han cerrado todas las puertas. Vaya injusticia, si fue usted quien mató a Odelia.

—¡No se le ocurra decir semejante barrabasada! —gruñó. Apretó los dientes y miró a Gabriel como si estuviera demente—. Usted la mató.

—Si así fuera estaría muerto también. La paga por matar a otro noble es la muerte. Cuando Odelia le dijo que estaba embarazada, sugirió que me culpaba de ello. Me acusó con su madre para que recibiera a esa ligera en mi casa. El tiempo me dio la razón al demostrarle que jamás debió engañarme por una fugaz ilusión como usted. Si ella tomó la decisión de matarse con mi arma, fue por su error, por su arrepentimiento. Me perdió como esposo y no pudo soportarlo. Al fin de cuentas, la destruyó. Perdoné su engaño por el amor que sentía, pero no significaba que la volvería a recibir en mi vida porque la repudié como esposa y eso lo saben en Londres.

—Es parte del pasado. Debí retarme a un duelo para no tener que escucharlo hoy.

—Si yo lo retaba a un duelo, se sabría que usted era la piedra de la discordia que invadió mi casa. No tendría la reputación que posee ni la prometida que tiene. Odelia no tenía honor, un duelo es por honor. No lo retaría jamás, debí retarme usted —replicó Gabriel.

—Ya no he seguido el camino de los libertinos. Lady Anne es lo único que me interesa. Es momento de olvidar el pasado y vivir el presente.

—En ocasiones me pregunto si su prometida no tendrá deseos ocultos por otro caballero.

¿Qué haría usted si supiera algo sobre ella? Es fácil dar consejos desde su lado, pero si estuviera en el mío... Dudo que pensara como lo hace.

—No se atreva a injuriar a lady Anne. Ella es intachable.

—Tan solo es un cuestionamiento. Tal como los hombres somos débiles a las mujeres, hay damas como Odelia: grandes señoras de día y ligeras por la noche...

—Qué pase buena noche, Lord Coventry, con permiso—se despidió un enfurecido Howard.

Gabriel tenía el valor y la firmeza de recordar su propia humillación para su beneficio. Sembrar en él la duda, igual si Anne no caía en sus manos, sería suficiente para una tortura, más no alcanzaba para que fuera abandonado.

Anne se juntó con sus hermanas para refugiarse de Gabriel. Después de que ella huyó de aquel saludo y de las exigencias de su prometido a responder a las confidencias de Lord Coventry, quedó muy nerviosa. Aquel hombre no hacía más que incomodarla y causarle verdaderos inconvenientes.

—Lady Anne... —pronunció su agitado prometido.

—Milord... —dijo, asustada al sentir su mano fría en el codo.

—Permítame unos segundos de su tiempo —pidió en tono apresurado y que además, no le dejaba dudas a aquella que tendría un reclamo.

—Sí, dígame...

Howard la llevó aún del codo. Pasaban entre los demás asistentes y ambos hacían sus reverencias y saludos, hasta que llegaron a un rincón alejado de los demás.

—Lady Anne... —mencionó alterado—. ¿Qué le he dicho sobre Lord Coventry?

—Su hermana fue a mi casa y él solo fue a buscarla. Mi padre ya no recuerda lo que hace o dice. Lo invitó en nombre de la amistad de su padre con el mío —contó con rapidez.

Él se pasó la mano por el cabello varias veces y con una mano agarró a Anne del rostro y apretó sus mejillas.

—La quiero lejos de él. No es una buena persona, entienda. Yo seré un esposo ejemplar y usted una esposa fiel...

Estaba asustada con la mirada demencial que le daba Howard y aquel apretón en su mejilla, no dejaba de ser amenazante.

Howard se apoderó de sus labios con violencia y voracidad. Desconocía que su prometido pudiera comportarse de esa forma. Con su lengua la obligaba a abrir la boca para sofocarle.

Ella colocó sus manos en su pecho para alejarlo. No le gustaba la presión que ejercía sobre su

voluntad.

—¡Milord! —exclamó una vez que pudo volver a respirar—. No es correcto lo que acaba de hacer.

Su prometido se tapó el rostro con ambas manos y acercó su mano otra vez al rostro de Anne, pero esta se alejó.

—Lo siento, me exalté un poco. Soy un tanto apasionado.

—Apasiónese en otro lugar —expresó con el ceño fruncido.

Ella se dirigió de vuelta junto a su hermana, pero con los labios muy maltratados y sus mejillas más rosadas que de costumbre. Howard la siguió y se adhirió a la tertulia con sus cuñados.

Meditaba lo que acababa de ocurrir con su prometido, mientras no escuchaba lo que decían sus hermanas. Cuando desvió su vista, sus ojos parecían buscar a Gabriel, aunque no hacía falta ir muy lejos. Él tenía su mirada clavada en ella a la vez que bebía su copa ambarina.

Aquel aire secreto y hasta criminal que para ella cargaba Gabriel, la atraía. Deseaba descubrir los secretos, si era real lo que se decía o lo que él decía. Eran una inocente curiosidad que intentaba sepultar a toda costa, pues la llevaba hasta él sin desearlo. Quedaba como única opción eludirlo e ignorarlo, aunque aquella mirada lo hacía difícil.

Cuando escucharon una campanilla y la invitación de que pasaran a sentarse, la duquesa les señaló el lugar donde podían sentarse. Para la mala fortuna de Gabriel, Loretta terminó sentada junto al Marqués de Lansdowne. Aquella mujer era una casamentera de rigor y moriría siendo de esa manera. A él lo colocaron junto a la viuda Spencer para la molestia de Eleonor.

Anne no pudo sentirse menos maldita por su suerte. Quedó frente a frente con Gabriel. Su prometido estaba a su lado con su rostro enfadado. Podía asegurar que se le quedaría atorado el pedazo de lechón que estaba en la mesa.

En la mesa se escuchaban el tintineo de los cubiertos contra la fina vajilla de la duquesa. Ella estaba entretenida en su conversación, más también estaba pendiente de la conversación de sus demás asistentes.

—Lord Coventry, no sería una molestia que usted y su hermana pasaran una tarde de té en mi residencia, sería un placer recibirlos —pronunció la viuda.

—Loretta gusta mucho de los tés, milady, y yo le acompaño donde ella sea bienvenida —contestó sin dejar de mirar a Anne que estaba concentrada en su segundo platillo de la noche.

Aquella notaba que el caballero hacía sus respuestas para que ella la escuchara. No podía hacer oídos sordos porque sin desearlo, todo lo que se relacionaba con él, a ella le interesaba de una manera u otra.

—Lady Anne, me agrada escuchar a las debutantes en el piano, ¿podrá usted deleitarnos esta noche después de la cena? —preguntó la duquesa.

Ella se sorprendió ya sabía que no podía decir que no, pero aquella al parecer no sospechaba que era un fracaso en ese arte.

—Su Gracia, yo...

—Su Gracia... —mencionó Gabriel —. ¿No ha escuchado sobre el talento de mi familia para con el piano? Me encantaría deleitarlos con mis dotes...

—¡Oh, un caballero!—exclamó, sorprendida —. Pues deseo escucharlo, sí. Nunca nadie se ha ofrecido. Es una buena manera, Lord Coventry, de volver a integrarse a la sociedad.

Anne miró a los ojos marrones de Gabriel y, sospechaba que él deseaba agradecimientos por haberla salvado de una humillación segura.

—No se arrepentirá de deleitarse en mis notas en el piano. Hay el testimonio de mi hermana que puede decirlo.

—Mi hermano ha sido mi maestro, su Gracia...—apoyó su hermana.

La duquesa estaba conforme con el reemplazo. No le insistió a Anne para que ella también lo siguiera. Gabriel sería el encargado de deleitarlos.

Después del delicioso postre servido, se levantaron para acercarse al salón donde estaba el piano. Por lo general era una dama quien lo ejecutaba, pero en esa ocasión sería un caballero.

Howard no se había separado de Anne, la tenía sujeta del brazo, sin ánimos de dejarla un segundo en solitario.

La duquesa llevó a Gabriel hasta el piano. Él deseaba congraciarse con los presentes para que lo aceptaren y salvar a Anne de la humillación pública. Ganaba mucho más de lo que imaginaba si lo hacía.

Después de que Gabriel se sentó en el banco del piano, Anne y Howard permanecían indiferentes a lo que acontecía. Ella lo hizo hasta que escuchó la primera nota. El resto era cuestión de tiempo para que corriera maravillada hasta Gabriel.

La armonía de ese piano era simplemente perfecta para ella. Quizás no tuviera habilidades para ejecutar, sin embargo, le sobraba para juzgar. Tuvo que abandonar el ferviente agarre de su prometido para escucharlo más de cerca. Él podía ejecutar el piano sin mirar las teclas, pero sí observarla a ella con aquella mirada sutil que le decía que algo estaba pendiente entre ellos.

Capítulo 23

Su ser correcto le pedía a gritos que lo ignorara, más era mayor en razones sus gustos. ¿Cómo podría ir contra sus deseos?

Sus hermanas eran excelentes con el piano, pero ella no tenía el talento suficiente. Poseía buen oído para deleitarse y con eso intentaba que se consolara. Cuando Loretta le dijo que podía mostrarle aquello, su mente se abrió a algo nuevo. No obstante, eso significaba tener que estar cerca de su hermano e incumplir con los designios de su prometido. Ella se debía a su próximo esposo y no al arte para el cual no había nacido.

Para Anne había quizás un exceso de sentimientos en las notas de Gabriel. Sus ojos tenían un brillo especial, o quizás tan solo fueran los vestigios de su vacío y tristeza que se presentarían como lágrimas.

No sabía si el resto podía notar lo que ella veía. La miraba esperando decirle algo. No era esa expresión de picardía y hasta sensualidad que desprendía cada vez que intentaba acercarse, más bien era la de un desahuciado muy cerca de su final.

Cuando Gabriel estaba por acabar, recordó las razones por las cuales no le dedicaba mayor tiempo a tan buenas notas. Porque se recordaba como lo habían educado. Añoraba regresar el tiempo y escuchar la voz de sus padres que habían sido felices a su entender o al menos en el último recorrido de sus vidas.

Tanto talento, educación y virtudes que se habían esfumado a causa de sus malas decisiones. No podía arrepentirse de lo que estaba haciendo. Era inapropiado si lo comparaba con lo que había recibido como buenos preceptos. Sin embargo, nadie lo preparó para el fracaso y la tristeza. No existía un libro que dijera que debía reaccionar de una u otra forma cuando lo engañaran. Intentó que cada precepto aprendido pudiera ser aplicable a su situación.

Podía decir que había olvidado lo bueno para concentrarse en lo malo. Anne debía poseer algo muy bueno, esa sería la razón por la cual el conde de Jersey estaba convencido y decidido a convertirla en su esposa. La defendió de sus intrigas y era probable que la conociera muy bien para confiarse de tal forma.

Si para conseguir que lo deje, debía mostrarle como ese ser vulnerable que enterró, era momento de sacarlo y que hiciera las maldades por él.

—¡Lord Coventry, no va a dejarnos solo con esa pieza! —sentenció la anfitriona—. Queremos oír más.

Anne miró a su alrededor. No había caído en cuenta de que se acercó demasiado al piano. Parecía desafiar a su buena fortuna por las dotes de aquel caballero.

—Lady Anne, ¿su padre no se siente cansado? —preguntó Howard para obtener su atención

y que se alejara de Gabriel.

Presentía que Anne aún no era inmadura y que por sus gustos pudiera tener algo en común con el hombre que amenazaba con destruir su matrimonio. En ese tiempo no se había visualizado con ninguna otra dama más que con ella. Quizás no fuera la más bonita, no obstante, la tranquilidad que le daba era algo que atesoraba después de una vida desordenada.

—No lo creo. ¿No ve que está charlando como nunca con mis cuñados? A ellos no les interesa mucho la música. Podría seguir una conversación con ellos y yo...

—Le ruego que me acompañe para compartir con ellos. Le dará mayor felicidad compartir más tiempo con su querido padre... —insinuó en tono de lamentación por su edad.

A ella le destrozaba pensar que podría perder en algún momento a su padre. Cuando lo notaba tan vigoroso como esa noche, le parecía hasta eterno.

—Por supuesto, puedo escuchar desde lejos... —aceptó. Cogió el brazo que le ofrecía y caminó hacia la tertulia masculina.

Gabriel estaba atrapado porque encantó a muchos de los invitados de la duquesa. No pensaban soltarlo, por lo que necesitaba la ayuda de alguna dama que quisiera salvarlo. Con una mirada cómplice a Eleonor pudo salvarse de ejecutar más piezas. No tenía el ritmo de años atrás para un largo concierto, además, Anne se le había escapado. Estaba bien sujeta del brazo de su prometido. Aquel hacía difícil su conquista.

—No hay mucho más que pueda hacer, milord —anunció Eleonor, mirando hacia Anne.

—Quizá tenga razón. Lo necesito lejos de ella. ¿Qué tan difícil es que no esté más aquí o que sufra un lamentable altercado?

—No piense en embarrarse más. Puede que el pañuelo de una dama rompa el encanto de aquel grupo.

—¿Será su pañuelo o el de otra?

Eleonor levantó una ceja y caminó hacia la tertulia en la que se encontraba la familia política de Anne. Quizás su pañuelo fuera una excelente opción, pero lo que más podía ayudar era su abanico. Con un pequeño ganchillo en la parte inferior, agarró fingiendo desconocimiento un pedazo del vestido de Anne.

Cuando Anne sintió que su vestido se estaba deshilachando se giró con brusquedad para ver lo que estaba pasando. La dama ya iba muy lejos con un gran hilo yendo por su vestido.

Gabriel rio ante la idea de Eleonor y se apresuró a seguirla sin ser visto.

—¡Milady! —exclamó quedando libre de su prometido que quiso seguirle, pero uno de los caballeros se lo impidió al serle solicitada su opinión.

—¡Oh, milady, qué descuido! —fingió Eleonor una sorpresa —. Está un poco viejo mi abanico, querida, pero es mi predilecto.

—No se preocupe. Ha sido un accidente —añadió Anne con mucho hilo en sus manos.

—Discúlpeme, por favor. Pienso que puede arreglarse —mencionó agradable.

—También lo creo, no se preocupe.

Ambas se hicieron una inclinación amistosa. Anne iba a volver a su lugar, pero la figura alta de Gabriel se lo impidió.

Agarró el hilo que ella tenía en su mano e hizo un sonido con la boca y luego negó con la cabeza.

—Tan hermoso que lucía en usted este vestido.

Él también tomó parte de su falda en su mano y acarició la tela.

—Muy fina además...

Ella le arrebató su falda de las manos y quiso huir, pero se lo volvió a impedir.

—¿No aceptará que le enseñe piano?

—No.

—¿No la he deleitado? Sus gestos me decían que lo estaba disfrutando mucho.

Se sonrojó por el tono en que Gabriel se refería a su concierto.

—Es...Un erudito...

—Un halago de usted es muy satisfactorio, lady Anne. Me gustaría mostrarle más de mis dotes en su casa.

—¡No! —exclamó vehemente. Miró a su alrededor por si alguien la distinguía. Estaba bastante lejos de la muchedumbre.

—Tenemos un té pendiente...

—Mi padre es un hombre senil apenas recuerda su comida del día. Lo siento, pero su invitación fue retirada.

—Lo lamento profundamente —dijo. Le hizo creer que se entristeció, pero terminó sorprendiéndola con una caricia en su mejilla —. En verdad que me lastima que no me dé la oportunidad de conseguir su amistad.

—No hago amistad con gente de dudosa reputación, Lord Coventry.

—Volvemos al entredicho. ¿Soy de más dudosa reputación que su prometido? Pero sobre él no pesa la acusación de un asesinato por parte de la buena sociedad. Sin embargo, debió visitar el lecho de algunas damas aquí.

—Es parte de su vida anterior y tiene el derecho de reivindicarse.

—¿Y acaso yo no? Lo que ocurre, como dije una vez... Prefieren a alguien perverso que las adoctrine. Debí ser un hombre así para que me amaran, para que me defendieran. Adiós, lady Anne. Tanto usted ama a su prometido que es imposible abrirle los ojos.

Él se giró para irse, pero en ese punto fue Anne quien lo detuvo.

—Usted fracasó porque quizás creyó en el amor. Yo no creo en él y por eso, mi matrimonio está destinado a progresar.

—¿Con qué progresará?

—He sido adiestrada para ser lo que un hombre necesita en su vida.

—¡Vaya, qué tontería! —declaró Gabriel con total honestidad—. La mujer no solo quiere que se le sirva un té o se le lea un libro y menos que regente la casa. Puede que yo haya sido tan iluso como usted, pero las mujeres prefieren el deseo a todo lo anterior. Anhelan que un caballero las descubra y les quite aquella piel que las cubre de su verdadera naturaleza. Tan apasionadas como los hombres son ustedes, si hubiese comprendido ese mensaje antes, no sería un culpable implícito de una muerte.

—Cuánta calumnia y bajezas es capaz de decir, Lord Coventry. Un caballero busca en una esposa alguien que lo apoye en su vida, una compañía que mostrar y que sea útil —replicó Anne un poco agitada—. Ni el amor, ni el deseo del que habla pueden cambiar el papel de una dama.

—No me dé ideas, lady Anne, que puedo demostrarle el poder del deseo y las intenciones ocultas detrás de una mirada. Usted me desea aunque fuera por curiosidad. Como me mira, la delata. Quiere saber más de lo que puede ver y no tardará en querer desnudarme con la mirada. Para cuando llegue ese momento le mostraré muchas cosas, pero por mientras, solo le pido que me anhele y me piense...

Ella se abanicó a todo lo que daban sus manos. Olvidó que su vestido estaba descosido. Lo que le dijo Gabriel la dejó escandalizada.

—¡Aléjese de mí, truhan! —expresó furiosa—. ¡No ose en pensar por mí y hablarme con indecencia!

—¡Es indecente que me desee y me fascina saberla interesada en mí! Puede decir lo que guste, sus ojos y sus gestos no me mienten... Lady Anne, déjeme que la bese para que pruebe de lo que le estoy hablando. Sé que lo desea tanto como yo...

—¡Escandaloso! —gruñó.

Quiso golpearlo con los puños, pero Gabriel la tomó de ambas muñecas y la pegó a su figura.

—Más cerca que lejos, milady —pronunció antes de acercarse a sus labios, para terminar besando su mejilla derecha.

Estaba tan confundida que no sabía a qué jugaba ese hombre. Sintió que la soltó y entonces ella retrocedió.

Se dirigió hacia el lugar de donde había vendido, pero estaba muy desorientada y confusa. Su ordenada vida tenía extraños conceptos que no alcanzaba a definir. Se giró para mirar atrás, alcanzó a notar a Gabriel que se recostó por un pilar para descansar. Era fácil para él dejarla en aquellas condiciones. No se encontraba ni entendía, pero lo que más sentía era temor de que alguna cosa que hubiera dicho ese caballero fuera cierta.

Capítulo 24

Con la excusa ideal, se retiró. Howard se sintió aliviado de que Anne se retirara. Le pareció un tanto afectada. Tenía una sonrisa nerviosa y hasta entendió que temblaba.

El alivio al ver su cama no se hizo esperar. Sin embargo, la presencia de la muchacha del servicio no ayudaba a que se calmara, al menos no como deseaba hacerlo.

—Milady, este vestido está irrecuperable, tan bonito que le quedaba —lamentó la doncella.

—Quizás con algunos arreglos quede bien de vuelta. Llévatelo, si lo arreglas es tuyo.

—¡Gracias, lady Anne! —expresó la muchacha, entusiasmada.

Cuando acabo con su menester en el cuarto de Anne, ella pudo liberarse al fin con un sollozo que tuvo que soportar con la mano puesta sobre su boca. Tenía todo lo que necesitaba y quería para ser feliz.

La presencia inoportuna de Gabriel en su vida, era terrible. No podía erradicarlo porque estaban compartiendo los mismos círculos. Su mente le decía con plena confianza de que se trataba de alguien que acostumbraba a lastimar a las personas, pero aquel lado que no estaba guiado por la lógica y la razón, argumentaba que alguien que ejecutaba el piano de aquella manera no podía ser un asesino desalmado.

No comprendía el interés que sentía él por ella. Sabía que la seguía, no era tonta. Esperaba a que estuviera sola para abordarla, la acechaba desde donde estuviera con aquellos ojos marrones.

Cada vez que sentía su cercanía, algo la intimidaba. Se ponía regía, nerviosa, incómoda, no obstante, pendiente de lo que pudiera decir. Esos roces indebidos eran algo que no podía sacar de su mente porque sentía la curiosidad. Sus palabras mordaces cargadas de misterio eran tentadoras. Al igual que no deseaba saber nada, quería conocer desde su pasado hasta la razón por la cual ella fue su escogida entre tantas damas. Notó que lady Spencer, cuya experiencia era más notable que la suya, se deleitaba en las facciones de aquel que compartió la cena sentada a su lado. Parecía devorarlo con sus gestos. Quizás eso era a lo que él llamaba deseo.

Se negaba a creer que ella sintiera deseo, más bien era un asunto de curiosidad no resuelto, pero que la estaba llevando al abismo. Lo que creyó sobre su éxito por toda la educación que recibió, se desbarata por las palabras de un extraño.

Su prometido también comenzaba a parecerle alguien por demás, extraño. La violencia con que la tomó para arrebatarse un beso, era impensable. No se parecía a aquel roce que le había dado la pesadilla ambulante con título que la perseguía.

Seguía pensando lo mismo sobre los besos y sentía temor de tener que soportar esa clase de acercamientos cuando estuviera casada. Tan bruto había sido que no deseaba repetir algo que no

le producía gusto, pero debía separar lo que era el gusto, de un matrimonio.

Gabriel también se había quedado tan pensativo como la propia Anne. No existía criatura más crédula e irracional que ella. Inocente en cada palabra, sin una defensa coherente para ella o su prometido.

Admiraba sus intentos, más él había perdido las cualidades que ella aún conservaba: su inocencia, era una de ellas.

No podía evitar ver en aquella muchacha sus ánimos de creer, su voluntad de un matrimonio perfecto y lo que ella creía que en realidad importaba. Su educación y su clase le eran muy satisfactorias, pero su caída sería terrible cuando supiera que ninguna de esas cosas podría salvarla si alguien quería timarla.

Sabía que tenía cautiva a Anne de alguna forma en la que ella se negaba a aceptar y que no duraría mucho. Si alguien seguro de sí podía dudar, era por medio de la sugestión. Acusarla de que lo deseaba y sentía curiosidad por ella era la forma ideal para atraparla en su trampa.

Ocupaba mucho tiempo en Anne, tanto, que comenzaba a creer que podía ser alguna de las damas que caminaba con elegancia por las calles. En varias ocasiones tuvo que apretar sus ojos para dejar de verla.

Pasaron varios días desde la última vez en que estuvieron juntos y solo le quedaba acudir a la propiedad de la viuda lady Spencer. Según le comentó invitó a las hermanas de Anne para que pudiera ir porque dudaba que lo hiciera sin su prometido.

Le costaba trabajo deshacerse del nefasto conde de Jersey. Ella lo creía un verdadero caballero y, la razón principal era su desconocimiento e ignorancia. Por su mente siempre rondaban las mismas ideas. Si dijera la verdad sobre lo que sabía de él, no lo abandonaría porque se trataba de un matrimonio seguro. Aquel sinvergüenza se aseguró de tener a una joven de buena familia sin una belleza exagerada para que se resignara a que tan solo él podía sacarla de su soltería.

—Estoy lista para ir, Gabriel —anunció Loretta, sonriente.

—¿Te mudarás? —inquirió al notar que los lacayos iban y venían para llevar varios baúles.

—Necesito todos esos vestidos y accesorios. Al menos tres vestidos al día y sabes que nos vamos por muchos, ¿no es así? Es mi primer viaje a una propiedad ajena.

—Y es por eso que debes cuidarte de cada sinvergüenza.

—¿Lo dices por ti que vas con las peores intenciones o por cierto marqués...? —curioseó su hermana, irónica.

—Sé de lo que hablo. Debes hacerme caso por las razones que sean y por varios motivos —replicó Gabriel, siguiéndola para subir al carruaje y partir.

—¿Cómo cuáles?

—Soy tu hermano, tu tutor, tu administrador, tu...

—Mi sombra, mi calvario y es probable que seas la causa de mi soltería.

—Loretta, estoy dispuesto a que eso cambie.

—Eso cambiará cuando te cases con la mujer adecuada. No creo que sea lady Anne, pero sí mi querida baronesa Hastings. Espero el día en que se convierta en la condesa —dijo, anhelante.

—No será ninguna. He decidido permanecer soltero. Pero, lo conveniente es que te cases antes de que me muera. ¿No querrás quedarte sin nada, verdad?

—¡Por supuesto que no! Conseguiré un matrimonio, lo puedo asegurar. ¿Cuándo? No lo sé, pero he decidido no morir soltera. Escoger un buen esposo es una prioridad.

El traqueteo sin apuro del carruaje era calmado. Él iba leyendo un libro y su hermana tenía una llamativa libreta en la mano y un pequeño lapicillo para dibujo. Su curiosidad de saber lo que llevaba en aquel sitio era mucha, pero no era su asunto profundizar en las niñerías de su hermana. Él tenía como objetivo principal en aquel paseo alzarse con la voluntad de lady Anne. Si necesitaba abusar de la sugestión, lo haría.

Las hermanas de Anne la convencieron de que fuera. Le dijeron que era una experiencia que no podía perderse siendo aún una dama soltera. Se excusaron en que los esposos en ocasiones eran asfixiantes y que ambas disfrutaban de la soledad y de tardes del té lejos de ellos. También la convencieron de que esos acontecimientos no eran para un caballero de la edad de su padre, sería una carga para alguien de su juventud y que debía aprovechar su tiempo para hacer buenas relaciones.

Los hijos de sus hermanas quedaron a cargo de las niñeras en casa de su olvidadizo abuelo. Al menos él tenía planes de disfrutar de sus nietos en su ausencia.

Extrañaría esas pláticas repetidas con él. Solo su padre era capaz de olvidar si había desayunado o no luego de una siesta.

Ir con su hermana mayor y con su esposo no era mayor inconveniente. Aquel lord no era de hablar mucho con las damas, pero se ponía un caballero frente a él y parecía no tener objeciones de hablar hasta que se le secara la boca.

La propiedad de lady Spencer no estaba muy alejada de una de las propiedades solariegas de su padre. Solían pasar buenos momentos en aquel lugar. La temporada era lo único que los había llevado hasta Londres. Estaba retirado de la cámara de Lores, prefería la tranquilidad de su casa antes que aquel gallinero en que podía convertirse aquel recinto.

Su llegada había sido sin inconvenientes. Miró a su alrededor por si encontraba a su asiduo perseguidor. En ese momento no lo había notado y un alivio casi instantáneo se extendió por su pecho y una sonrisa tímida se asomó.

Lady Spencer era una dama elegante y muy joven para haber quedado viuda. Entre los asistentes había muchos jóvenes al igual que muchachas en edad casadera. Era probable que quisiera ser aquella una notable casamentera porque aquel lugar era digno para hacer varios matrimonios.

—¡Lady Anne! —exclamó la estruendosa voz de Loretta al llegar al sitio un tiempo después que Anne y sus hermanas.

La corta paz de aquella se había visto interrumpida por la intrépida entrada de su no tan deseada amiga. Cuando desvió un poco la vista de ella, pudo distinguir al elegante conde de Coventry, besando la mano de lady Spencer.

De nuevo podía notar la actitud de la viuda. Grácil y solícita para aquel caballero. Él era educado, sin decir mucho de su actitud frente a los demás, pero cuando la observaba a ella, sus ojos parecían hablar sobre algo prohibido entre ellos.

—Lady Anne —repitió Loretta a la muchacha que se quedó mirando a Gabriel que pudo también verla.

—Lady Loretta...

—¿Y su padre?

—Se quedó en casa. Mis hermanas creyeron conveniente no traerlo.

—¿Y su prometido? —continuó con su escrutinio.

—Me temo que no ha querido venir —excusó. Había quedado muy molesto al ser ignorado para esa invitación—. Pero ha venido su señoría. Siempre habla bien de usted.

—¿Sí? Tan mozo, ¿no lo cree?

—Es amable.

—A mi hermano no le agrada.

—Es un marqués, ¿cómo puede no agradarle?

—A decir verdad a mí tampoco me gusta. Es una mala persona porque tiene malas amistades...

Anne abrió los ojos con sorpresa y curiosidad. Deseaba saber a qué se refería Loretta con esa expresión.

Capítulo 25

—¿A qué malas amistades se refiere, lady Loretta? —preguntó en un tono más cómplice.

—Eso lo sabe Gabriel. Yo solo cumplo con sus órdenes. Es mi hermano, mi tutor y el culpable de que me quede soltera —añadió.

Tomó a Anne del brazo lo entrelazó con el suyo para ir caminando por la estancia. Ella no se negó acercamiento y terminó resignada a que sería arrastrada a alguna conversación que terminaría por gustarle. El tiempo pasaría volando tal como ocurrió en su casa el día del té.

Quería que aquella muchacha fuera alguien que no tuviera problemas con su reputación a causa de su hermano. Era tan agradable y exquisita en sus modales cuando los tenía presente.

—¿En qué lugar se quedará usted? ¿Ya le han dado lugar? —interpeló Loretta, con gracia.

—La casa es muy grande. Aún no sé en qué habitación me quedaré, si en la planta alta o baja. Mis hermanas me contaron que esta residencia es una de las más grandes de la región y que cuenta con dos salones de música.

—Es la ocasión perfecta para practicar sus habilidades. Siempre he querido ser algo parecido a una institutriz porque yo adoro a la que era la mía y que mi hermano despidió.

—Tengo la impresión de que su hermano le desagrada.

—Figuraciones tuyas, lady Anne, pero nadie dijo que no era cierto. Era tan bueno, noble, amoroso hasta que aconteció lo impensado por él al menos. Yo lo suponía, pero era muy pequeña para que alguien me creyera —recordó con nostalgia.

Anne arrugó el ceño. Prefería que no se lo cuente si la dejaría con la curiosidad. Ella no iría a preguntarle nada a su hermano.

—Continúe —dijo cuándo se quedó callada Loretta.

—Cierto, le estaba diciendo que podríamos reunirnos en uno de los salones de música donde no molestaremos a nadie con sus prácticas. Recuerde, una buena esposa debe deleitar a su esposo y él debe ser un buen oyente. No querrá dormir a Lord Jersey, ¿no es así?

—Mmm... No, pero es imposible que mejore mis habilidades en estos días.

—También lo dudo, pero deje que piense yo por usted y saldrá todo muy bien.

Las dos vagaron un poco por el largo campo que se extendía frente a ellas al abrir la puerta del comedor.

Gabriel no pudo ir siquiera un poco más allá de la habitación que le había proporcionado la dueña de casa.

—Su habitación quedará junto a la mía —indicó lady Spencer, haciendo viajar un dedo desde los labios de Gabriel hasta debajo de su ombligo.

—¿Y la habitación de Lady Anne? —indagó, sin hacer mucho caso a la caricia que la dama le ofrecía.

—¿Pensó que le pondría las cosas tan fáciles? —mencionó con picardía —. Favor con favor se paga, Lord Coventry. Sus noches tendrán que ser más. A esa muchachita la he colocado en la planta baja, cerca uno de los salones de música.

—No era el trato, lady Spencer —rio, aunque por dentro quería patearlo todo.

—Estoy exagerando un poco, pero sí, al menos su primera noche aquí deberá ser mía. Sacarme al conde de Jersey de encima no ha sido una tarea fácil. Tuve que negar que usted vendría para que él sintiera paz y dejara venir a la joven. Lo he notado más nervioso que antes. Ansioso y hasta temeroso de usted.

—Usted sabe que soy incapaz de causar daño alguno incluso si alguien lo mereciera —resaltó antes de coger a la mujer por la cintura y acostarla en la cama de la habitación.

No tardó en ocuparse de los placeres de la mujer que lo invitó y que tampoco dudó en dejarle claras sus intenciones de tenerlo como su esclavo el tiempo que estuvieran ahí.

Si bien era un terrible sacrificio emocional, en lo físico no le resultaba despreciable la mujer. Se había deleitado en sus curvas y en las partes más oscuras se había dedicado a darle luz.

Estar con mujeres le redituaba en su estima. Después de haber sido insultado por su esposa por ser un pésimo amante, las demás lo deseaban con devoción y él no hacía más que retribuir a esa entrega. No había más satisfacción que escucharlas gemir en cada embestida que daba o en cada caricia perversa que entregaba.

Una vez que la anfitriona se hubo ido, él se quedó desnudo bajo la sábana blanca. El momento más triste después de haber estado con una mujer era quedarse solo y sentirse miserable. El acto duraba tan poco y sus miserias mucho.

Debía apresurar a Anne para que dudara de su prometido y lo abandonara. Tan lejana parecía aquella idea. La sugestión era una clave, pero la otra no quería llevarla a cabo. Volver a hablar de amor aunque fuera mentira, le resultaba atroz.

Estaba lastimado y no quería lastimar a Anne con sus mentiras.

—¡Gabriel! —exclamó su hermana, dándole un susto cuando entró a la habitación y lo encontró tapado hasta la cara por la vergüenza. Ella miró alrededor sus prendas tiradas y achicó sus ojos para observarlo, acusatoria —. ¿Haciendo lo mismo piensas que eres diferente?

—¡Lárgate, Loretta! Deja que me vista.

—Suponía que tanta bonanza no caía del cielo.

—¡Loretta, por un demonio del infierno, déjame tranquilo!

—¡Está bien! —gruñó—. Luego te digo qué he conseguido con lady Anne.

—¡Quédate!

—No. Me voy para que te sientas decente aunque no lo seas. Me buscarás si sientes curiosidad.

Se apresuró para vestirse una vez que ella cerró la puerta. No alcanzó a ponerse el pañuelo y su levita que siempre lucía impecable, en ese momento estaba arrugada y un poco mojada.

Corrió detrás de ella colocándose las botas al vuelo. Tenía que hacer reverencias en un pasillo lleno de gente elegante.

—Loretta querida... —dijo. Luego hipó para recuperar el aire de la corrida.

—Oh, debo encontrarte sin ropa para que me hagas caso, debí hacerlo antes... Ahora soy Loretta querida, hace menos de un minuto era ¡Loretta, por un demonio del infierno! —imitó entre risas a su hermano.

—¿Qué conseguiste?

Ella se quedó frente a una puerta y miró a su alrededor antes de contar lo que él deseaba.

—Después de la cena, le enseñaré unas notas en el piano y la dejaré practicando... Entonces...

—Entendido. Me encargo del resto —asintió.

Dejó a su hermana en aquel lugar que resultó ser la puerta de su habitación también en la segunda planta.

Debía prepararse para la cena. Tenía un asunto pendiente por resolver como era que no se le escapara de la trampa ideada por Loretta.

Lady Spencer era una anfitriona atenta con quién deseaba. Tenía una multitud de lacayos con impecables libreas. Debía ser una fiesta de la que debía hablarse en Londres.

Colocó a Lord Gabriel junto a ella y a Anne muy lejos al igual que a la Loretta. La mesa era extensa, montada para la ocasión y para la cantidad de unas treinta personas.

Gabriel se relacionaba con los asistentes por intermedio de Lady Spencer y sus influencias. Y como era de suponerse le sometieron a preguntas indiscretas como eran las de siempre. Lo relacionado a Odelia era casi una leyenda. Antes le producía rabia, pero en ese entonces, solo podía darle risa tanta incredulidad y desinformación. Una vez más, dejó en claro de que él había

presenciado su suicidio, pues ella padecía demencia y delirios después de haber tenido a su hijo, aunque lo último se lo reservó por la memoria de aquella mala mujer y por su propio nombre. No quería verse envuelto con aquel bastardo al que dejaron en un orfanato.

—Yo jugaré cartas, lady Spencer, soy una amante del juego... —comentó el conde de Dudley, sosteniendo su prominente barriga mientras sonreía en la mesa—. Lord Coventry, juegue conmigo. Después bailará con tanta muchacha como se le antoje. Nuestra querida anfitriona ha juntado a lo más hermoso de la sociedad en un solo lugar —añadió con una risa aún más fuerte que la anterior, incluido un ronquido de cerdo entre tantos sonidos de su boca.

—Jugaré unas partidas si invita al marqués de Lansdowne. Debo cuidar de mi hermana y si me distraigo con usted, puede ocurrir una desgracia lamentable.

—Opino que lamentable sería que su hermana no pescara a tan buen partido —objetó lady Spencer con suavidad.

Sin poder entrar a debatir los pormenores del apoyo de la viuda, se levantaron de la mesa.

Al instante también lo hicieron Anne y Loretta, que entre sonrisas cómplices, se bebieron el vino de la comida con mayor celeridad.

—Gabriel no deja que beba demasiado, dice que es peligroso para mi juicio, si supiera que carezco de él —mencionó al momento de ir a solicitar el permiso de la dueña de casa para usufructuar el salón de música.

—Su hermano al parecer es muy correcto.

—Al parecer, lo dijo bien, pero no conoce la oscuridad que puede ocultar aquel ser. No tarda en saberlo.

—¿Puedo pedirle un favor?

—Por supuesto, el que desee.

—Deje de decir cosas que no contará por completo. Es muy malo dejar a alguien con el vilo de la curiosidad.

Loretta se encogió de hombros, desinteresada en lo que le dijo Anne y llegó para hacerse presente frente a lady Spencer. Le hizo una reverencia y colocó en su rostro una sonrisa amable.

—Buenas noches, lady Spencer. La cena ha sido estupenda...

—Se lo agradezco, lady Loretta. ¿Y usted, lady Anne, cómo encuentra todo?

—Es de mi agrado en absoluto. Un lugar majestuoso —respondió sonriente.

—Lady Spencer, hemos venido a solicitar su permiso para utilizar su salón de música —dijo Loretta.

—Son libres de usar todo lo que se encuentra dentro y fuera de la propiedad. Qué se diviertan.

Ambas agradecieron con una sonrisa y un gesto de cabeza.

—Lady Anne... —la llamó la dama antes de que se fuera—. Goce mucho, es muy afortunada...

Ella le sonrió, más se sintió confundida por lo que le dijo.

La hermana de Gabriel era una maestra con grandes dotes de paciencia, aunque Anne lo hacía todo muy difícil. Sus dedos parecían piedras en aquellas teclas, era una lucha permanente para que una nota le saliera completa.

Gabriel disfrutó de un gran juego junto al conde de Dudley. Su sonrisa era genuina, no importaba haber perdido frente a un gran jugador como era aquel conde. Con esa gente alrededor parecía que el peso de su nombre manchado se hacía más ligero.

Abandonó la silla, alegando cansancio y se retiró hacia el salón de música. Por lo que escuchaba, debía rescatar a Loretta de una pésima idea.

Capítulo 26

Pensó en entrar por la puerta del estudio de música, pero prefirió salir al patio para hacerle señas a su hermana y que esta pudiera verlo.

—¡Es imposible! —gruñó Anne, frustrada—. Las patas de un caballo con herradura lo harían mejor que yo.

Loretta bostezó y asintió sin fingir. Miró hacia la derecha, notando a su hermano haciéndole señas para que se salvara.

—¡Dios es fiel, querida lady Anne! Usted siga practicando. Nada cae del cielo, hay que ser perseverantes. Me ha tomado un sueño terrible.

—Entonces es momento de que nos vayamos a dormir. Han sido las copas de vino...

—Usted debe quedarse. Practique, practique y practique, al menos hágalo un poco más, quizás le doy pena y no puede hacerlo como le gustaría.

Anne sintió caliente sus mejillas cuando Loretta le dijo aquello. Sí le daba vergüenza que la oyeran golpear a tan bonito instrumento.

—Le haré caso. No olvide que mañana debemos practicar más.

—No me lo recuerde que yo me acuerdo sola, que tenga buena noche.

—Usted también...

La muchacha suspiró aliviada al salvar sus tiernos oídos de aquellos quejidos infernales de Anne. Su hermano tendría que hacer mucha bufonada para sobrevivir.

Afuera, Gabriel vio que Loretta abandonó la estancia. Era su oportunidad de estar acompañando a Anne. Volvió por el pasillo, más el sonido que salía del piano era diferente al anterior. Había vestigios de que alguien debía practicar mucho para que le saliera perfecto.

Él abrió la puerta, observó la espalda de Anne y que esta a su vez, golpeaba con furia las teclas.

—¡Soy incapaz de hacerlo!

—Supongo que no es capaz de hacerlo perfecto —dijo.

Ella abandonó el banco que antes había compartido con Loretta y se llevó una mano al pecho. No existía un lugar de paz fuera de su casa donde no estuviera.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Mi hermana está en edad casadera, no la vi y quedé preocupado porque tampoco encontraba a cierto caballero que anda tras la falda de ella.

—Se acaba de ir. Ahora me voy yo... —musitó. Se acercó a cerrar la tapa del piano y pasó a su lado con la mirada gacha.

Él se sentó en el banco que había dejado vacío ella y levantó la tapa. Con sus largos dedos pudo logró hacer una magistral entrada de una melancólica composición.

—¿No es la misma que usted intentó? —preguntó antes de que se dispusiera a dejar el salón.

Anne se quedó recostada por la puerta entreabierta y no giró para fijarse en su rostro.

—Sí.

—¿Por qué se va? ¿Por qué huye de mí si no le importo? —cuestionó para mantenerla interesada y dispuesta a una discusión.

Negó con la cabeza y cerró la puerta con violencia.

—¿Qué hace persiguiéndome? ¿Por qué se encapricha con decir cosas que no son ciertas? ¿A dónde quiere llegar, Lord Coventry? Usted no es más que un intruso a quien traté de manera correcta sin saber que era un asesino.

—Si a ver cómo mi esposa utilizaba el arma que me pertenecía para darse un balazo culpándome de sus errores, se refiere como asesinato, entonces soy un asesino. Tuve que presenciar cómo se arrebató la vida frente a las escaleras de la que alguna vez fue nuestra casa, sin darme cuenta de que también me había matado...

Aquella respuesta la había dado con las manos aun moviéndose sobre aquel afinado piano.

—Es tan joven para conocer de sufrimientos y desazones. Vive rodeada de plumas, lady Anne, como viví yo alguna vez, sin saber lo que a mis espaldas llevaba tiempo gestándose. ¿Ha visto que me cierran las puertas en todas partes? Piensan que soy culpable porque me retiré a una de mis propiedades. ¿Qué tenía que hacer en Londres, humillado? Responda si tiene las agallas para decir algo o cree que sus experiencias son muchas para tener la sabiduría de la que se jacta en este momento con su prepotencia.

—¿Entonces por qué lo culpan si no fue usted?

—Usted no escucha ni interpreta. ¿Acaso es parte de los oficiales que estuvo esa noche para ser juez sin haber sido parte? Fue la familia de Odelia quien me acusó.

—¿Y por qué no se defendió?

—Asuntos de moral y decencia no se ventilan. Pensé que... O en realidad creí que usted era alguien diferente. No está menos hueca que otras personas que juzgan. Ese es su modo de vida.

Ella se había quedado callada, estrujando sus dedos.

—¿A eso era todo a lo que le temía? Que soy un asesino es tan solo un cotilleo desenfrenado. Venga, lady Anne. Sé en qué equivocaba sus notas en esta melodía.

Notó que ella se había quedado tiesa en su sitio. Él tuvo que abandonar el piano y tomar una de sus manos y llevarla al banco de donde huyó de su indeseada presencia. Sentada, tenía las manos sobre los muslos y los ojos mirando esas manos. Parecía avergonzada. Gabriel cogió una extremidad de Anne y la colocó sobre la tecla.

Los ojos de ella, abandonaron su lugar fijo y se dirigieron al rostro del hombre que lo acompañaba.

Comenzó a moverse aquel dedo por intermedio de Gabriel de una tecla a otra hasta que con lentitud se fue formando una melodía.

—Lo hace muy bien para haber sido castigada por la naturaleza con dos manos izquierdas —halagó sosteniendo la mano que iba y venía sobre el piano.

—Es porque usted lo hace, es evidente.

—No. ¿Cómo podría ejercer la presión suficiente para que saliera la nota correcta? Es gran mérito suyo... —continuó con sus halagos.

Una de sus manos subió hasta el cuello de Anne y apretó con cuidado su nuca. Deslizó esa misma extremidad hacia su boca y acarició sus labios.

Aquella muchacha estaba tiesa y parecía resignada a que su destino era quedarse en ese lugar y que siempre aquel caballero estaría tras ella.

—No tengo méritos. No quiera cambiar lo que son las cosas. Es incomprensible su comportamiento y también el mío. ¿Qué pretende con esto? Está equivocado pensando en que tiene razón con sus pronósticos de que lo deseo —aclaró con su mirada asustada.

—Yo no hice especulaciones, usted me desea. Siente curiosidad de mí y yo siento lo mismo por usted.

Anne separó sus manos de él y se giró hacia otro sitio, cortando el contacto de aquellas manos.

—No piense por mí. No es más que un perverso extraño del cual desconozco sus intenciones.

Gabriel no pensaba perder la puja. Debía aprovechar su confusión. Acercó su boca a la oreja derecha de ella con discreción para poder sorprenderla.

—No lo niegue, comprendo las prohibiciones entre usted y yo, son sus prejuicios contra mi inocencia. No pretendo convencerla si le atraigo más siendo alguien sombrío. Oh, lady Anne... —suspiró en aquel oído. El escalofrío le recorrió a Anne desde donde sintió aquello hasta sus

pies.

Él continuó con sus argucias y fue más allá de lo planeado. Pegó su nariz al cuello de ella e inhaló su fino perfume. Para ese momento, Anne tenía los ojos cerrados. Estaba entregada a aquella agradable sensación de que le respiraban en el cuello.

Nunca había sentido al similar. Un calor parecía acrecentarse en su pecho. Sin querer, su lengua mojó sus labios secos por tener la boca abierta ante aquel pequeño roce.

Al notar que Anne no oponía resistencia, la apuesta de Gabriel, fue mayor. Besó su clavícula, moviendo el hombro de su vestido hacia el brazo.

—¡Lord Coventry! —exclamó Anne, escandalizada. No sabía si el escándalo lo producía él o las sensaciones en su cuerpo.

—No le haré daño, deseo que esto le dé placer, tanto como me lo da a mí.

—Es soez diciendo aquella palabra —acusó. Volteó su rostro hacia él.

Lo tenía tan cerca que, en su arrebatado reclamo no se había puesto a pensar en que quizás empeoró su situación. Cuando sintió que él se apoderó de sus labios, sabía que había sido tarde.

Aquel beso fue delicado, suave y excitante, muy distinto al que le había dado su prometido en contra de su voluntad.

Ella aspiró el aire caliente que desprendía Gabriel cuando profundizaba todavía más ese contacto. La lucha entre no responder y hacerlo, era difícil. Él la guiaba en una danza suave que exigía que siguiera sus mismos pasos. Comenzó a hacerlo con timidez para dejar aquella rigidez por la sorpresa o quizás por su vergüenza.

Gabriel una vez que sintió que aquella no se resistía, colocó ambas manos en los brazos de ella, la acarició por unos instantes para después regresar a aquella clavícula y luego al cuello.

Anne no podía soportar todas las sensaciones que la atacaban. Sentía que su cuerpo latía en zonas que ni siquiera sabía que existían. Su respiración se agitaba con mayor fuerza ante su contacto y sus ojos se negaban a abrirse para ver lo que ocurría.

Cuando sintió que él dejó sus labios para bajar por su cuello con pequeños besos, pensó que enloquecería.

—Esos tímidos gemidos que me entrega, se llama placer y su quietud, deseo, lady Anne —mencionó.

Ella reaccionó ante su voz y abrió los ojos con sorpresa. Se levantó del banco y se escandalizó por su estado y la posición del caballero. Estuvo posada entre las piernas fornidas y una vergonzosa erección de su parte.

—Es...es...es... —no pudo acabar la frase.

—¿Indecente?

—¡Sí, eso mismo es usted, un indecente!

—Disculpe, pero me hizo arder, lady Anne, no la imaginaba tan fogosa. Tiene una piel delicada como la porcelana.

Se miró ambos hombros y notó que su vestido estaba más abajo en esa zona.

—¡Cállese, indecente! —exclamó antes de retirarse.

—¡Me encontrará aquí todo el tiempo! —le dijo antes de que se fuera.

Para cuando escuchó el portazo, aquella sonrisa sinvergüenza, desapareció. Cerró la tapa del piano, puso su mano abierta en su rostro y con su codo, recostó su peso en el piano.

Era duro y a la vez agradable seducir a Anne. Si podía ponerse a pensar en el precio que pagaría, sabía que ella saldría lastimada y soltera, al igual que él.

Capítulo 27

Una vez que Gabriel recuperó la cordura, levantó la tapa del piano que había cerrado. Al menos terminaría una pieza antes de irse a dormir. Su consciencia cada vez le decía que lo que estaba haciendo no era correcto, que lo mejor era regresar a su hacienda junto a sus caballos y labores.

Sabía que si necesitaba compañía, Eleonor estaría ahí como su amiga y amante, pero no le parecía justo que viviera al pendiente de él, quizás esperando que la llevara a su casa para convertirla en su esposa.

Eleonor era incapaz de irse con alguien que no quisiera y a él lo apreciaba mucho. Tal vez él tuviera miedo al compromiso por eso no había pensado en casarse de vuelta o quizás, en el fondo, esperaba la oportunidad ideal para que Villiers pagara por sus pecados.

No quería hablar de amor. Había salido defraudado y quizás aquel mismo ejemplo se lo llevó su hermana al darse cuenta del fracaso de un matrimonio por amor.

A Anne no podría hablarle de amor para que dejara a su prometido. No había la maldad suficiente en él para acabar de aquella forma con las ilusiones de una convencional muchacha casadera a la que estaba llevando a una trampa sin retorno. Cada vez caía más su resistencia a él porque en el fondo todos los humanos eran seres carnales y con la tentación adecuada, caerían ante el que los tentara.

Sus pensamientos cada vez se tornaban más oscuros. Nuevas formas de destruir la vida de otra persona, se hacían presentes. Cuando una idea parecía no funcionar, otra tomaba su lugar inmediatamente. Tiempo atrás era quisquilloso para sus lecturas, sus manejos de su fortuna, en ese momento, era de esa forma para perjudicar a aquel conde.

Más se quería ensañar con él porque en sus formas de hablar de Anne se notaba que la tenía en alta estima. Era para aquel, alguien intachable e incapaz de faltarte de alguna manera.

Sentía un terrible remordimiento al derrumbar las barreras que Anne tenía contra él para defenderse.

Anne se encerró en la habitación y cerró con llave. Se arrodilló ante su cama como lo hacía de niña cuando se asustaba. Murmuró palabras que ni ella comprendió y se levantó.

Escuchaba desde su morada el sonido del piano que era ejecutado por Gabriel tan cerca de donde ella se encontraba. Todavía no asimilaba lo que había ocurrido en aquel salón entre ambos ni la razón por la cual dejó que sucediera. Mientras más lo pensaba, se convencía de que la teoría de que lo deseaba podía ser cierta.

Tanto como cuando deseaba un vestido o un zapato, parecía desearlo, aunque con una intensidad distinta. No se le erizaban los pelos, ni sentía algún estremecimiento con las telas,

pero sí ante el contacto de la piel de aquel caballero. Se sentía siniestra y desleal al haberse dado cuenta de que disfrutó de aquel contacto con un extraño y no con su prometido.

Debía volverse a concentrar en un buen matrimonio, nada ajeno a la prosperidad y tranquilidad de un enlace ventajoso podría ser mejor, y menos el apetito hacia otro caballero. Sabía que sin sentimentalismos era más sencillo ser feliz.

Se quedó despierta mirando al techo hasta que dejó de escuchar el piano. Su mente no paraba de hacerle imaginar escenarios posibles con aquel hombre, y varios de ellos eran perturbadores.

Para el desayuno, Anne tenía un rostro desmejorado por haber pasado la noche con palpitaciones nerviosas y una posible angustia. Miraba a cada lado de ella con temor y dudas.

—Lady Anne —saludó Charles, amigo de su prometido.

—Señoría, es un gusto saludarlo —replicó con una reverencia.

—Es una pena que no hayan invitado a Howard. Es un poco menos divertido sin él. ¿Usted irá a los caballos o se quedará aquí con las demás damas para conocer el jardín?

—No lo sé, no me he decidido. Sé que por la tarde habrá el té en el jardín. Esperemos que no termine más aguado por las nubes que se ven en la lejanía —dijo y señaló a la ventana.

Charles se había quedado callado, sentía vergüenza de lo que le iba a preguntar a Anne.

—He visto que tiene mucha afinidad con la hermana de lord Coventry. Las he visto juntas en varias ocasiones y...

—¡No es por gusto mío! —expresó vehemente y apresurada—. Se ha pegado a mí como una sanguijuela que se niega a soltarme...

Los ojos del joven marqués se abrieron por la sorpresa de escucharla referirse así a su apreciada lady Loretta.

—Me ha dejado sin aliento con su confesión. Pensaba pedirle que hiciera usted algo por mí...

Anne se sonrojó por no haber escuchado primero lo que él tenía que decirle. Se sentía avergonzada de sus actos tan poco educados en expresión para referirse a otra dama y más aun refiriéndose a Lady Loretta que estaba manchada por ser hermana de un probable inescrupuloso.

—Disculpe si dije cosas que no debía. Me apena mi propio comportamiento, señoría.

—No se preocupe. Créame que comprendo sus razones si por tales rechaza a la hermana de lord Coventry.

—¿Qué piensa usted sobre ese... Caballero? —curioseó. Llevó su taza de té a la boca y luego observó a Charles, interesada.

—Pues, no tengo nada en su contra y es por alguna razón que está con vida y no muerto. Ha

sido un desafortunado en su vida, pero en ocasiones, los infortunios terminan convirtiendo a buenas personas en seres sedientos de venganza o de un resarcimiento de la vida por sus sufrimientos. Lo que yo sé de ese caballero es mucho, lady Anne.

—¿Qué tanto sabe? —inquirió con mayor interés.

—Usted me hará el favor que deseo y le contaré lo que quiera —contestó Charles, taimado—. Vayamos a cabalgar, así estaremos en privado.

La muchacha asintió presa de la curiosidad de lo que podía revelarles aquel amigo de su prometido. El marqués era un hombre apuesto, considerado y prudente, que vivía a la sombra de su madre, una mujer casamentera que no pudo llevar a su propio hijo al altar, pero por lo que había notado, él escogió a su prometida y esta le huía con devoción.

Loretta buscó a Gabriel en su habitación para que bajaran juntos al desayuno.

—De nuevo esa libreta, Loretta, ¿qué tienes ahí? —escudriñó Gabriel, curioso, mirando hacia aquello.

—No te preocupes, Gabriel, tu decencia no se encuentra aquí si es lo que buscas... —dijo sin tapujo.

—Es fácil juzgar cuando te encuentras del otro lado. Espero que sea una libreta con varios nombres de caballeros en los que piensas. Supongo que, pudiste haber anotado sus cualidades más atractivas.

—No malgastes tus esfuerzos pensando en sandeces. Esta libreta sirve solo para que sientan curiosidad por ella —aludió mostrándole a su hermano aquello antes de guardarlo en su ridículo.

Cuando llegaron al comedor, él y su hermano se quedaron asombrados al encontrar a Anne en compañía de cierto caballero. Loretta sospechaba que aquel deseaba lo mismo que Gabriel quería de ella en cuanto a favores.

—Lord Coventry, lady Loretta —saludó Charles, acercándose a ambos con elegancia, pero con prisa.

—Buen día —replicó Gabriel. Miró a su hermana y aquella estaba con las mejillas rojas, intentando ignorar el saludo del hombre.

—Lady Loretta, ¿a qué actividad irá usted hoy?

Ella miró a su hermano cuya mirada acusatoria le estaba poniendo irritable.

—Señoría, ¿a qué actividad irá usted para que yo pueda escoger la mía? —preguntó con una sonrisa actuada.

—A cabalgar. Es bueno hacer adiestramiento con tanta comida aquí —respondió.

—Si usted cabalgará, entonces yo me quedaré a comer...

—Escuchó a mi hermana. Que le vaya bien con los caballos... —dijo Gabriel para despedirlo.

—Iré junto a lady Anne, es una compañía excelente, con permiso —se despidió con una sonrisa que irritó a los hermanos.

Gabriel también tomaría la misma actividad que realizaría Anne. No podía dejarla ir a ningún sitio sin él. Debía ganar mayor influencia en ella para que su estratagema tuviera éxito.

Anne estaba tranquila partiendo junto a Charles para un paseo a caballo por la propiedad. Compensaba disfrutar de los pocos segundos de paz que tenía para luego regresar y tener que luchar contra Gabriel y sus explicaciones, porque siempre se quedaba a escucharlo por aquellas.

—Lord Coventry me aborrece —expuso Charles a Anne que iba en el caballo de al lado.

—Considero que él detesta a todos los caballeros.

—En especial a mí. Obligó a lady Loretta a mentir.

—¿A mentir? ¿Por qué razón?

—Porque ella pretendió tomar una actividad diferente a la mía, cuando sé que deseaba estar aquí en lugar de usted.

—Dudo que ella quisiera salir a solas con un caballero —defendió Anne.

—Haría lo que fuera por convertirla en mi esposa, si no lo hago, enloqueceré.

—¿Qué terrible confesión ha hecho! Los matrimonios guiados por el mal llamado amor, fracasan.

—Lady Anne, un matrimonio por conveniencia también fracasa. Prefiero que fracase lo que he escogido y lo que deseo, antes de que sea lo que eligió mi madre para mí. Entre lo correcto y mis deseos, yo iré por lo segundo. ¿De qué importará la vida, si la vivo miserable junto a alguien que tengo que soportar sin amar? Llámeme emocional e irremediable, igual así, asumiré mis deseos como los más importantes.

—Señoría, yo le pido que lo piense. Ella tiene el apellido manchado, no es conveniente para usted y su familia...

—Me disculparé, pero opino que no hay razón para hacerlo. Pese a que la mayoría piense como usted y Howard, considero a ese caballero, inocente de haber matado a su esposa, aunque ella mereciera morir por haber faltado a su deber de esposa. Usted solo ha escuchado lo malo de él y entiendo que no pertenezca enteramente a la sociedad desde años atrás. Era adorado por la sociedad, muy respetado por ser educado, ejemplar, erudito en muchos aspectos y próspero hacendado. Descendiente de una familia cuya respetabilidad era lo más importante. Interprete como desee lo que le digo, pero una persona así, es incapaz de matar.

—Lo defiende sabiendo que no lo dejará casarse con su hermana por egoísmo. No es alguien

virtuoso, es...

—Está usted envenenada por Howard. Tenga su propio criterio. Si bien yo comprendo las negativas de lord Coventry hacia mí, me queda tan solo que me crea digno de su confianza para que sea más sencillo lo que espero. No espero amistad de parte de él, sino que quiero su aprobación. Me adelanto a los hechos, primero necesito la aprobación de lady Loretta y usted me ayudará en eso. Quisiera pedirle que hable cosas buenas de mí con ella y... que... consiga un encuentro que parezca casual.

—Lo que me pide, señoría, va en contra de mis creencias y principios...

—No le pido que se aturda por mi pedido, sino que me conceda esa gracia.

—Está bien, pero será esta noche, si lo pierde no habrá otra oportunidad. En el salón de música.

—Acepto lo que disponga, me agrada la música. Tendré que distraer a lord Coventry porque me pesca como un predador.

—Es terrible ser la presa de lord Coventry...—lamentó Anne con desánimo al recordar que ella tenía la misma sensación que él.

Capítulo 28

Anne continuó junto a Charles en una caminata sobre el caballo. Durante el largo trayecto que hicieron en soledad, aquel le había hablado sobre lo inusitada que consideraba a lady Loretta. Aseguraba que aquel caballero perdió el buen juicio por completo, aunque coincidía a plenitud en que aquella muchacha era extraordinaria. Ella apreciaba su compañía, sin embargo, sus prejuicios no la dejaban disfrutar al máximo de eso. Temía a ser señalada si las veían juntas a causa de la discriminación que sufría su hermano.

—¡Pero qué era eso! —exclamó el marqués, boquiabierto, al percibir que un caballo pasó frente a ellos levantando una polvareda asfixiante.

Los dos tosieron por haber inhalado el polvo. Después de que se disipara la nube que se alzó por la presteza del jamelgo, pudieron distinguir a Loretta del otro, que se giró para ver si se encontraban bien.

Cuando Charles supo que de ella se trataba, azuzó al caballo para que lo llevare junto a aquella, dejando abandonada a su suerte a Anne.

—No puede escapárseme en esta ocasión. Lady Anne, quedamos en lo que acordamos, los siguen un poco al frente. Hasta luego... —se disculpó mientras se iba galopando.

—Bien, adiós. —Anne despidió al apresurado caballero.

Se quedó sola en aquel sitio. Sabía que el resto de los que habían salido a cabalgar no estaban muy lejos, quizás a unas pocas millas de distancia. No tenía prisa por regresar a la residencia de lady Spencer. Sospechaba que la distracción para que aquel marqués pudiera cumplir sus sueños de ver a Loretta a solas, la implicaban a ella como el señuelo. Sin dudas que aquel hombre no sabía que ella intentaba desesperada y casi sin éxito, escapar de él.

Cavilando en medio de la naturaleza y con la sensación de la brisa más fresca del sur, buscó a los demás asistentes sin resultado alguno. Consideraba no haberse extraviado. Las huellas de los caballos eran frescas, el césped mostraba rastros de humedad por haber sido pisados. En su solitario paseo llegó hasta un arroyo, aquel parecía ser el fin del camino hasta que del otro lado, distinguió a otro caballo.

—«Haz que no los has visto». —se dijo. Sigilosa, tomó las riendas de su caballo para irse.

—¡Lady Anne! —la llamó Gabriel, quien la siguió desde lejos y notó que estaba yendo hacia el lado contrario al que fueron los demás.

Por el susto, ella alzó las riendas y las estiró con fuerza hacia atrás, haciendo que aquel caballo se parara en dos patas para hacerla caer en el arroyo.

Gabriel escuchó espantado el ruido que hizo el cuerpo de Anne al caer al agua. Se bajó de su

caballo para arrojarle al agua para salvarla, más ella se paró. Tosiendo, y con el agua llegando a su cintura, se dispuso a salir.

Parado y observándola sin expresión alguna, metió sus piernas al agua para cruzar al otro lado.

—¡Ni se le ocurra! —gruñó Anne. Estaba hecha la furia encarnada.

—¡La ayudaré!

—¡Me ha ayudado bastante! —replicó, irónica—. Suba a su caballo y... ¡Márchese!

Aquel parecía haber aceptado su derrota, pero subió a su caballo y más adelante consiguió pasar sobre unas rocas para llegar hasta el otro lado. Anne había caído en una parte un tanto profunda del arroyo.

Sentada en una roca, estrujando su vestido de la rodilla para abajo y luego sus cabellos.

—Tenga... —le extendió Gabriel su elegante levita para que la ayudara a no pescarse un resfriado.

—Creí que se había ido, pero soy tan idealista que me embaucan hasta mis creencias. Pudo este tiempo dejarme sola. Estaba disfrutando de mi libertad que he perdido desde que lo conocí. ¿Por qué no se quedó en el ostracismo? Tuve que ser yo la desafortunada criatura que lo consideró educado e interesante. Lamento ese día como ningún otro.

—Yo me he sentido afortunado de conocerla, lady Anne. Con sinceridad soy un incondicional suyo. —dijo. Todavía le extendía la levita que, por su rostro ella no tenía pensado aceptar.

—¿A qué se refiere con incondicional? Sepa que no comprendo en la mayor parte del tiempo lo que quiere decirme, pero de lo que estoy segura es que usted no es tan bueno como dice ser.

—Le dije que crea lo que usted precise conveniente, yo no ahondaría por eso. Soy lo que quiera que sea.

—¡Por favor! Estoy mojada, angustiada y enojada con usted, tenga la delicadeza de decirme lo que quiere. Estoy comprometida, no puede besarme ni hablarme como lo hace.

—¿Está segura de que ese es el prometido que desea?

—¡Por supuesto que sí! Me escogió y sé lo afortunada que soy por eso.

—¿Se cree tan inferior, lady Anne?

Ella rio, nerviosa. Dejó de exprimir su cabello y se acercó a él para discutir.

—No es ser inferior. Entienda, un matrimonio no se consigue de la noche a la mañana y con mayor mérito aún, uno tan conveniente. No vendrá usted con sus palabras a querer cambiar lo

que creo o lo que pienso. Apártese de mí, lord Coventry.

—Es demasiado inteligente para que se case con aquel majadero, incordio y mujeriego, trasgresor de las buenas costumbres.

—¡No es por querer, es por deber! —berreó, cansada—. Para eso he nacido. No soy la mitad de hermosa que otras damas y, no obstante, así estoy comprometida para la envidia de muchas y de otros con un libertino reformado. No tiene mucho que ver con la inteligencia o el ingenio, es mi deber y lo acepto porque quiero casarme, tengo vocación para una buena esposa. Me falta talento, pero me sobra apostura para el resto, siendo él o cualquier otro mi esposo.

—Prefiero que otro sea su esposo. Me sentiría aliviado si lo dejara.

—Considero que no ha comprendido y he perdido mi tiempo en una explicación que no sirvió. Estoy mojada, lord Coventry, ¿cómo he de presentarme en la casa? Mi caballo me ha dejado... ¡Estoy cansada! —exclamó antes de que una lágrima se formara en sus ojos.

Estaba sollozando frente a él. Negó con la cabeza antes de colocarle su levita sobre los hombros a ella.

—Soy amigo de la dueña. Encontraremos una forma para que usted no se avergüence de que la vean llegar mojada. ¿Subirá junto a mí en el caballo? —indagó.

—No. Me iré a pie. —respondió con la nariz alzada.

—Iré caminando a su lado. A su caballo quizás lo encontremos por el camino. Siempre regresan a sus caballerizas si son bien cuidados, y estos son buenos caballos.

Ella se adelantó unos pasos a Gabriel. Sentía vergüenza de su vestido mojado que marcaba su figura al caminar. Cada cierto tiempo lo observaba para saber si la estaba mirando.

—¡Qué me ve, lord Coventry, qué le da gracia! —inquirió, molesta.

—No sé qué cree que estoy viendo. Su figura es igual de hermosa de frente y más desde atrás.

Se quedó quieta en un lugar a esperarlo con las manos bajo el pecho. Para ese momento ella tenía la inmaculada levita del caballero porque comenzó a tener frío. Lo que ella predijo en el desayuno para el marqués con respecto al clima, se hizo realidad. A lo lejos se escuchaban truenos y en repentinas ocasiones se dejaban ver unos relámpagos.

—Se irá a mi lado —declaró Anne, segura.

—Es una gran idea para que se haga desear con menor intensidad. No lo hubiera pensado yo de esa forma.

—Sus conversaciones se basan en el vago deseo, ¿acaso carece de mejores cosas que contar? —provocó, incómoda.

—Es evidente que la tengo, sin embargo, mis intereses pueden que sean mayores a mis experiencias y conversaciones. Sé de caballos, siento fascinación por el campo. De hecho, me importa más que muchas personas.

—Es por eso que su hermana está resentida con usted.

—Loretta es incapaz de comprender mis razones. La señorita Smith ya no era una influencia positiva para ella. No le enseñaba, sino más bien, era su cómplice. Las institutrices no son amigas de sus niñas, son guías. Además, aquella mujer traicionó mi confianza callando un secreto, al igual que todos mis demás empleados fueron despedidos. No se puede confiar en mucha gente. He aprendido a mis costillas lo doloroso de un engaño, lady Anne.

—Debió ser doloroso para usted.

—Mis creencias fueron pisoteadas yiqué de inocente. Hoy no podrían engañarme de la misma forma. Estoy del otro lado, un escalón más y un paso al frente de quienes quieren mi miseria.

—El marqués de Lansdowne se ha mostrado interesado en su hermana y he de decirle que no hay mejor candidato que el mismo. Su nombre podría limpiar el de ella... —comentó Anne.

—Prefiero mantener de por vida a mi hermana soltera, antes que tuviera que involucrarse con aquel. Es similar al otro.

—No espere conseguir algo diferente, confórmese con lo que hay, lord Coventry. No hay alguien santificado entre los hombres. Le aseguro que ni usted mismo lo es.

—Lo fui, le digo eso porque hoy no puedo tener un buen concepto de mí mismo. He caído en cosas que juzgué y juzgó, y es probable que siga juzgando en un futuro.

—Es mejor que vuelva a casarse. Una esposa le redituará una nueva vida. Haga como los demás, busque a una buena mujer que limpie su apellido. Sé que para eso le sirvo al conde de Jersey. No tengo ilusiones románticas. Es por eso que usted falló en su matrimonio, romantizó una obligación —razonó, severa.

—Para mí, el matrimonio es algo distinto. No me arrepiento de haber conocido aquel sentimiento que usted llama tan burda, romantizar. Era capaz de cambiar mi vida por la de ella, de amarla sin límites y concederle si me fuera posible bajarle una estrella. Si me dieran otra vida de ignorancia creyente del amor, la tomaría, pero pediría que me dejara ignorante por lo que durara mi vida.

Unas gotas de lluvia furiosa, golpeó a Anne y Gabriel. Corrieron para apresurar el paso y que no se mojaran más. No obstante, Anne al distinguir la ropa de su acompañante por completo empapada, dejó de correr y se atajó de sus rodillas para respirar.

—No necesitaré una excusa para mí. Está mojado hasta las pestañas —anunció, agitada y rendida.

Gabriel mientras, se apretó de la cintura y miró a su alrededor, jadeante. Aquello era desolado y sin un solo techo más que los mismos árboles.

—Es cierto, descansenos. No llegaremos pronto.

Se dirigieron a un árbol frondoso y quedaron sentados en sus raíces, mojándose en menor proporción.

—En la última lluvia que me tomó en el campo, me enfermé —recordó Gabriel con tristeza.

—No pasa nada con un resfriado. Me han tomado muchos, aunque nunca con una lluvia.

—Pensaron que iba a morir y mi esposa casi lo festejaba como una mosca en el festín. Pero me mejoré y lo callé, hasta que un día colocó la almohada en mi rostro para matarme. Aquel fue el momento en que conocí la verdadera naturaleza de Odelia.

Anne estaba impactada con el relato. Tan mal se sentía de decirle tantas veces asesino habiendo pasado por aquella situación tan bochornosa.

—Si hubiera escogido bien a mi esposa... si alguien como usted aparecía en mi vida para escogerla en aquel entonces, sería mi esposa, lady Anne —confesó Gabriel antes de tomar del mentón a la muchacha y embeberse de aquellos labios con suavidad.

Capítulo 29

Anne quedó tan quieta como la noche en que la besó y se hizo menos perezosa para responder a él porque no era alguien exigente en ese momento, sino que la tentaba a replicar con ánimo.

Cuando sintió ambas manos frías de Gabriel en sus mejillas, se le erizaron los vellos. Aquel cambio entre tibio y frío, la removieron en su sitio. Para evitar perder el equilibrio de su torso para abajo, se agarró de los hombros de él, pero parecía un buitre llevándose un pedazo de carne. Su mano enguantada estaba rígida tomándolo de ese sitio. Cuando él abandonó el rostro de ella y frotó su levita mojada que tenía Anne, ella colocó sus manos en su pecho para alejarlo.

—Le dije que soy una mujer comprometida, Lord Coventry. Me parece inapropiado que esté besándome.

—¿No le parece más inapropiado que usted me responda como le pido?

—Absolutamente. Las razones que me llevan a pensar que no es tan bueno, ni inocente, es que continúe tentando a mi voluntad. ¿No es más importante que se sepa que usted es inocente? Ella está muerta y no podrá rebatir lo que tiene que decir a su favor.

—Le dije que era un asunto de orgullo, por si no comprendió las palabras que le mencioné antes. ¿Iría yo a deshonrarme frente al resto contando que fui engañado y humillado en mí propia casa?

—¡Acuse al impío! —se exaltó ante las negativas de Gabriel para acusar a otros—. Todos deben suponerlo, y dar como hecho que esas fueron las razones para que se matara su mujer.

—Una cosa, lady Anne, es suponerlo y otra muy distinta, saberlo de la fuente. Mi nombre es importante para mí y más por lo que fue, que por lo que hoy es. Pero más importa que usted me crea.

—Escuche, milord, no sé qué más decirle. Lamento haberlo llamado asesino en tantas oportunidades. ¿Es eso suficiente para consolarlo si le importa mi opinión?

—Necesito más de usted.

—¿Más? ¿De qué requiere? Yo poco puedo interceder por usted. Soy una mujer comprometida, por Dios...

Gabriel buscaba la debilidad de Anne para llevarla hacia donde deseaba.

—Sí. Usted me cree y como buen caballero, quisiera demostrarle, antes de que se case, que sus conceptos sobre el amor están equivocados.

—Sus teorías no llenan el vacío que deja su propia experiencia respecto a eso. Yo creo que es imposible querer a alguien que no sea de su propia familia. A los amigos se los respeta y aprecia.

—Está tan vacía, lady Anne —aseguró. Tomó la mano de ella y la besó por encima del guante de montar —. Míreme y piense si alguna vez ha sentido algo similar con otro hombre. ¿No hago palpar su corazón?

—Hasta el momento no y, espero no sentirlo nunca más —confesó con una expresión confusa en su rostro —. Prefiero la paz y la serenidad de compromiso. Si bien hace palpar mi corazón, no es porque deba ser afecto, sino que es temor, pánico...

—Si tantas cosas tenebrosas le inspiro, ¿cómo puede hablar conmigo sin haberse desmayado? ¿Cómo me corresponde a los besos, me responde a lo que le pido y más, me cree?

Ella quería darle una respuesta que lo alejara de manera definitiva, pero no la encontraba y Gabriel supo que ella estaba en sus manos.

—Es ansiedad por saber de mí, la misma que yo tengo por usted cuando sé que está cerca de mí.

—Lord Coventry, no me hable de esa forma. No se lo pido, se lo exijo por ser mujer comprometida...—dijo tajante, aunque con la voz temblándole —. Escampó, milord, me iré. Mantenga su distancia...

En realidad la lluvia no había cesado del todo, era fina y los relámpagos a su alrededor eran muchos y se lograban ver pese a que era de día.

—Anne... —musitó Gabriel. Agarró su mano antes de que se fuera —. La veré esta noche, piense en mí como lo hago en usted.

—¡Lady Anne, Lord Coventry! —expresó, avispada.

Partió con una rapidez que apenas supo que tenía. Sabía que él estaba detrás de ella con el caballo, pero en esa ocasión prefería que la viera de lejos antes que charlaran de vuelta.

Gabriel se condenó por sus propias palabras. No podía dejar atrás lo que a cualquier mujer le gustaría escuchar de un hombre. Anne no era inmune a las clásicas palabras que llevaban a las damas a perder la cabeza. Pensarlas, sentirlas, rogarles, todas eran formas de conseguir su atención y él deseaba eso para que fuera más sencillo acabar con su compromiso.

Subió al lomo de su caballo y lo azuzó hasta llegar a Anne.

—Milady, ¿sigue creyendo que es mejor que no la lleve en mi caballo? —preguntó desde su caballo.

—Sí. Le agradecería que me adelantara. Agradezco su ofrecimiento.

Gabriel hizo un mohín y tiró sus hombros atrás.

—Dios es testigo de que me he ofrecido mucho a usted, en todos los sentidos, por supuesto. La veo esta noche.

Anne se quedó quieta sobre la maleza del camino a la residencia después de lo que aquel sinvergüenza le dijo. Aún se notaba que estaba muy lejos. Suspiró cansina, pero se dispuso a continuar.

Cuando llegó, Gabriel supo que Anne no se sentiría tan mal, no sería la única en estar mojada. Todos los que habían ido al paseo estaban en esa situación. Lady Spencer era la única que estaba de seca. Todo lo que había sido destinado para el té del jardín estaba en el salón.

—Le haré llegar un té caliente, Lord Coventry —habló la dueña de la propiedad enseñándole una taza.

—Se lo agradezco, espero el té —respondió con una reverencia antes de irse a su habitación y tomar otras prendas secas.

Por su capricho y decencia, Anne llegó alrededor de tres cuartos de hora después que Gabriel. Cuando pasó la puerta de la residencia, vio a todos los del paseo, un poco mojados, pero con prendas secas.

—¡Mi querida lady Anne! —exclamó exagerada lady Spencer, acercándose a ella —. Mire cómo están sus impecables bucles.

—Me apena mucho no haber vuelto antes de la lluvia. Si me permite, iré a secarme.

—Lord Coventry y usted han sido los últimos en regresar...

—Coincidencias... desafortunadas —lamentó. Se estrujó las manos heladas.

—Le haré también llegar una taza de té caliente como a milord —la despidió con una reverencia y una sonrisa que le dejó muy incómoda.

Siguió su camino por la planta inferior de la residencia de lady Spencer. Aquel fue uno de los momentos más temidos desde que conoció a Gabriel. La mujer no era tan tonta para no percibir que aquel le perseguía por todas partes.

Gabriel secó su cabello con una tela gruesa y suave que estaba guardada en uno de los pequeños armarios de la habitación. Desde la ventana divisó con gracia que Anne llegó agotada hasta la propiedad.

Después de un par de minutos, el sonido de unos golpes en la puerta, llamaron su atención.

—Pase. —autorizó.

Al ver entrar a lady Spencer, supuso que le pediría atenciones. No estaba muy convencido de que pudiera brindárselas.

—Mi estimado Lord Coventry. Aquí le traje su té en persona.

—Se lo agradezco mucho, milady.

—Lady Anne llegó después de usted, ¿estuvieron juntos?

—Su caballo se escapó y no quiso que la trajera.

—Una verdadera tontería, ¿quién podría rechazar su tan apreciable compañía? —curioseó. Dejó el té junto a una mesita y se acercó.

—Quizás a ella no le agrade tanto. Es una mujer severa cuando algo se le mete en la cabeza.

—Quién tuviera su buena fortuna —aludió antes de retirarse y dejarlo solo otra vez.

Él también comenzaba a extrañar su soledad. Deseaba que aquel juego se acabara pronto y regresara a la paz que Eleonor le advirtió que perdería si seguía por ese camino.

La quietud en la habitación de Anne también fue interrumpida por unos golpes a la puerta. La doncella que le había ayudado con su vestimenta se acercó a abrir.

—Milady —saludó a su patrona y se hizo a un lado.

—Le haré compañía un momento a lady Anne. Espere afuera —mandó.

La muchacha asintió. Anne se quedó mirando a la mujer que ingresó con el té a la habitación. Dejó de esparcir su cabello frente al fuego para secarse.

—Es mejor que se haga los bucles y se los seque, lady Anne —recomendó. La miró de pies a cabeza y le entregó una sonrisa pícara a ella —. Considero que algunas damas no logran apreciar lo que tienen. No sea usted de esas. Ciertamente un caballero atractivo como el de la segunda planta, no es un hombre de una sola mujer. Que no la distraiga de su objetivo porque quedará sin ninguno si lo hace.

—Lady Spencer, no la comprendo.

—Me comprende a la perfección. Sé lo tentador que puede llegar a ser sus formas, pero es frío en su corazón. Quizás ya no tenga uno.

—No llegue a conclusiones inapropiadas, se lo ruego. Mi compromiso puede verse complicado por un cotilleo absurdo.

—Cotilleo, por supuesto. Usted ocúpese de lo que le compete, es un consejo de una mujer que ha vivido un poco más. Es por su bien.

—Sí. —aceptó hundida en la más absoluta vergüenza.

—Qué disfrute del té. La esperaremos para la cena.

Miró como la mujer se retiraba y se sentó con todo su peso en el sillón junto a la chimenea. No podía creer que estuviera involucrada en un asunto tan terrible a causa de aquel conde infernal.

Estaba decidida a que esa sería su última noche en ese lugar. Si sus hermanas no la apoyaban, encontraría otra forma de regresar a la seguridad de su hogar.

Capítulo 30

Anne arregló su cabello como pudo junto con la doncella. No se bebió el té porque parecía tener algo atascado en la garganta. Aquel día no almorzó porque se quedó perdida con Gabriel en el campo, tampoco fuera que estaba muriendo de hambre. Saber que él estaría acechándola no le hacía muchas ilusiones y aún más lady Spencer observándola con ojos de águila como fuera que se robaría algo que le pertenecía.

Fue hasta el cuarto de su hermana mayor y golpeó la puerta en varias oportunidades, parecía estar ocupada o que no se encontraba. Cuando desistió, ella le abrió.

—Dios mío, Anne, toca dos veces. Te he escuchado, no me das tiempo de salir de la cama —gruñó.

—Vamos a cenar en un rato. Quería decirte si puedes prestarme el carruaje para regresar junto a nuestro padre. Estoy... Preocupada por su salud.

—Basta de amargura, Anne. Estar encerrada con nuestro padre hace que te conviertas en una huraña. Algún día te faltará y tienes que saberlo. No es con dureza que te digo esto, pero él no durará para siempre.

—Lo entiendo, Beth, pero prefiero estar en Londres. No es que me guste mucho el campo —se excusó.

Su hermana levantó una ceja. Cerró los ojos y agrandó su sonrisa.

—Cariño, disfruta de la compañía de las personas. Has estado muy rara en estas semanas. ¿Te encuentras bien, Anne?

—¿Quién es, Beth?—inquirió la voz de su esposo al escucharle hablar en la puerta.

—¿Compartes la habitación con tu esposo? —preguntó Anne con los ojos saliéndose de su lugar por la sorpresa.

—Hay cosas, querida, que se aprenden después... —respondió, nerviosa.

—Pero si no deberías, ¿Y tu espacio que me dijiste?

—Después conversamos de eso. No molestes a Phillipa para que interceda por ti. Qué manera de acibarar a tus hermanas.

Aquella le cerró la puerta en la nariz. Lamentó no poder decirle sus razones. No quería que creyera que ella era quien se estaba poniendo a merced de Lord Coventry. Estaba sola, lejos de su padre y de su prometido. Los únicos que podían salvarla eran ellos.

Para salvar su noche en aquel sitio, estaría junto a Loretta y luego la dejaría en el piano, apresuraría el paso para esconderse en la seguridad de una habitación cerrada con llave.

Lady Spencer la colocó tan lejos de Gabriel que era algo que agradecía por su tan ajada paz, pero eso no la dejaba exenta de estar siendo asediada por sus ojos marrones.

—¿En qué momento aquella mujer dejará de acaparar a mi hermano? No he podido conversar con él. La sonrisa de su señoría me tiene los pelos de punta... —comentó Loretta en el oído derecho de Anne.

—¿A qué mujer se refiere? ¿El marqués la alcanzó hoy?

—A nuestra anfitriona. Primero pensé que era alguien muy amable. Sin embargo, se ha demostrado grosera conmigo y muy empalagosa con mi hermano. Ni cerca está que la apruebe para que sea la futura condesa si eso es lo que pretende. Ridícula —gruñó, enojada—. Y el marqués... Se quedó empolvado y mojado. Soy una excelente amazona.

Anne hacía cuadrar las piezas en su cabeza. Las advertencias de la dama no habían sido por bondad, sino por el interés en aquel caballero. Aquella podía ser su oportunidad de salvarse de él.

La idea de imaginar que aquellos se casaban no fue agradable para ella, pero culpaba a Gabriel por ese rechazo.

—Considero que el marqués es alguien que la idolatra y hasta puedo decir que se ha enamorado de usted, lady Loretta. Está cautivado.

—Yo no quiero tenerlo cautivo, que lo encierre otra dama. Lady Anne, pensé que no creía en el amor o en el enamoramiento, pero noto que usa ese vocabulario inaceptable.

—Disculpe, es que no sé. Ese hombre es quizás sentimental o... No lo sé, estoy confundida.

—La sacaré de esa confusión. La palabra amor vuelve tontas a las personas, en especial a mi hermano. Si él vuelve a casarse de seguro que será por la misma razón que la primera vez: el amor. Será otra tontería. Debe pensar en su conveniencia. Una joven de buen nombre, soltera y un poco rancia como él, sería perfecto.

Ella pensó que aquella descripción se le ajustaba a la perfección, aunque estaba lejos de considerarse rancia.

—Será él quien escogerá. Rece para que sea una buena elección y que no esté en este salón por su bien —le aconsejó—. ¿Me acompaña después al salón de música? Quiero volver a ensayar.

—¿Sí? —replicó Loretta, desanimada.

—Sí. Beberemos un poco de vino con las damas y luego iremos.

—Pobre de mí... Que no sé beber mucho —lamentó Loretta.

Loretta le fue dando a Anne más vino del necesario. Ella no quería quedarse por muchas horas con el piano y el vino le daría sueño. Su hermano no le había pedido de favor alguna cosa para que se quedara con Anne.

Anne estaba animada por la bebida junto a Loretta y sus hermanas. Cuando su brazo fue golpeado por alguien que pasaba, sonrió en lugar de mirarlo de mala manera esperando una disculpa. El marqués de Lansdowne había causado aquel incidente con la finalidad de acercarse a ella.

—La seguiré dentro de poco para lo que acordamos —comentó Charles e inclinó la cabeza.

—Por supuesto, señorita.

Gabriel quedó atado a varios caballeros que esperaban jugar a las cartas. Se rascaba insistente la cabeza, el cuello y los codos esperando una oportunidad de volver a la carga con su inanimada muchacha. La severidad de Anne y sus convicciones eran un verdadero problema. Estaba cansado. Podía disfrutar del tiempo. Tenía una mujer que deseaba visitarlo en la noche, pero él tenía la mente ocupada en la muchacha más recta que ha visto la sociedad. Era una regla vestida y ambulante. Le resultaba cada vez más intrigante la cacería.

Quizás ese era el sentimiento que los libertinos desarrollaban cuando alguna dama se resistía a ellos y el máximo deseo que tenían era que se entregaran mansas rogando placer.

Se bebió muy rápido la copa de brandi que hizo girar en su mano por mucho tiempo.

Anne y Loretta se habían escabullido hacia el piano. A Anne le causaba gracia todo lo que la rodeaba. Cuando se sentaron para ensayar, no pudieron hacerlo porque ambas no paraban de reír. Las carcajadas musicales se escuchaban por el pasillo que custodiaba Charles, esperando el momento propicio para acercarse a Loretta, pues aquella se le escapó cuando casi la tomó, si hubiera visto aquella rama que lo lanzó al suelo, la historia sería diferente.

—Lady Loretta, he barajado la suposición de que estoy un poco mareada. Debo retirarme por esta noche. Quédese a darle un buen uso a este instrumento. La escucharé desde mi habitación.

—Me quedaré un par de piezas para hacerla dormir y me voy a mi habitación antes de tragarme el piano con un bostezo. Que tenga buena noche, lady Anne.

—Usted también...

Salió y junto a la puerta estaba parado el marqués ansioso por entrar.

—Es incorrecto lo que estoy haciendo, le ruego que converse tan solo unas palabras cortas, no quisiera que...

—Que descanse, lady Anne —despidió Charles a la muchacha, dejándola con la palabra en la boca.

Se quedó muda en ese lugar y miró la puerta con interés. Acercó una oreja y se dispuso a escuchar lo que le diría el marqués a la muchacha que había quedado ahí.

—¿Abandonó a Loretta, lady Anne? —curioseó Gabriel, sorprendiéndole en el acto.

Anne no cruzaría palabra alguna con él, no estaba dispuesta a ceder.

—Le enseñaré el piano, tenga paciencia. Esperemos a que se vaya... —añadió mientras le seguía, pero ella lo ignoraba —. ¿Qué le ocurre, milady? ¿Acaso no desea mi compañía?

Aquella pregunta absurda merecía una respuesta, y esperaba que esta no sonara a súplica.

—No. Me iré a la habitación, a descansar y espero no volver a verlo —replicó. Se dio vuelta para ver si reacción, y él no parecía afectado.

A Gabriel se le formó una sonrisa un poco guasona en el rostro. Se acercó a ella, la miró de frente e hizo una inclinación educada antes de retirarse de aquel sitio que compartían.

—Descanse entonces. Si piensa mucho en mí, quizás aparezca en su habitación, aunque sea en sueños...

—¿Cómo puede decir tal cosa! —exclamó por borracha y escandalizada —. Usted, es un libertino, Lord Coventry. A mí no me convence con sus paparruchadas. La anfitriona debe estar muy sola sin su presencia en el salón o mejor, espero que se le aparezca en sueños a ella y que deje de molestarme. Le dejo claro a usted y a ella que no estoy interesada en el caballero aquí presente. Adiós...

Él continuó su camino y Anne se quedó un momento en el pasillo. Se aseguraría de que quedaran lejos. Después de un par de minutos, fue a su habitación. El sonido de los violines del salón no hacía que escuchara si el piano estaba sonando o no. Ingresó a su habitación y giró la llave antes de sentarse frente al tocador para sacarse algunas horquillas del cabello. La vela que había dejado hacía rato no se había agotado del todo, por lo que podía verse en el espejo.

Tomó unas telas y envolvió sus bucles con tranquilidad hasta que miró por detrás de ella en el espejo y notó una figura recostada en la que era su cama.

Estaba espantada. No cabía más quebranto en ese cuerpo. Suponía que era Gabriel y que ese había metido antes que ella.

—¡Lárguese, Lord Coventry! —gruñó, exaltada.

—¿Es cierto lo que me dijo en el pasillo? Me quedé muy intrigado. ¿De dónde sacó eso? —preguntó con verdadera preocupación. Él tenía la idea de entrar a su habitación antes de saber aquello.

—Lady Spencer me dijo que no era hombre de una sola mujer. ¿Por qué me lo dijo? Es evidente que se ve a leguas que usted no deja de buscarme. A mí no me resulta fascinante, ni atractivo, ni mucho menos lo deseo. Lo que sí, deseo es que se vaya.

—¿Y los besos que le he dado? Le aseguro que me conoce más que a su propio prometido.

—Lo conozco porque me ha estado contando su vida sin que lo desee. Se ha metido en todo, hasta en mi habitación y eso es imposible, Lord Coventry. No comprendo sus razones y tampoco quiero comprenderlas. Vaya a seguir a otras damas ansiosas, atractivo no le falta y besa muy bien —confesó sin darse cuenta.

Él tenía frente a él a una Anne más reacia que horas atrás. Aquella no conocía de mansedumbre. No tenía idea de cómo convencerla de algo.

—¿Y no le interesa mi corazón? Puede empezar por un beso y luego bajar hasta mi pecho. Algo me atrae de usted, lady Anne, y debe ser todo lo que tenemos en común. Sé que debajo de toda esa rectitud existe una criatura sedienta de afectos, halagos y pasión. Eso es lo que busco, es algo que nunca he tenido... —musitó. Se acercó a ella y le agarró de los hombros.

—Ella dijo además que usted ya no tenía corazón. ¿Cómo busca un sentimiento? ¿Cómo dará su afecto, halago y lo otro no mencionable, si carece de una razón? —interpeló la muchacha.

—La razón es usted. Quizás sea una pasión desenfrenada, un capricho o un secreto, mi motivo que impulsa a buscarla desesperado —agregó. Le acarició el rostro después de abandonar sus hombros.

—Por última vez le pediré que abandone mi habitación. Tengo una vida pensada y a eso iré. No puede cambiar las cosas, no conseguirá que me deje llevar por solo sensaciones agradables. Mi honor y mi respetabilidad, son lo que tengo, no pienso faltar a mí deber y defraudar las esperanzas de mi padre por lo que sea que a usted lo impulse. No me vuelva a tocar, no quiera tentarme... —pidió más como una justificación que como una decisión.

—Soy soltero y usted también. No se ha casado, no hay pecado. Nosotros podemos mantener este deseo en lo oculto de nuestros pensamientos, aunque mi deseo es que no se case. No la hará feliz.

—Cualquiera que se case conmigo y tenga lo que busco puede hacerme feliz. No hay forma de convencerme de lo contrario. Todavía tengo razonamiento y apelo a este para que me salve. Váyase, Lord Coventry. Por su paz y la mía... Por favor no me bese más... —rogó al sentir que la nariz de Gabriel rozaba con la suya.

A ella se le agitó la respiración y él aprovechó para hacerse con sus labios sin tregua. No podía dejarla pensar más. Lo hacía en demasía. Callarla era muy difícil.

Capítulo 31

Anne estaba perdiendo la razón. Cómo era su costumbre frente a él, se había quedado quieta para ser besada. Se asemejaba a una presa que estaba siendo devorada sin luchar por su vida.

Mientras aún la besaba, Gabriel la cogió de ambas manos y entrelazó sus dedos con los de ella. Aquella necesitaba saber que él era alguien real, quería ganarse su confianza, aunque con las peores intenciones.

—Es el momento de irse —dijo ella en medio de su agitación. Pudo separarse un poco de sus labios y mirarlo a los ojos.

—Me iré cuando me diga que no siente curiosidad por saber en qué acabará su deseo.

Seguían sujetos de ambas manos a la vez que se miraban a los ojos. Anne acostó un poco la cabeza hacia su derecha sin perder aquella conexión con él.

—Soy razonable. Las sensaciones y sentimientos no deberían primar sobre las necesidades de una dama. Quizás, tenga algo en el pecho que no comprenda y que me aqueja cada vez que está junto a mí, pero no me hará perder el camino. La institutriz de mis hermanas les decía siempre que sabía de mujeres que habían perdido su reputación y para ellas no existía más que el ostracismo. Eran muchachas de familia, que por cuentos lo abandonaron todo. Usted es inteligente y no desea que su hermana tenga un destino similar.

—Es cierto que Loretta me importa, pero será ella quien elija al infortunado que se hará cargo de ella. Hay momentos felices, lady Anne. Esos momentos que quedan en su memoria y que le hacen sonreír, sentir y soñar. Así recuerdo en ocasiones a Odelia, cuando parecía amarme y yo la amaba. Haga que recuerde este instante por sus favores y no por sus reclamos. Soy alguien que guardará el secreto de nosotros si lo desea.

—El hecho de que se encuentre aquí, agarrándome es de por sí una situación injustificable. No seré una de sus mujeres, lord Coventry. Seré una mujer respetada como esposa, no seré como la suya.

Gabriel suspiró, cansino. Anne dilataba algo que deseaba y que por alguna razón él estaba ansioso por darle. No sabía quién daría sus favores a quien, pero esperaba que su instante de lucidez se fuera tal como llegó.

—Pase lo que pase en esta habitación, tendrá mi silencio en sus manos.

Él separó sus manos de las suyas y se aferró a ambas mejillas de Anne con delicadeza.

—Yo la deseo y la tendré —sentenció.

Volvió a apoderarse de sus labios. Anne sabía que aquellas palabras eran su condena. Cuando

sintió que sus manos levantaban su falda para luego estrujar sus piernas y levantarla, supuso que debía hacer algo. Sin embargo, al momento en que su espalda tocó el dosel de la cama y los labios de él abandonaron su boca para concentrarse en su cuello y parte de su esternón, se perdió en las apabullantes sensaciones y palpitaciones de su cuerpo. Se encorvaba para que tuviera mayor territorio y la recorriera. No había forma de sacar a ese hombre de su entrepierna, la tenía sujeta y aprisionada, llevándola hacia el abismo de una pasión desconocida.

Él comenzó a cegarse por sus instintos, tan solo pensaba en introducirse desmedidamente en ella. Parecía que si no lo hacía, estallaría en mil pedazos. La negativa de Anne y sus tímidos gemidos parecían cegarlo aún más.

La recostó en la cama y levantó la falda de ella hasta la cintura. Desajustó las ataduras en el pecho que tenía el vestido decente de Anne. Su enagua de algodón se podía notar después de aquello.

Liberó a las encarceladas de su prisión y se dispuso a gozarlas sin compasión, mientras que ella se estremecía bajo su cuerpo, su dureza amenazaba con escapar y tener su tajada del festín. Se rozaba y rozaba contra la entrepierna de ella.

Anne estaba por arrancarle los cabellos a Gabriel. Aquella era una muerte deliciosa y calurosa. Lo que se frotaba contra ella era deseable, tanto que, quizás lo esperaba.

Retorcerse y encorvar su espalda era lo mejor que sabía hacer para controlar lo apabullante de la situación. Llegado un momento se había mordido la mano, pues no podía gritar.

—¿Me dejará pasar, milady? Solo necesito que se deje llevar...

Ella no respondió, pero él comprendió que no tenía su permiso para su ansioso compañero, más había otras formas de persuadirle.

Una de sus manos se acercó a la entrepierna de ella, la acarició hasta sentir que era su momento y sin dudar, hizo lo suyo. Sus dedos jugaban en ella, dándole un extraño dolor y placer indescriptibles.

El único que de aquella situación no liberaría su placer era Gabriel, pero verla a ella sufriendo y gozando era satisfactorio.

Cuando ella no pudo resistir más, se liberó y quedó exhausta, viendo a Gabriel que tenía aquella mirada pícara. Tiró su cabeza atrás, estaba muy cansada para discutir.

Él retiró su mano y se quedó junto al dosel de la cama. Tanto su corazón como su entrepierna palpitaban por lo ocurrido. Se admiraba, porque no la poseyó arriesgadamente. Dejarse llevar por el placer podía ser terrible y comprometer la virtud de Anne, ella no se lo perdonaría. Por más que deseara acostarse con ella, sabía que era la más prohibida de todas las mujeres. No había nada que ofrecerle y esperaba que después de que ella abandonara a su prometido, encontrara alguien que la cuidara como merecía.

Ella se subió su prenda de algodón y bajó su vestido para cubrir sus piernas. Estaban callados

hasta que él se acercó a la jofaina y se lavó las manos, para luego verla desde ese lugar.

—La esperaré mañana, lady Anne, para montar. Mañana ya no lloverá. Podremos seguir conversando.

—Prefiero evitarlo, Lord Coventry. Ni siquiera puedo mirarlo a la cara... —dijo, avergonzada.

—Quiera o no, la esperaré, es nuestro último día aquí después regresaremos a Londres en donde hasta hablarnos será difícil.

—No piense que saldré de aquí. Vaya usted a cabalgar. Váyase de mi habitación sin que lo vean.

Gabriel secó sus manos contra sus prendas e hizo una reverencia. Se acercó a la puerta y antes de girar la llave para salir, miró hacia donde ella estaba en su cama, mirando hacia el techo, como si no estuviera en aquel cuerpo.

Caminó por el pasillo para ir a su habitación. Caviló cuánto disfrutó de verla liberada. No buscaba aquello mismo en lady Spencer o la baronesa Hastings. Anne tenía algo que lo llamaba. Juraba que la razón era ser la prometida del conde de Jersey. No había otra razón más para perseguirla. Admitía que ella le resultaba interesante. Era enigmática. De ser una muchacha conformista y simple, pasó a convertirse en una mujer compleja que generaba interés en él.

Sabía que no debía encariñarse con ella ni siquiera por amistad. Llegado su momento, él se iría y Anne tendría que empezar una nueva vida, buscando a otro prometido.

Anne tenía la mirada perdida y su intimidad maltratada por un hombre al que se negaba a tolerar. Se removió para levantarse y dejar esas prendas que tenía, en el suelo. No lograba reconocerse. Se sentó frente a su espejo y cerró los ojos. Aquella criatura pasional que le rondaba la cabeza no era ella. Era culpa de un hombre que la tentaba. Sin embargo, si no significaba nada, no debería tener esos sentimientos encontrados que la perturbaban con respecto a él. Imaginar un próximo encuentro sería persistir en su molestia, pero no podía evitarlo. Aquel estaba en su mente, esperando salir para dejarla en una mala posición.

Disfrutó de aquel extraño encuentro en contra de sus principios. No estaba dispuesta a que ocurriera otra vez. No sabía hasta dónde estaba comprometida su pureza con lo que ocurrió.

Acercó la prenda que se quitó a la luz para buscar manchas y las había encontrado. Se llevó una mano a la boca y soltó la ropa.

Su ansiedad estaba al límite. ¿Qué había hecho? ¿Cómo se presentaría frente a su prometido después de haberle dado tantas libertades a otro caballero? No era digna de siquiera estar comprometida. Era una mujer libertina, casi comparable a una prostituta.

Una doncella golpeó su puerta después de una hora, quiso entrar, pero la puerta estaba cerrada por dentro. Insistió hasta que Anne le abrió. Se sorprendió por notar que la cama estaba revuelta, la vela casi se había consumido completo y Anne estaba vestida con un camisón.

—¿Se encuentra bien, milady? —indagó, curiosa la doncella.

—Bote esa agua de la jofaina, por favor —mandó sin observar a la doncella.

—¿Y sus prendas que se quitó?

—Yo me encargo de ellas —respondió, nerviosa.

La muchacha del servicio abrió la ventana y luego arrojó el agua sucia de la jofaina por ahí.

—Le traeré una vela y más agua, milady. ¿Algo más que se le ofrezca?

—Nada, estoy bien...

No se sentía bien en realidad. Su pecho estaba acongojado por haber disfrutado de aquel encuentro con Gabriel. Estaba en un gran conflicto, entre sus convicciones y su muy probable deseo hacia un hombre prohibido.

Capítulo 32

Anne no salió de la habitación al día siguiente. Alegó que mojarse en la lluvia había sido contraproducente para su salud. Sus hermanas no la notaron enferma, pero por lo que había manifestado el día anterior para regresar a Londres, supusieron que estaba haciendo una jugarreta.

Continuó con eso hasta el día en que debía retirarse. Solo recibió a sus hermanas y a la desagradable anfitriona en su habitación. No recibió ni a Loretta ni al marqués de Lansdowne. Estar alejada de la mayoría y confinada en la habitación mirando por la ventana cómo jugaban a las escondidas a través del espejo, le hizo bien. Gabriel la acechaba observando hacia su ventana cuando estaba cerca. Ella se exaltaba al verlo. Cerrar la cortina era un hábito que desarrolló esos días.

—Siento mucho que haya pasado convaleciente los últimos días, lady Anne. Tampoco sus hermanas creyeron prudente que la llevaran a Londres —dijo lady Spencer para agradecer a su descontenta invitada.

—Quizás en algún momento pueda regresar aquí. Gracias. —concedió antes de subir al carruaje junto a sus hermanas.

Gabriel sabía que no tenía nada más que hacer en aquel lugar. Su cometido de seducir a Anne acabó en un terrible error. Aquella se alejó por completo. Si algo de confianza había ganado con ella, se perdió.

Lamentaba que se fuera. Tanto él como Anne no eran malas personas. Era probable que encarara el asunto de manera equivocada con ella. Estaba perdido, sin saber qué hacer.

—Se ha ido su dama, Lord Coventry —insinuó lady Spencer. Colocó su mano en el pecho de él y lo observó esperando una respuesta.

—Lo sé, no hace falta que me lo diga. He de irme también con mi hermana. Le agradezco su invitación, lady Spencer.

—Pueden quedarse unos días más si lo desean, estaría encantada.

—Nos veremos en Londres. Ha sido suficiente paseo para nosotros.

Loretta volvía insistente con aquella libreta dentro del carruaje. Movía una hoja y luego regresaba. Le intrigaba lo que tenía en aquellas hojas.

—Suficiente, te dedicaré tiempo —comentó. Guardó la libreta en su ridículo y colocó ambas manos sobre sus rodillas.

—No necesito que me dediques tiempo, Loretta —replicó. Se acomodó en el asiento y desvió

su mirada hacía el paisaje.

—¿De tan mal humor te tiene no haber visto a lady Anne? Yo la aprecio, pero mi cariño por ella crece más cuando está lejos. Se ha negado a recibirme también y... Es por tu causa. Siento que no está dando un buen resultado lo que has hecho, también temo de ante mano que mi candidata a tu próxima esposa no será la baronesa Hastings.

—No hay candidatas a esposa. Muy ocurrente de tu parte pensarlo, pero estás equivocada —repuso molesto.

—Te comportabas así por Odelia. Entonces, lady Anne te hace sentir lo mismo que ella.

Él dirigió sus ojos a Loretta. Quería ahorcarla con la vista por decir aquello.

—No merece lady Anne estar en una comparación donde nada tiene que hacer. Odelia solo sabía divertirse y ella piensa en su bienestar. No puedo culparla siempre me he preocupado por mi bienestar y criticarla sería insensato.

Ella hizo un mohín y también se decidió a mirar hacía el camino. Gabriel no acertaba en una sola cosa que quisiera hacer. El asunto de seducir a lady Anne no estaba ni cerca de ocurrir. Evitar aquel matrimonio de ella con el conde de Jersey era un disparate.

Cuando llegó a su residencia, se decidió a escribir una carta para Anne. No debía perder aquel hilo por pésima que hubiera sido la unión entre ambos. Algo debía hacer para que lo recordara.

Recorrió varios rincones de la casa, buscando algo desconocido. Se sentía como un extraño. Aquella tranquilidad era inquietante y hasta perturbadora. Había estado yendo y viniendo de algún sitio y ese día no había nada que hacer más que acostarse a dormir.

Le hacía falta su vida de campo. Levantarse en la mañana para adiestrar a sus caballos o quizás jugar algunas carreras con sus empleados, podían hacer que tuviera otra vez un poco de espíritu. No estaba agotado en el aspecto físico, sin embargo, en el mental estaba hecho añicos. Estar de forma constante cavilando, lo estaba cansando de manera casi irremediable. Anne le hizo mover toda la armería que nunca había usado siquiera para conquistar a su primera esposa. De hecho, él no la había conquistado, se casó con ella por un matrimonio pactado entre él y los padres de Odelia. Aunque él la amó desde la primera vez que la vio, aquella nunca supo corresponderle. No hacía nada malo, se limitaba a ser lo que era: alguien sin gracia, reservado y un tanto ausente.

Tal vez si se hubiera dedicado a ganarse el corazón de su esposa en lugar de creer que lo había poseído siempre, debió hacer un esfuerzo. La vida con hijos que imaginó a su lado nunca llegó.

Anne no cabía en la felicidad al distinguir su casa. Sentía alivio y seguridad. No podía estar más contenta que aquel día.

—¡Padre! —exclamó al llegar a su residencia, apenas pasando la puerta.

—¿Anne? —interrogó su padre desde la poltrona del salón.

—Sí, he regresado.

—¿Abandonaste la escuela de señoritas?

El ánimo de Anne decayó al darse cuenta de que su padre estaba en aquellos momentos en los cuales pensaba que todavía era una niña. Pasaría un buen tiempo intentando convencerlo de que estaba en su primera temporada.

—No, padre. Volví de un paseo. ¿Cómo lo trataron sus nietos?

—Oh, sí, sí, esos niños... ¡Beth, Phillipa! —exclamó al notarlas en la habitación —. Se han puesto mayores, ya es tiempo de que se casen.

—Estamos casadas, padre. Está otra vez desmemoriado —mencionó Beth con un beso.

—Patrañas. John no ha venido a jugar a las cartas. Lo esperé, es él quien se pierde un buen juego. Aquel lord Coventry no viene más por aquí... Me buscará cuando desee un rival digno. Sus otros amigos son incapaces de divertirlo. Tú, niño... —señaló a uno de sus nietos —. Jugarás conmigo.

—Sí, milord —aceptó el niño, colocándose frente a él.

Después de una partida, su hermana se llevó a su hijo para que pudieran ir a su residencia. Anne se quedó a cenar junto a su padre que estaba perdido una buena cantidad de años atrás.

—A ti te ocurre algo, Anne. Tu padre te conoce desde que naciste —comentó el viejo caballero.

—No ocurre nada, padre. Lo que tengo es cansancio por el viaje.

—Pensé que te preocupaba el futuro. Un pretendiente es difícil de conseguir...

—Tengo un prometido, padre. Sé que lo recordará en unos días —dijo agarrando su mano con cariño.

—Mmm... —meditó él.

—Lo acompaño a que se recueste, padre.

Llevó a su padre del brazo desde el comedor hasta su habitación. Le ayudó a desanudar su pañuelo y le dio un beso en la frente.

—La madre de ustedes estará orgullosa si logro casarlas a todas. No puedo dormir de la preocupación por mis hijas. ¿Y si me muero y quedan a la deriva y despojadas? Condenación...

—Padre, solo falta que yo me case y es cuestión de tiempo. En todo caso, mis hermanas no

me dejarán desamparadas. Ambas fueron muy bien casadas.

—Anne, perdóname que sea tan viejo para ser tu padre. Llegaste cuando ya no quería seguir intentando tener un varón. Eres mi pequeña, mi orgullo.

—No piense en eso, padre. Ha sido divertido acompañarlo. Se ve muy joven y vigoroso, digno de alguien que podría volverse a casar.

—Mismo infierno con diferente diablo. No, cariño, vivo para ti. Las muchachas pueden esperar por mí un poco más —dijo burlón.

—No lo defraudaré, se lo prometo, padre. Iré tan bien casada como mis hermanas. Duerma bien.

Al salir de la habitación suspiró, cansada. No podría ver a la cara a tanto a su prometido como al caballero con el que se había encerrado en su habitación en una ardiente noche. Estaba segura de que nunca la olvidaría. Esas sensaciones fueron únicas y pensaba que no tendría algo igual. Cuando el título de aquel caballero se pasaba por su cabeza, lo asociaba sin dilación a sensaciones placenteras. Su mente viajaba al pasado y recordaba sus encuentros con el caballero en cuestión.

En su prometido casi no se detenía a pensar porque como le había dicho Gabriel, ella lo conocía mejor a él, que al caballero con quien contraería matrimonio. Le daba más importancia a conocer los pormenores de la vida de alguien ajeno a su futuro, pero su curiosidad por él era casi inevitable.

Por la mañana, cuando bajó las escaleras, el mayordomo se acercó con la bandeja de cartas. Revisó una por una hasta que llegó a la carta que le había enviado Gabriel.

Mi apreciada lady Anne,

Desde el encuentro en la propiedad de lady Spencer, he quedado muy preocupado por su ausencia. La extraño. Mi invitación para cabalgar sigue en pie para algún otro lugar.

Deseaba además, preguntarle si podría visitarla en su residencia. Si decide no responder a mi carta, la visitaré sin su permiso. Quiero saber que esté bien.

Mi intención no es que usted sufra, sino que me conozca, me acepte y aprecie. Conoce la verdad, la única que existe y sabe que no soy un asesino, sino un inocente a quien con simpleza y sin conocimiento de causa, expulsaron.

Sabemos también que deseo su placer y su felicidad, no un sufrimiento. Confío en que ambos podemos soportar un tiempo esta distancia que estableció entre nosotros, aunque no será eterna.

Con afecto.

Gabriel.

Dobló la misiva y la sostuvo en su regazo por un momento hasta que la interrumpieron.

—Buen día, lady Anne, supe que regresó de su paseo y no he dudado un segundo en visitarla...

—¡Lord Jersey! —exclamó. Arrojó su carta al suelo y la recogió con temor de que aquel pudiera verla—. Qué agradable sorpresa me ha dado. Tenía pensado avisarle.

—Charles lo hizo con anticipación. Vine a conversar con usted sobre nuestro compromiso y decidí que este termine lo más pronto posible.

La palidez en el rostro de Anne era la de un muerto. Era probable que supiera que estaba involucrada sin buscarlo con otro caballero. Si su padre lo supiera, era probable que muriera de desazón y vergüenza.

Capítulo 33

—He pensado en que nuestra boda podría ser antes de finalizar la temporada. Iríamos después a Irlanda para compartir un poco de tiempo juntos, al menos los primeros años. Podemos asegurar un heredero y luego regresar—comentó Howard, esperando la aprobación de la muchacha.

Anne parecía confundida. Su prometido no sabía de su desafortunado desliz con Gabriel. No sabía el bien que le hacían las palabras de Howard.

—Si es por mí, me casaría en un mes, pero mi padre...

—¿Un mes? ¡Espléndido! —exclamó festejando lo que dijo su prometida—. Su padre no es un problema, se irá con nosotros.

—A mi querida Beth no le agrada no poder preparar una fiesta de compromiso. Prefiero casarme antes que tener un baile en mi honor.

—Lo prepararé todo para dentro de un mes. Mis tías estarán felices y hasta habrá tiempo de que lleguen desde Francia. Lady Anne, no sabe lo feliz que me hace con sus palabras. Nunca he deseado casarme tanto...

Se sintió halagada por lo que le decía. Con eso ella estaría a salvo de las maquinaciones pendencieras de Lord Coventry. Su vida regresaba al cauce que merecía. Dejaría de pensar en otro caballero y tendría la mente puesta en su prometido.

—Mi padre se alegrará mucho. Está en el comedor, podemos ir a decirle —musitó sonriente.

—Se lo diré yo mismo. ¿Aún sigue sin recordarme? Vine días atrás y... No me reconoció.

—Tampoco lo reconocerá hoy, es casi seguro. Pero tenga paciencia con él. Son cosas de su edad.

—Igualmente lo sorprenderé con mi presencia.

Se quedó sola con la carta de Gabriel. La rompió en pedazos y se apresuró a quemar aquel papel en la chimenea después de que su prometido fuera a buscar a su padre.

Sonrió al terminar de ver que se convertía en cenizas aquello. No respondería y después de que anunciara su boda, aquel tenía que desaparecer de su vida, debía hacerlo.

Siguió a Howard para también conversar con ellos. Deseaba ver la sonrisa de su padre, su alegría y alivio al saber que se casaría tan pronto.

Gabriel también le envió un lacayo a Eleonor para que lo esperara por la noche. Necesitaba

que lo escucharan porque su mente estaba con un cúmulo de extraños pensamientos y Anne estuvo en cada uno de ellos.

Cenó junto a Loretta que también estaba algo distraída esa noche, no se destacaba como solía hacerlo, con alguna burla o chasco. Quizás también su cara espantara cualquier forma de acercamiento. Desde que regresó de aquel paseo, ni una sola sonrisa se atravesó por su rostro.

Llegada la noche, se dirigió a la residencia de Eleonor. Dejó el caballo donde siempre y subió hasta la habitación de ella. Estaba como siempre dispuesta a complacerlo.

—Bienvenido, Lord Coventry... —saludó con un beso en sus labios—. Ese ceño fruncido no lo reconozco.

—Eleonor... —mencionó correspondiendo.

Intentó seguirle a la fogosidad de su amante, pero se sentía tan perturbado que le costaba mantener la concentración. Estaba desnudo y dentro de ella, más se alejó y se sentó en la esquina de la cama. No podía continuar, lo intentó y algo se lo impedía.

—Me disculpa hoy, Eleonor —confesó, avergonzado.

Eleonor se levantó de la cama y se colocó el camisón, se arrodilló frente a él, esperando consolarlo.

—¿Por fin ha comprendido que el camino que tomó no era fácil? Era más sencillo caer es su propio juego, que ganarle a ella. Cuénteme.

—No he logrado mi cometido con lady Anne, pero me perturba. La deseo apasionadamente. Estoy confundido y decidido a no darme por vencido con ella por más que me rechacé.

La acompañante de Gabriel bajó la cabeza. Se escuchó que ella sorbió su nariz. Él levantó el rostro de ella y notó que se desprendían lágrimas desde sus ojos.

—¿Qué ocurre, Eleonor? —preguntó, sorprendido de notarla en ese estado.

—Ha escogido a su próxima esposa. Ha sido mucho el tiempo que esperé por saber de este momento al que siempre le temí. Llegó el día en que he de dejarlo para siempre —confesó. Lamentaba su mala fortuna de no haber podido llevar a su corazón—. La señorita Smith tendrá que hacer mucho de su trabajo conmigo.

—Yo no he dicho que me voy a casar, ni que escogí a alguien para dicho fin —aclaró.

—Lady Anne se ha apoderado de su voluntad. Lo sabía y se lo advertí. Creyó que saldría sin heridas de una batalla en la que entró sin armas. Está herido y su herida seguirá sangrando porque no ha conseguido que deje a su prometido por usted. Sufrirá como no lo ha hecho antes al verla casada.

Él se quedó en silencio por unos minutos miró a varios puntos de la habitación y después

regresó sus ojos a Eleonor.

—Con que no se case con aquel rufián seré feliz... —alegó. Acarició las hebras de cabello de ella para que no se agobiara más.

—¿A quién quiere engañar? No intente consolarme porque no necesito de eso. Soy razonable, Lord Coventry.

—No confunda mis deseos de venganza con un enamoramiento. Es imposible...

—No se confunda usted, milord. Por mucho menos que eso, ha perdido la voluntad. Con la amistad que le profeso y los buenos deseos que tengo para usted, le digo que pida la mano de lady Anne... —mencionó y con levantar la mano lo hizo callar, pues él iba a replicar—. Déjeme acabar. Solo con eso conseguiré ser feliz. Atrás quedó su antigua esposa y hoy una nueva ilusión está. Lamento no ser yo, pero he sabido comprender cuál era mi lugar. Le deseo lo mejor, Lord Coventry.

—Eleonor...

—Le pido que no pierda su tiempo en mi casa. Me despediré de ustedes para mi viaje junto a la señorita Smith. No me iría sin decirle a su hermana que vaya bien casada —refirió.

Gabriel se vistió e hizo lo que le pidió Eleonor. Salió de aquella casa dejando devastada las esperanzas que abrigaba de un probable matrimonio con él. Irse lejos era lo que siempre pensó para olvidarlo, porque él nunca le había dado esperanzas de un amor.

Regresó a su residencia con el corazón achicado por notar el mal que le había hecho a una buena mujer como Eleonor. Aquella merecía lo mejor y él no podía dárselo. Quizás fuera el tiempo de evitar que se fuera y ofrecerle su amistad en un matrimonio, sin embargo, Anne no salía de su mente. La tenía clavada como un recordatorio. Tampoco se había acordado de que deseaba perjudicar al conde de Jersey, porque solo pensaba en ella, en la mujer y no en la venganza.

No estaba listo para volver a casarse, no se sentía de aquella manera, aún sus temores lo acosaban. No quería volver a cometer el error de amar a quien no lo amaba y Anne no parecía amarlo. En cambio, Eleonor era alguien que se lo demostraba con sus consejos, su silencio y amistad, más él no lograba apreciarla de otra manera. Sería absurdo cometer el error de Odelia y casarse sin amor. Cuántas dudas se apoderaban de él en aquel instante.

Él no recibió una respuesta de Anne a su misiva a los dos días de haber enviado la carta. Decidió enviar a Loretta para saber sobre ella y que le comentara lo que ocurría con ella.

Loretta accedió sin mayor inconveniente, se paró frente a la residencia de Anne y golpeó la puerta.

El mayordomo la observó y le hizo una inclinación antes de dejarla pasar.

—Milady, lady Loretta ha pasado para verla —anunció el sirviente.

Ella casi pinchó su dedo con una aguja por escuchar que se trataba de aquella muchacha. Sabía que su hermano la envió por su falta de respuesta. Agradecía que no fuera él quien lo hiciera.

—Lady Loretta, es grato verla —saludó con una reverencia.

—Para mí también es muy agradable.

—Supongo que no ha venido para el té. Sé que su hermano la envía...

—Me agrada que me haga más fácil el camino. Es cierto, él me ha enviado. Me dijo que le envió una carta.

—Sí. Una que no voy a responder y que quemé. Disculpe tener que decirle estas cosas a usted, pero así lo prefiero. No tengo inconvenientes de tener una amistad con una dama de su estirpe, sin embargo, con su hermano no.

—¿Es porque no le ha propuesto ser su esposa? Debe sentir temor de lo que le dije alguna vez. Que si no era la baronesa Hastings, yo no la aceptaría... —comentó, melancólica—. Aunque sin dudas él ha escogido, pero no sé...

—¿Ha escogido? —indagó, curiosa.

—Sí. No me corresponde decirlo. Él debe hacerlo...

—No quiero saber de él o conversar con aquel como el centro de todo. Usted me hará el favor de decirle que me caso en tres semanas con Lord Jersey y me voy a Irlanda con mi padre.

—¡Usted no puede casarse con ese...! —gruñó Loretta teniendo que soportar el calificativo que le iba a dar.

—¡Usted no es la indicada para decirme con quién me casaré si juega con las ilusiones de un caballero justo como el marqués! —se exaltó Anne con los ojos enrojecidos—. La invito a un té y podríamos ir a la modista.

—Acepto el té —respondió la muchacha echando su cuerpo en la poltrona que solía utilizar el padre de Anne.

El ambiente era tenso hasta en el té porque Loretta desaprobaba por completo ese matrimonio que se concretaría en tan poco tiempo. Su hermano no pudo hacer nada y ese hombre se quedaría no solo con su prometida, sino con la mujer que quizás su hermano quisiera.

No soportaría volver a saberlo sufriendo, pero ya nada podía hacer.

Anne sorbía su té mientras que miraba a su visita. No dejaban de jugar a las pulseadas por la vista. Supuso que le había dejado claro a Loretta que no estaba dispuesta a saber sobre Gabriel. Deseaba confiarse de que aquel era el fin de su persecución.

Cuando el té acabó, Loretta salió para regresar a su residencia. Su hermano iba a buscarla con mayor tardanza, pero no soportó mirar a Anne sin desear agraviarle.

—¡Loretta! —exclamó Gabriel que pensaba hacer un tiempo de espera frente a la casa de Anne, pero distinguió la figura de su hermana, caminando.

—Menos mal que quisiste venir temprano. No tenía ánimos de caminar y sé que tú te quedarás sin ánimos de nada.

Él le abrió la portezuela del carruaje y ella le entregó una sonrisa.

—Espero que en esta oportunidad no pienses en abandonarme en otro sitio... —musitó.

—No te abandoné ni lo haré. ¿Qué te ocurre?

—No solo perderé a la baronesa Hastings, sino que prefiero no mantener una amistad con lady Anne. Me dijo para que te comunicara que se casará en tres semanas con aquel miserable.

Estaba mudo y hacía muecas con la boca. No sabía si era por la sensación de sentir que había perdido otra vez contra el mismo adversario o ser incapaz de despertar al menos un sentimiento en Anne con toda la sinceridad con la que le había hecho sus confesiones.

Podía darse por muerto en aquella batalla frente a su enemigo, no obstante, estuvo herido de muerte un día y regresó.

—Evitaré ese matrimonio y no me importa si tengo que llevarme a la novia. Lo prometo...

Capítulo 34

Gabriel era apremiado por el tiempo, tenía tres semanas para enamorar a Anne y que ella desistiera de casarse con su prometido. El problema estaba en que no sabía si estaba dispuesto a entregarle su corazón. Él pondría a prueba la fidelidad de ella a otro caballero. Sabía cuál era el camino correcto para cualquier dama, y era el de respetar su compromiso.

Con el tiempo en su contra y los vientos poco favorables decidió seguir a Anne. Loretta no le serviría para saber el lugar donde estaría y Eleonor estaba preparando su partida. No había mucho que pudiera hacer, solo montar guardia frente a su casa y esperar a que saliera.

Lo hizo por cuatro noches. Aquellos valiosos días perdidos, hacían que se desesperara aún más. Para la cuarta noche, distinguió el carruaje de Howard que llegó hasta la residencia de ella.

—No puedo tener peor suerte que está, condenación... —masculló él al darse cuenta de que aquel hombre estaba más que atento para alejarlo de Anne.

La vio saliendo de su brazo para subir al carruaje de aquel rufián junto a su padre.

Ordenó a su cochero que siguiera al carruaje para saber el lugar al que iría. No le sorprendía que fuera un baile privado en la residencia del marqués perseguidor de su hermana. Loretta tampoco había sido invitada.

Pensó en pedir hablar con aquel, sin embargo, era probable que le pidiera una audiencia con su hermana y no se lo permitiría. Miró los muros de la residencia y era evidente que saltarlos sería una pasada si no había tanta gente en la calle para entrar al sitio.

Debía armarse de paciencia y aguardar para subir e infiltrarse entre los invitados.

Anne lucía su sofisticado anillo que perteneció a la anterior condesa de Jersey. Se lo enseñaba a quien se lo pidiera aunque también lo colocaba visible para que supieran que estaba orgullosa de tener un próximo matrimonio. Sus conocidas de la escuela de señoritas no dejaban de sentir envidia de su buena fortuna, más no sabían lo que había pasado para cargar aquella sonrisa que tenía en su cara.

No volvió a saber de Gabriel después del regreso a Londres, su carta y la presentación de su hermana en su casa había sido lo último, parecía que se había resignado a seguirla. Era de cierta manera un alivio, pero también una decepción. Recordó sus gestos, sus palabras y su acercamiento a ella.

Intentaba no compararlo con su prometido, pero cuando aquel la besaba no sentía lo mismo que con Gabriel o por el contrario deseaba que fuera él. Dejaba que Howard le tocara la mano cuando quiso agarrarla de la cintura el día anterior, los colores se le subieron al rostro. A su mente regresó el endemoniado conde de Coventry para someterla a su tortura. Su piel ardía al recordar la noche que estuvo en su habitación. Siempre que lo hacía se colocaba la almohada o lo

que tuviera cerca en la cara.

—Tu anillo es tan bonito. Ninguna de nosotras pierde la oportunidad de querer casarse con el anfitrión de esta fiesta —comentó una de las damas que componía la tertulia donde se encontraba.

—Olvidé comentarles que el marqués tiene a una muchacha entre las cejas... —dijo Anne con suspicacia.

Obtuvo la atención de las muchachas que deseaban saber el nombre de la afortunada joven, y ella se hacía del rogar para la respuesta.

—No puedo decirles. Es un...

—¿Es un...? —inquirió una de las jóvenes que la acompañaban.

Anne se quedó callada porque no podía mencionar palabra. Los ojos marrones de Gabriel la perseguían o al menos eso creyó. Cuando parpadeó dos veces lo que vio ya no se encontraba en el sitio.

—¿Anne? —preguntó otra muchacha para despertarla de su silencio.

—¿Qué? —respondió, confusa.

—Nos estabas diciendo que es un... Y te has quedado callada.

—Lo siento. Debo ir por mi padre un momento...

Se alejó de su grupo con ambos brazos rodeando su estómago y se acercó a Charles a quien se le notaba muy aburrido en un rincón. Su prometido estaba haciendo buena letra con su padre y por esa razón también parecía abandonado.

—¿No invitó a lady Loretta, señorita? —indagó para asegurarse que había sido una alucinación haber visto a Gabriel.

—Mi madre invitó a quien quiso. Muy poco tengo que ver con sus decisiones. Si ella se encontraba aquí estaría practicando mi arte de parecer una lagartija mezclada con mi mejor imitación de tapiz para que me pisara su antojo.

Ella sonrió por la forma tan triste, aunque también animada en que lo dijo.

—Es la mejor forma de decir que está a sus pies, ¿no es así?

—Sí. Ninguna de las damas aquí hacen que quiera pegar mi rodilla al suelo, pero tampoco puedo seguir negándome a los deseos de mi madre y las obligaciones. No me hace feliz pensar en unir mi vida con alguien por quien no siento nada. Sé que a usted no le interesa eso porque la vida de una dama es distinta. No hay elecciones...

—Es bueno que comprenda que hay lujos que muchas muchachas no pueden buscar. Amor y

conveniencia no van juntos.

Él asintió y se quedó junto a ella. Le mostró un par de cuadros mientras iban recorriendo la sala.

Gabriel se mezcló a la perfección con los demás invitados. Ni la vergüenza que pudiera sentir si fuera descubierto podía con sus ánimos de conversar con Anne.

La siguió de lejos en el recorrido que estaba haciendo Charles con ella. Le mostraba las pinturas familiares y algunos jarrones que se coleccionaban desde siglos atrás.

La madre del marqués llegó de imprevisto y lo tomó de un brazo para llevarlo junto a otras damas, dejando a Anne con los ojos muy abiertos por el apuro de la matrona.

Cuando se dispuso a agarrar una copa, él tomó la misma para tener un contacto con su mano. Al instante notó el anillo en su dedo.

—Es un anillo muy valioso. Pequeños diamantes con un gran zafiro en el medio... —describió en tono burlesco.

El alma de Anne, abandonó su cuerpo al estar frente a él.

—Recibí el mensaje que le dio a mi hermana...

—Me alegro de que lo haya recibido y espero que sea el fin de esta inútil persecución que me hace.

—Estaré tras usted hasta que sepa los inconvenientes de su elección. Puedo apostar mi fortuna a que me piensa cada día. Cuando ve la lluvia recuerda que me besó bajo un árbol y no diré que cada vez que ve su cama sabe que yo podría estar ahí si me dejara.

—¡No diga esas cosas! ¡Por favor! —expresó con vergüenza.

—Deje que bese su mano. Nos están mirando extraño, si no quiere que...

Ella casi le golpeó el rostro cuando le colocó la mano enguantada frente a sus labios. Gabriel sin dudar, la tomó entre las suyas y tocó el anillo, que sintió que estaba un poco flojo en su dedo.

Cuando ella retiró la manó, él se quedó con su anillo de compromiso. Aquella no se había dado cuenta de eso.

—La esperaré mañana para conversar en Hyde Park —mandó él.

—No. No iré a ningún encuentro con usted —se negó con altanería.

—Siga resistiéndose, así cuando la tenga en mis brazos la retribución será mayor. Anne, deje a su prometido y venga conmigo —pidió, dejando de lado aquella burla que utilizaba para sacarla de sus casillas.

—¿Irme con usted? Ni lo sueñe. ¿Qué tiene para mí? Deseo y placer, supongo. Es lo único que escucho decir de su boca.

—¿Y no le interesa?

—Válgame el cielo, Lord Coventry. Quiero una vida tranquila y no lo que me ofrece.

—Entonces, le ofrezco mi mano en matrimonio. Le ofrezco lo mismo deseo, placer y un matrimonio. Es lo que desea. Dígame que no le importo, que no siente algo por mí como lo que usted me hace sentir.

El silencio se alzó sobre ellos y Anne no respondía a lo que él pidió.

—Le diré por última vez que desaparezca de mi vida. No importa que haga enloquecer a mi corazón y que cuando miro a la ventana espero verlo ahí afuera, acechando como un buitre. No interesa que lo desee o que lo extrañe, porque por encima de mis deseos está lo correcto. Estoy comprometida, hay muchas damas aquí...

—Ninguna como usted, Anne...

—Lady Anne, por favor...

—La esperaré a las once y, avise que no comerá en casa —sentenció Gabriel.

—¡No hay razón para ello!

—Si quiere recuperar su anillo, esperaré, Anne —dijo. Enseñó el anillo a su dueña.

—¡No, no puede hacer eso! ¡No sé por qué a mí, Lord Coventry!

—Porque pese a ser terca es probable que la ame... Hasta mañana...

Anne bebió el contenido de la copa con rapidez. Estaba desesperada sin el anillo y con lo que le dijo Gabriel.

Estaba acorralada. No podía huir de él. No había forma en que lo alejara. Tendría que ir a ese encuentro para recuperar el anillo.

Recostó su figura en la pared y se maldijo por no haberse dado cuenta de lo que ocurrió cuando se lo robó. ¿Qué le diría a su prometido?

Sorbió su nariz y no por tristeza, sino por rabia. No podía contar que se lo habían robado en sus narices.

Se resignó a qué debía mostrar la cara a su prometido que la estaba buscando. Abandonó la plática con el padre de ella y se fijó como objetivo encontrarla.

—¿Me buscaba, milord? —preguntó a Howard.

—No desaparezca. Debe quedarse cerca de mí. Quería bailar con usted.

—Estaré encantada de hacerlo.

Él colocó su brazo para que lo tomara y Howard miró la mano donde debía estar el anillo.

—¿Y el anillo, milady? —interrogó. Acarició esa mano y esperó una respuesta de ella.

Capítulo 35

El rostro de Anne era un poema. Su cabeza no era tan rápida para una estratagema muy elaborada. Sonrió nerviosa y le mostró su ridículo.

—Lo guardé antes de que se me cayera. Me queda un poco grande, milord —justificó.

—Es cierto. Puedo llevarlo a un joyero para que lo ajuste si gusta.

—¡No! —se exaltó. Al notar que él la miraba con el ceño fruncido, suavizó su rostro—. No. Es mejor que me encargue. Sé mejor las medidas de mis dedos, milord. Si usted se lo lleva puede que se achique más de lo debido.

—Tiene razón. Vayamos a bailar antes de que Charles se aburra de conocer más gente.

—Me siento apenada al saberlo infeliz.

—No es infeliz, lady Anne. Tan solo persigue un imposible. Le he hablado sobre la hermana de Lord Coventry hasta el cansancio. Es desagradable y altanera. Debería escoger a una muchacha como usted: recatada y razonable. Sé que regentará mi casa con maestría. Charles no sigue su propio consejo.

Bailó unas piezas con su prometido. Respondió a todo lo que le indagaba aquel con curiosidad, pero su atención no estaba puesta en ese lugar. Quizás su cuerpo estuviera moviéndose en el baile, sin embargo, su mente estaba en su próximo encuentro con Gabriel.

Deseaba recuperar el anillo. Sentía pánico al pensar que no lo recuperaría. Esa joya le pertenecía por su compromiso, y sentía que debía resguardarla por respeto a las mujeres que la llevaron en su dedo.

Para ella, Gabriel había saltado todas las barreras conocidas. Sus palabras de esa noche, se repetían en su cabeza. Dijo matrimonio y amor. Dos palabras que no podían ir unidas, a su parecer. Su compleja y engañosa mente, le decía que tendría todo lo que esperaba con Lord Jersey, pero que la oferta de Lord Coventry era más completa, obtendría más de lo que esperaba.

No sabía hasta dónde podría seguir luchando por su negativa con él si en su interior, anhelaba esa persecución que le hacía, esa demostración de interés por ella y por su bienestar. Llegó a la conclusión de que estaba más que confundida y que su compromiso no existiría si hubiera conocido primero a Lord Coventry.

Durante la noche, escuchó la llovizna en su tejado. Significaba que llovería para su paseo en Hyde Park. Aunque también presentía que no sería algo tan sencillo como eso. Él no le entregaría el anillo sin primero sacar algún beneficio.

La idea inquietante de un beso, se apoderaba de ella, pero más aún un contacto mayor entre

ambos. Anne no quería que eso ocurriera, pero lo deseaba. Era tan contradictorio que no alcanzaba a comprenderse.

—¿Un paseo por Hyde Park con esta lluvia? —inquirió la doncella que la atendía.

—Sí, son unas gotas de agua que no dañan a nadie. Volveré pronto, no se preocupen. Dígale a mi padre eso. Está dormido y no se despertará hasta el almuerzo, espero.

—La acompañaré entonces.

—No. Iré sola, por favor —rogó.

No sabía qué más hacer para salir de su casa. La doncella se había puesto inquisidora y ella como si no fuera la patrona le respondía. No iba a pelear ni a tratar mal al servicio de su casa por su pésima fortuna al encontrarse con Gabriel. No era culpa de nadie más que de ella, por haber sido amable y responder a cada cosa que él le pedía.

Cuando salió al portal de su casa, miró a ambos lados de la calle. Finas gotas caían sobre ella, mientras parecía la criatura más sospechosa de Londres con aquel rostro asustado y el ridículo apretado en ambas manos.

Tendría un buen trecho de caminata hasta Hyde Park. No le preocupaba mucho su cabello que estaba bajo un sombrero. Iba apresurada para acabar con lo aquel nuevo evento que los unía para desgracia de ella.

Observó en el parque para buscar a Gabriel, pero no estaba parado en ningún sitio esperando por ella. Gruñó por la impuntualidad y por exponerla al escrutinio público al pedir que se encontraran en un lugar como aquel.

Escuchó los cascos de un caballo acercarse a donde ella se encontraba. Se giró para mirar que era un carruaje el que llegaba. Se paró junto a ella y la portezuela se abrió.

—Le estaba esperando, lady Anne... —mencionó la voz de Gabriel que salía desde el carruaje.

—Acudí como lo pidió. Quisiera que cumpla con lo que prometió: entregarme el anillo.

—Suba.

Ella bufó y colocó los brazos en jarras.

—¿Qué clase de tonta piensa que soy?

—La tonta a la que espero. Suba, no tardan en verla y sospechar de su; actitud de por sí, sospechosa. Si yo bajo, le complicaré y si usted sube no pasará nada.

Chirrió sus dientes y colocó un pie para subir al carruaje.

—Subiré con la promesa de que me devolverá cuando me entregue el anillo.

—Por supuesto, aunque déjeme preguntarle, ¿Por qué prefiere que la devuelva a la tierra si puedo llevarla al cielo?

—No me venga con cuentos, Lord Coventry... —expresó. Rechazó además la mano que Gabriel le ofrecía para subir.

Se sentó frente a él sin querer mirarlo. Él golpeó el techo del carruaje y este se comenzó a mover, haciendo que la pasajera se removiera incómoda.

Gabriel podía apreciar a la mujer que en algún momento le pareció poco atractiva comparándola con Odelia y Eleonor. Ella en ese instante le parecía hermosa. Dudaba todavía de proponerle matrimonio, sin embargo, ¿podría volver a querer a otra mujer? Lo que empezó como un deseo de venganza acabó en un cautiverio dentro de su propio juego. Nada perdía con darse una nueva oportunidad junto a ella, el inconveniente era la voluntad de Anne que estaba dividida entre lo moralmente correcto y su mente que le decía que él era lo que necesitaba.

—A varias millas se encuentra una posada donde conversaremos sin ser vistos... —comentó.

—Significa que estaré a solas con usted otra vez —concluyó, nerviosa —. ¿Qué quiere de mí?

—Su voluntad. Se sigue negando a esto que nos confunde. Soy el claro culpable de esto que ocurre con los dos. Si no me hubiera puesto el objetivo de conquistarle, no estaría conquistado por su rechazo. El que quiso seducirle, fui yo, más acabé seducido y demente. ¿Será usted capaz de librarme de mi cruel soledad?

—Si esto es un juego para poner a prueba mi lealtad a mi compromiso, la pasaré.

—Lo que más me agrada es su lealtad. Hubiera pagado lo que fuera por la lealtad de quien en plena juventud escogí de esposa. Sentía el llamado de la responsabilidad. La primera vez hice una mala elección, con usted no me equivoco.

—¿Qué insensato, Lord Coventry! —exclamó, presa de la rabia —. Admira mi lealtad, pero desea que la desaparezca al encerrarme en una habitación con usted.

—¿Duda de usted cuando está conmigo?

—Para qué negarlo, ¿de qué sirve engañarme y engañarlo? No soporto más, no puedo verlo ni saber de usted. Mi corazón y mi mente se desviven por saber lo que piensa, desea adivinar cuándo aparecerá y en qué momento me robará la tranquilidad. Lo que he creído por años se desintegra frente a mis ojos. Me desahucia vivir de esta manera sin conocer lo que siento.

—¿No sabe si es amor? —inquirió esperando una respuesta.

—No sé y confío en que no exista. Todas estas sensaciones y sentimientos no deben ser de amor, sino de... No lo sé...

Capítulo 36

Luego de decir esas palabras, sopesó que aquella era una trampa sin salida. Estaba en un carruaje con un hombre que intentó seducirle desde la primera vez que le conoció. Era irreversible la tontería de haber aceptado subir al carruaje. Llegó el tiempo de enfrentar a su destino.

—No se preocupe, no es la única confundida con sus pensamientos. No imagina el camino que tuve que trajar para tomar esta determinación. Sin dudas, ayudó la apresurada decisión suya de casarse en pocas semanas.

—Fue una idea de mi prometido, pero me ayudó a despejar mis dudas y volver al buen camino del cual usted con sus desvergüenzas me quiere desviar —justificó.

—Es probable, pero es no me quita el mérito de haberla conquistado.

—¡No me ha conquistado, charlatán! Si a estar chantajeada se refiere con conquistar, es cierto.

—Nunca fui un charlatán, es un gran esfuerzo practicar serlo. Fue doloroso darme cuenta de que ustedes los prefieren no tan correctos y solo estoy siendo lo que quieren. Maduré por los golpes de los años, si hubiera sido un sinvergüenza como su prometido, no hubiera tenido mayor problema, pero decidí ser correcto, el esposo que pensaba que desearía una dama. Estaba igual de equivocado que usted, tanto que un amante se metió a mi cama.

Ella desvió sus ojos de él y prefirió observar por la ventanilla.

—Le digo la verdad. Si usted esa aburrida, se buscarán a otra mujer, y de su prometido no me sorprendería que lo hiciera —insistió.

—¿Cuánto tiempo estaremos juntos en este carruaje, Lord Coventry?

—Espero que este viaje nos lleve hasta que la muerte nos separe. Si de mí dependiera, la raptaría, pero su padre no sé si lo soportaría entonces no me queda más que optar por su aceptación a mi propuesta.

Guardó silencio y continuó con sus ojos puestos en el paisaje de las afueras de Londres. Llevaban casi una hora dentro del carruaje hasta que se detuvo.

Gabriel descendió. Le mostró su mano a Anne y se quedó esperando a que la tomara para bajar.

—Puedo hacerlo sola —musitó. Se agarró de ambos lados de la puerta y bajó.

Alzó la vista a la construcción que estaba frente a ella y suspiró. Se acomodó el sombrero y

se fijó en los alrededores por si alguien la veía junto a Gabriel. Era un lugar que estaba a la vera de un camino y ese estaba desierto.

Él le abrió la puerta para que pasara y ella lo hizo con vergüenza.

—Una habitación nosotros —pidió tranquilo.

El casero le entregó la llave y él le agradeció con una inclinación de cabeza.

Anne cada vez estaba más desesperada caminaba junto a él, decidida, o al menos intentaba que se pensara eso. Cuando vio que Gabriel giró la llave de la puerta de la habitación y le hizo una señal para que entrara, todo intento de valentía se le escapó por entre las piernas.

—Me dará el anillo y me iré, Lord Coventry —advirtió.

—Sí, así será.

En la estancia había una cama, un pequeño escritorio, un diminuto armario y una jofaina. Escuchó que él cerró la puerta con la llave. También distinguió que se aflojaba el pañuelo del cuello y que se iba quitando la levita para ponerla en el colgador.

Caminó hasta ella y su mano la colocó en el mentón para desatar el sombrero.

Mientras lo hacía, él le observaba con detenimiento. La mirada afectada de Anne, le calaba profundo, pero estaban ahí y no quería dejarla escapar. ¿Por qué aquel hombre le arrebataría su vida dos veces?

—No le apreciaré como lo hago yo, ni le amaré como soy capaz de amarle. Desde que la conocí se adueñó de mis pensamientos y sin yo saberlo, de mi voluntad. Soy un sentimental y usted una fría criatura racional como yo fui. Le pido que deje de lado su razón para entender al corazón. Considero que usted es la única que puede sacarme de la oscuridad en la que me encuentro desde hace años —pronunció. Llevó sus manos para acariciar la fina tela que cubría los brazos de Anne.

—No puedo, estoy comprometida. Me ha conocido así. No puedo quitarle valor a las palabras de mi padre con el conde de Jersey. Entienda, está perdiendo su tiempo confundiéndome.

—Si no fuera por las palabras de su padre, ¿aceptaría mi mano? Hable con la verdad. No tengo temor de que me responda de manera negativa, pero me asusta que se engañe usted. Comprenda que el tiempo que estará casada con él, es el tiempo en que pensará en mí como yo en usted. No se arrepienta de no seguir a sus sentimientos. Prometo no defraudarle.

—Si fuera libre, aceptaría su mano. Me arrojaría a sus brazos y lo besaría.

Agarró el rostro de Anne en sus manos y se apoderó de sus labios. Sin dudas aquel dicho de ella le dio una luz de esperanza de convencerle de que dejara a su prometido.

Ella sintió que él se abalanzaría y echaría por el ahínco con el que le besaba. Se agarró del cuello de Gabriel y dejó que la cogiera de la cintura. Ella retrocedió porque él le llevaba hacia la cama. Cuando Anne sintió que era el final del camino, se separó del rostro de Gabriel.

—Si tengo que batirme en duelo con su prometido, lo haré porque merece el riesgo. Conviértase en mi mujer y no le defraudaré. Pondré cara frente a su padre y a quien sea...

Él sin escuchar una respuesta de ella, le recostó en la cama y se colocó sobre Anne.

Ella estaba envuelta en la bruma de sensaciones que no le permitían considerar la situación en la que se encontraba. Escuchó lo que le dijo Gabriel y no aprobaba un duelo, más la inquietante oferta del caballero para que dejara a su prometido, era tentadora, por esa razón se encontraba en una posada y una cama. No era capaz de resistir a la tentación que él significaba para ella. Ni sus principios podrían salvarla de sus propios deseos.

Se espabiló y respondió con avidez a Gabriel. Dejó que introdujera una de sus manos bajo su falda para acariciarle.

Él se alejó un poco para pasar su camisa por el cuello y dejar su torso descubierto para ella. Agarró una de las manos de Anne para que le acariciara su esbelta figura. Para aquella, tan solo tocar aquella piel era una experiencia ardiente y cegadora. Su respiración se agitaba con celeridad, fruto de esa sensación que le consumía. Ayudó a su acompañante a que le despojara de su vestido.

Aquel podría significar el punto sin retorno hacia la desgracia o a conocer los sentimientos de los que él hablaba. Su racional pensamiento le decía que iba rumbo a una desgracia si creía en el amor, pero su corazón deseaba arrojarle a los brazos de aquel dañino concepto.

Cuando Gabriel se despojó por completo de sus prendas, Anne se tapó el rostro por la pena. Ella aún quedó con su tejido de algodón que intentaba resguardar su figura de los ojos de él, aunque que sería inútil, pues él desató su enagua para deshacerse de esa molesta tela que no dejaba apreciar por completo la piel de porcelana de Anne, que hacía contraste con su color tostado adquirido de sus trabajos bajo el sol.

Gabriel sacó las manos de Anne de su cara que pudiera verle a los ojos.

—Soy un caballero de honor, Anne. No tema —pidió al notar que ella estaba excitada y a la vez asustada.

Cuando recorría la piel de ella con sus labios, escuchaba los latidos acelerados y veía su cuerpo la respiración agitada por las subidas y bajadas de su pecho.

El momento en que su excitación pudo más que sus ánimos de recorrerle a ella, se colocó sobre ella y acercó dureza a Anne para que le reconociera. Movié una de sus piernas a la derecha y se colocó para convertirla en su mujer.

Se apoyó sobre ella. Sus codos estaban a los costados soportando su peso, a la vez que él tomó las manos de Anne para que le ayudara a ser más tolerable el empezar

Cuando sintió que él comenzaba a introducirse en ella, gimió por la molestia y encorvó su espalda, dejando su cuello libre para Gabriel.

Después de que ella logró superar los primeros instantes difíciles, aquello le parecía el cielo. Su cuerpo estaba preso por el placer que le suponían los armónicos movimientos de su amante.

La vorágine de alcanzar su propio placer la envolvió. No era capaz de recordar que su comienzo había sido difícil, pero su final, era inolvidable. Gabriel continuaba moviéndose para alcanzar su placer, cuando sus gruñidos lo delataron al igual que sus lentas embestidas hasta quedarse quieto pegado a ella.

Se recostó junto a Anne que se giró para mirarlo.

—Ha sido grato, Lord Coventry. Estoy exhausta —confesó. Colocó una mano sobre el pecho de él y lo apreció esperando una réplica.

—Quiero ser su amante por siempre y este es el principio.

Él se tapó su cuerpo desnudo y se sentó en la cama, alcanzó su levita y le mostró el anillo de su compromiso a Anne.

—Tiene que devolverlo porque se casará conmigo.

Anne lo cogió y no encontraba las palabras que fueran correctas para su prometido. Abandonarlo a tan poco tiempo era descabellado, pero su deseo era estar con Gabriel.

—Necesitaré de tiempo. Lord Coventry, mi futuro está en sus manos...

—Yo respondo por usted, confíe en mí.

Luego de quedar unas horas conversando con él, almorzaron antes de regresar a Londres. Su padre y la doncella debían estar preocupadas por su largo paseo solitario por el parque.

El regreso había sido un poco callado. Anne estaba en silencio porque sentía vergüenza de haber visto desnudo al caballero que estaba frente a ella u también de ser vista por él. Pensaba en las decisiones que debía tomar y sopesó que era inapropiado decirle a Howard que lo dejaría por otro pretendiente. Temía por su reputación y la palabra de su padre. Además, de pensar en su debilidad de carácter y su moral que estaba cuestionable en ese entonces. Ella misma se cuestionaba su determinación de acostarse con Gabriel.

—Esperaré algún retorno de usted. Es mejor que la deje cerca de su residencia, no frente a ella. Podrían murmurar —dijo Gabriel.

Ella no se dio cuenta de que el carruaje había parado.

—Sí. Le escribiré cuando tome la decisión de hacerlo.

Asintió y vio como ella bajó del carruaje para ir en una caminata lenta. Percibió que Anne

miró de reojo el carruaje antes de que se pusiera en marcha.

Al llegar a su casa, la doncella apareció frente a ella con preocupación.

—Lady Anne, ha desaparecido durante el día. Su padre ha preguntado tanto por usted, que la preocupación ha deteriorado su salud.

Corrió escaleras arriba para buscar a su padre. Él estaba recostado en la cama, con los ojos puestos en la ventana.

—Padre... —mencionó. Caminó con rapidez hasta él.

—¿Dónde estabas, Anne? Estaba por llamar a las autoridades. Ninguna dama sale a caminar y no regresa.

—Lo siento, padre. He quedado con una amiga de la escuela de señoritas para comer. Olvidé enviar un comunicado —justificó.

—No hagas estas cosas a tu pobre padre.

—Excúseme, padre.

Gabriel fue recibido por su mayordomo con una perfumada carta en una bandeja.

—Le ha llegado esto, Lord Coventry —contó.

—Gracias.

Agarró el papel y lo abrió. Era de lady Spencer queriendo verlo por la noche. Le escribiría una respetuosa carta para decirle que no estaba en sus planes volver a verla.

Capítulo 37

Anne pasó una semana de baile en baile. No encontraba el valor para devolverle el anillo a su prometido. Gabriel se lo había insistido en sus encuentros, pero culpó a la salud de su padre por su falta de determinación.

—Lo haré mañana, lo prometo. Sé que mi matrimonio está a una semana y unos días de ocurrir, pero no está en mi lugar, lord Coventry —alegó en una de sus escapadas para estar con él.

—Será más embarazoso para usted si sigue dilatando eso. ¿No quiere casarse e ir a conocer mi casa? Londres no será un buen lugar después de esto.

Ella alzó la mano para acariciar el rostro de Gabriel. Anne estaba feliz de compartir por lo menos algunos momentos robados junto a él y anhelaba el día de irse casada a vivir junto a él, pero su cobardía se lo impedía.

—Por supuesto que sí, lord Coventry. Es lo que más deseo. Me ha hecho tantas promesas en tan poco tiempo que es probable que le exija que me cumpla todas en un lapso igual.

Él cogió la mano que le acariciaba el rostro y la besó con dulzura.

Ninguno de los dos se daba cuenta de lo expuestos que estaban en un evento público.

Lady Spencer no se había resignado a perder a su nuevo amante. Sin embargo, no estaba decidida a que su infelicidad fuera solitaria. Sabía del amorío de Anne Musgrave con Gabriel. Se reía del pobre Howard que ignoraba lo que ocurría, pero no era bueno burlarse de los demás y decidió hacerse cargo de comunicar aquella relación ilícita.

—Es una encantadora noche, lord Jersey, ¿por qué razón se encuentra solitario? —indagó la viuda.

—Buenas noches, lady Spencer. No me queda más que decirle que está usted radiante hoy —replicó, adúlón.

—Es tan amable, lord Jersey, por esa razón le haré compañía en ausencia de su adorable prometida. ¿Sabe qué amistades frecuenta ella?

—Sí, conozco a las damas que por lo general la acompañan.

Él respondía por educación, mientras sus ojos estaban ocupados buscando a la extraviada Anne.

—Dudo que lord Coventry sea una de sus amistades, milord. Tengo que decirle que durante la estadía de ella en mi residencia solariega, ambos estuvieron frecuentándose cuando podían. De

hecho, acabo de verlos juntos en uno de los pasillos que de esta casa, muy cerca del jardín.

—Sería incapaz de acercarse a lord Coventry, le he dicho que se trata de un asesino.

—Puede verlo usted con sus propios ojos y, juzgue —alentó ella. Señaló el sitio a donde ellos se encontraban.

Howard inclinó su figura para despedirse de la viuda y se dirigió a donde esta le indicó. Cuando llegó solo pudo distinguir la figura de un hombre alto y corpulento que se retiraba. Su prometida tenía ambas manos en su pecho y miraba a quien se iba.

Cuando ella se giró y notó que su prometido la observaba, fingió una sonrisa, aunque los nervios la estuvieran consumiendo.

—Creo prudente retirarnos, lady Anne, soy responsable de usted —declaró con severidad.

—Sí, he comenzado a sufrir de frío —respondió. Caminó para pasar frente a él.

No era tan tarde para retirarse, pero la sensación de enojo de su prometido le apuraba. El ambiente dentro del carruaje era tenso. Él la miraba desconfiado y sin poder aplacar la furia que tenía dentro, agarró a Anne por sorpresa y le acercó a su cuerpo.

—Dígame que lady Spencer tan solo ha querido sembrar la duda en mí, lady Anne. ¿Es cierto que se encuentra con lord Coventry a mis espaldas? —increpó, apretando aquel delgado brazo.

Los ojos de ella se abrieron por la sorpresa y sabía que no había salida, le habían descubierto en su fechoría.

—No tengo defensa, milord —se excusó. Ella quiso soltarse de aquel agarre, más él se lo impidió.

—¡Con tal descaro me lo confiesa! —exclamó, irascible.

—¡Me está haciendo daño con su agarre, lord Jersey! ¡Le exijo que me suelte porque se lo diré a mi padre y eso no le agradará!

—Lo que no le agradará a su padre es saber que tiene una hija ligera —dijo entre dientes.

—Me disculpo con usted por haberlo ofendido con mi descuido. Se lo devuelvo, milord —aludió enseñándole el anillo que se quitó del dedo pese al agarre que ejercía aquel en ella.

Howard sentía que iba a estallar de la ira, pero debía mantener la calma y no enfurecerse con Anne que según su entender fue víctima de las intrigas de lord Coventry en su contra.

—No romperé el compromiso. Lord Coventry no cumplirá su cometido. Llegó el momento en que debo hablarle con la verdad sobre ese caballero.

—Lo que tenga usted qué decirme, no me va a convencer de nada. Me disculpé con usted por esta humillación que le hice, pero haberme agarrado de esa manera no lo acepto. He llegado a mi

casa. Perdóneme... —pronunció antes de abrir la puerta del carruaje para descender y entrar a su residencia.

Howard no pudo decirle a ella lo que pretendía. Regresaría al día siguiente para abrirla los ojos y confesarle las razones por las cuales aquel hombre intentaba separarlos. Aquello era con un fin cruel como la venganza. Siempre supo desde que fue sorprendido, que su vida se tornaría complicada. Primero pensó en que lo retarían a un duelo, aunque eso no ocurrió. Se sintió afortunado, pero eso duró poco. Al enterarse del embarazo de su amante no pudo más que huir de Inglaterra.

La frialdad del conde de Coventry lo dejó perplejo por aquellos años, pero le sorprendía más aún su deseo de venganza. Estaba buscando hacer lo mismo que le habían hecho a él y era humillante. Sentía apetito por golpear a Anne por su confesión. Era conocedor de que era una víctima del pensado desquite de aquel caballero.

Anne cuando llegó a su habitación, lloró. Las lágrimas se debieron a la humillante situación de haber sido descubierta y llamada ligera por su prometido. Era una triste verdad en la que se había envuelto por sus sentimientos hacia un caballero que desde un principio pensó en conquistarla.

Fue cruel y desleal con un hombre que confió en que ella sería la esposa ideal. La escogió pudiendo ser otra la elegida, certero en que no había mejor opción que ella.

Suspiró e intentó que aquello malo que le sucedió se convirtiera en algo bueno. Le informaría temprano en la mañana a Gabriel lo que había acontecido con su compromiso.

Temprano en la mañana, se despertó a causa de que le estuvo costando trabajo conciliar el sueño. Estaba desarreglada y con la mirada perdida al beber su desayuno en solitario. Su padre seguía recostado y débil en su cama. Costaba decirle que su compromiso con lord Jersey estaba desbaratado y que debía esperar a que otro caballero solicitara su mano.

—Milady, su prometido el conde de Jersey ha venido para verla —informó el mayordomo.

—Dígale que no lo recibiré —decidió.

—Sí, milady.

El hombre se fue caminando, ceremonioso. Cuando llegó al recibidor, negó con la cabeza antes de contarle la respuesta de Anne.

—Milady no lo recibirá, milord.

—No me iré sin que me reciba —declaró.

—Le ruego que se retire...

Howard no movió un pie, más empujó al sirviente y entró hasta el comedor donde Anne se encontraba.

—Buen día, lady Anne. No voy a moverme de su casa hasta que me escuche lo que tengo que decirle sobre lord Coventry.

—Me coloca en una situación difícil. Es de hecho imperdonable la realidad, pero le ruego que se retire para conservar su honor.

—Quiero saber con qué mañas la ha engatusado. Le contaré la historia que me une a él. Soy digno de ser juzgado, pero él no saldrá impune de este asunto.

—No pude impedir que entrara, lady Anne —se disculpó el mayordomo, que apareció en el comedor.

—No hay problema. Déjenos conversar.

—Como le decía, el conde de Coventry y yo nos conocemos desde años atrás en unas condiciones lamentables. Me descubrió en su cama, con su esposa... —confesó Howard, avergonzado.

Ella estaba perpleja. Aquel fue el que causó tanto sufrimiento a Gabriel.

—Tan frío y correcto, me echó de su residencia. Pensé que recibiría algún desafío a un duelo por honor de su esposa, sin embargo, nada ocurrió. Él desapareció de los círculos que frecuentaba y también repudió a su esposa por su comportamiento. No estoy orgulloso de lo que hice, fue un acto en el que nunca me había puesto a pensar que pudiera ocurrirme. A lo que quiero llegar es a decirle que cualquier cosa que él le haya dicho, fue con el ánimo de vengarse de mí, de tomar una justicia quizá más cruel que un duelo.

—¿Venganza? Dudo que un caballero como él piense en la venganza. Él me quiere...

—No la quiere y lo que desea es vengarse de mí a través de usted. Si rompe nuestro compromiso él la dejará sola. Su nombre estará manchado después de que me rechace porque no se hará responsable de tenerla a su lado. Me siento culpable por no haberle confiado este desatino mío para que evitara caer en mentiras que él pudo haberle dicho. Es una víctima de una añejada revancha... Le dejaré el anillo que me devolvió para que lo piense. Es por mi causa que esto ocurrió y haré lo que él no hizo en su tiempo: lo retaré a un duelo por su honor, lady Anne.

Anne se quedó tiesa haciendo conjeturas en su mente. Nada en sus encuentros con Gabriel fueron casualidad. Todo estuvo calculado para que ella fuera hasta él y le dolía pensar en que fue utilizada. La vergüenza y el dolor en su pecho la consumían sin piedad.

Howard al notar que ella estaba encerrada en sus pensamientos y que solo podía llorar, se retiró a esperar que ella tomara una decisión sobre el compromiso.

Capítulo 38

El ofendido y humillado prometido de Anne subió a su carruaje y pidió a su cochero que lo llevara a la residencia de Gabriel. Lo resolverían como caballeros al amanecer. En ese instante, quizá al menos suponía una parte del dolor que había sufrido aquel en su orgullo. Pese a eso, esperaba todavía que Anne se decidiera por él.

Aquella no era una carrera contra el tiempo, era ganar o perder a la mujer que él apreciaba. Consideraba que valía la pena arriesgar su vida por ella. Confiaba en que sus habilidades con el arma fueran mejores que las de Gabriel, pues Odelia le había dicho que su esposo era un hombre pacífico que odiaba los conflictos y los escándalos.

Cuando estuvo frente a la residencia que frecuentó durante mucho tiempo en la ausencia del esposo, suspiró. La culpa de lo que ocurría era suya, sin embargo, la venganza de Gabriel era algo que afectaba a Anne. Golpeó la puerta y esperó a que le abrieran.

—Buen día, ¿a quién anunció? —preguntó la servidumbre.

—A lord Jersey. Vengo a conversar con lord Coventry.

—Pase. Le anunciaré de su llegada.

El recibidor estaba muy cerca del salón principal y la escalera a las habitaciones también. De aquella última descendía la hermana de Gabriel.

—Qué buen día se llevará mi hermano... —musitó antes de pasar hacia el comedor, lugar donde no se encontraba el susodicho.

Gabriel estaba en su biblioteca, revisando el trabajo que nunca descuidó. Para él era algo que llenaba el tiempo vacío que le quedaba durante el día y en ocasiones por la noche.

Escuchó el golpe de la puerta. Era el mayordomo que deseaba darle alguna información.

—Lord Coventry, ha venido lord Jersey, y pidió una entrevista con usted.

—¿Lord Jersey? —interpeló, incrédulo.

No supuso que Anne le contara esa misma noche que lo dejaría. Algo que no cuadraba en el asunto era que fuera a su casa, aunque debía tener alguna suposición de algo.

—Hágalo pasar aquí.

El hombre del servicio se retiró. Gabriel guardó los documentos que tenía sobre el escritorio y espero a que entrara su adversario. Deseaba saber las razones por las cuales estaba ahí.

Cuando lo vio entrar notó en el rostro de Howard que estaba decidido a algo. Su ceño fruncido no era tan convencional

—Buen día, ¿qué lo trae por mi casa, que una vez fue la suya? Supongo que es raro saberlo con ropa en mi propiedad —se mofó, malicioso.

—Lo único que me haría volver a esta casa, es mi prometida. Seré breve, lo reto a un duelo por el honor de lady Anne. Anoche los descubrí en su fechoría. Su venganza es horrible, lord Coventry —acusó, enojado.

Gabriel dejó el tono majadero de lado y se levantó de su sillón.

—¿Le agrada estar del otro lado? Lo hubiera pensado dos veces antes de aceptar las proposiciones de una mujer indecente. Pero, le agradezco mucho haberme abierto los ojos con respecto a mi esposa en un primer momento y hoy, estoy agradecido de que me haya puesto de vuelto en el camino a una mujer maravillosa con lady Anne. Una vez no lo reté a duelo por Odelia porque ella no lo merecía, sin embargo, aceptaré el desafío por el amor de Anne.

—¿Con esas patrañas ridículas es que le convenció para que abandone un matrimonio conveniente conmigo? Me asombra que todavía crea en esos cuentos después de su experiencia.

—Lady Anne no es igual a Odelia, estuve tras ella hasta que la convencí de que soy mejor que usted. Le ofrecí más que un cómodo matrimonio, le prometí amor y el mundo a sus pies. Soy más rico que usted y con mucha más alma y corazón. Hágase a un lado, lord Jersey, tenga la decencia de hacer lo correcto por una vez en su repudiable vida. Mi intención es casarme con ella. Lo que comenzó como una venganza hacia usted, se convirtió en un sentimiento que me fue consumiendo con lentitud hasta tomar la determinación de proponerle matrimonio.

—¿Me habla de decencia siendo que le propuso matrimonio a una mujer comprometida? ¡No me subestime! —gruñó Howard, encrespado. Golpeó sus muslos de la rabia que le suponía aquel insulto.

—Déjeme recordarle su error. Odelia era casada, más lady Anne sigue siendo soltera. Todavía existe la posibilidad de que esa unión entre ustedes no se realice.

—Seguiré comprometido con ella y la única forma de que esto acaba es conmigo muerto.

—Sí, esperemos que sea usted el que perezca y no yo.

—El miércoles, lord Coventry, al amanecer este asunto será solucionado.

—Estaré en el parque para ese momento. Buscaré un padrino.

—Yo tengo al mío, mi amigo Charles.

—Correcto. Lo veré ese día —declaró Gabriel con una inclinación de cabeza para despedir a Howard.

Howard hizo lo mismo y se retiró. Ambos buscaban la forma de satisfacer su orgullo. Para Gabriel llegó el momento de cobrar la deuda con Howard y el otro pagarla.

Salió de su biblioteca y se acercó al comedor donde estaba desayunando Loretta.

—Me batiré en duelo con el conde de Jersey, Loretta —contó.

Ella soltó la cuchara de su té y se levantó de su asiento.

—No pudiste haber aceptado eso.

—Lo haré porque ha llegado el tiempo de ajustar las cuentas.

—¡Pero si tú no eres diestro con las armas!

—Por esa razón, Loretta, reservaré tu dote, joyas y dinero con el administrador. Será por si acaso y también dejaré cosas para lady Anne. Que su última opción sea casarse con otro si llego a quedar malherido y luego morir. Dudo que su padre tome a buen criterio que su hija haya sido mancillada por un muerto.

—¡No! —exclamó abrazada a él con lágrimas que inundaban su rostro.

—Tendrás un futuro brillante sin mí. No impediré el matrimonio que desees si el marqués es un hombre honorable.

—Que no pase por tu mente faltarme o fallarme otra vez, Gabriel... no lo hagas. Huye con ella.

—No, Loretta, me quedaré a enfrentar lo que viene. Si Dios llega a estar de mi lado en dos días, no ocurrirá nada. Iré junto al administrador, pasaré por la residencia del conde de Dudley para que sea mi padrino, haré revisar el arma que tengo e iré junto a lady Anne. No sé qué mentiras pudo decirle el conde de Jersey.

Anne salió de su residencia hecha un mar de lágrimas. El cochero complacía las órdenes que ella le daba y no se animó a preguntar por lo que le estaba ocurriendo.

Por su mente atravesaba duramente la palabra: deshonra. Cuando su padre supiera lo que había hecho con su compromiso al cambiarlo por las engañosas palabras de Gabriel, aseguraba que él se moriría de la vergüenza. Ella sería la causante de la muerte prematura de su padre.

Ante ese pensamiento, cambió las directrices de ir a la casa de lord Coventry por llevarla a las orillas del Támesis.

Su dolor era tal que pensaba merecer la muerte. No podría cargar con la culpa de matar a su padre de un disgusto. Era su hija predilecta. A las otras las quería mucho, pero a ella la amaba y adoraba más. Sin embargo, al final fue ella quien terminó faltando a la palabra de su padre.

—Hemos llegado, lady Anne... —informó el cochero.

—Gracias... —murmuró—. ¿Si no regreso le diré a mi padre que lo amaba?

—¿Qué dice, milady?

—Solo dígame eso. Regrese a la casa de mi padre. Es una orden.

—Pero...

Ella le dio la espalda a su sirviente para caminar hacia el muelle que estaba desierto en ese entonces. Solo había un bote con un remo y mucho olor a pescado.

El súbdito se apresuró a regresar en el carruaje para informar al conde que su hija estaba en una situación desesperada y esperaba regresar a tiempo para que no se arrojara al agua.

Se apresuró por las estrechas calles para evitar una desgracia. La velocidad a la que iba en la ciudad era demencial, pero lo ameritaba. El lugar donde Anne había quedado estaba ubicado lejos de su residencia.

Cuando llegó hasta la residencia, reconoció a lord Coventry que iba al mismo lugar. Aquel era más joven y vigoroso que el viejo conde por lo que acudió hasta él para que lo socorriera.

—¡Milord, milord! —exclamó el sirviente, desesperado.

Gabriel estaba estupefacto por como aquel señor se acercó a él, corriendo.

—Dígame, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Llevé a lady Anne hasta el Támesis. Primero iríamos a su residencia, pero luego, decidí cambiar de curso. Estaba llorando y me dijo que le hiciera llegar algunas palabras de despedida a su padre.

Él sintió un vuelco en el estómago. Recordó en aquel instante el suicidio de Odelia. No deseaba pensar que Anne haría lo mismo.

—Lléveme ahora mismo.

—Sí, milord.

Dejaron abandonado al cochero de Gabriel frente a la residencia de Anne y se apresuraron para llegar al Támesis. Él no podía permitir que cometiera una locura por ingenuidad o por las mentiras que le pudo haber dicho Howard.

Anne miró el movimiento de la corriente del agua por demasiado tiempo. No podía arrojarse ni tampoco regresar a su casa. ¿Con qué excusa se presentaría frente a su padre? ¿Cómo le diría que se quedaría soltera porque cayó en las mentiras de un hombre que le prometió un matrimonio en una cama?

—¡Anne! —profirió la voz de Gabriel, corriendo por el muelle en el que ella estaba.

Ella se puso de pie y lo miró desafiante con sus ojos verdes enrojecidos por tanto llorar.

—He sido tan solo la venganza de un hombre malvado como usted, lord Coventry. Nada de las casualidades que nos unieron han sido reales. Hizo que le entregara mi honra por sus promesas de conocer el amor. ¡De qué me ha servido! ¡Cómo le diré a mi padre lo que ocurrió! —reclamó, vehemente.

—No es cierto...

—¡No es cierto lo que dice usted!

—¿Me dejará hablar o contará los hechos por mí como quiera tergiversarlos mejor?

—¿Negará que se acercó a mí con las más oscuras intenciones? —solicitó.

—No, no lo negaré. Quería mi venganza. Deseaba que él sufriera lo que sufrí, en un principio. Sin embargo, he caído víctima de mis propias estratagemas. La amo, Anne, y responderé por usted hasta donde me dé la vida. El error de pensar en una venganza, me llevó a conocer de vuelta el amor y la ilusión que había perdido después del engaño. Hice cosas de las cuales no estoy orgulloso por estar cerca de usted y enamorarla. Me crea o no, es la verdad. Lord Jersey ha sabido manipular la información a su antojo para desprestigiarme...

—¿Cuál desprestigio? Usted ha admitido que deseaba una venganza, no eran invenciones tuyas, era algo real. Me lo advirtió, pero yo caí rendida a usted, a su mirada, a sus besos y sus promesas, lord Coventry, sin saber que me iban a convertir en la criatura más infeliz de Londres.

—Es infeliz porque quiere porque le ofrecí mi amor y ahora le ofrezco que tome mi mano para regresar a su casa junto a su padre y dejar a mi cargo el resto. Tiene mi corazón, Anne y yo tengo el suyo...

Capítulo 39

—Es fácil para usted decir esas palabras... —discutió Anne.

—Porque son la verdad, Anne —dijo.

Caminó hasta ella e hizo que ella colocara su mano en su pecho.

—¿Siente la incertidumbre que me trajo aquí? Mi corazón se saldrá de mi pecho. ¿En qué pensaba cuando vino aquí?

—En mi honor, en mi buen nombre y la probable muerte de mi padre por mi causa.

—Yo defenderé su honor y el mío frente a lord Jersey. El miércoles debo encontrarme con él para batirnos en duelo por usted.

Anne alejó la mano del pecho de Gabriel y se agarró del suyo, pero sin mencionar palabra. Estaba abrumada.

—¿Pensaba que en realidad no la amaba? Él lo hace por capricho, no obstante, a mí me impulsa su amor.

—Lord Coventry...

—Él dijo que no rompería el compromiso y la única forma en que lo hará sería que muriera.

—¡Esto se nos ha salido de las manos! —expresó y se abrazó a él —. ¿En verdad me ama?

—Tanto que daré mi vida por ser el merecedor de su compañía.

—No vaya a ningún duelo.

—Acepté y eso es irrevocable. Es mi palabra de caballero. Quisiera que la suerte estuviera por una vez de mi lado para quedarme con usted.

—Pero si tiene mi amor. Es el conde el que no lo comprende de razones. Considero que piensa en que es el culpable de que me enamorara de usted,

—Me hizo dos favores en la vida. Me libró de una mala esposa y me unió a la mujer perfecta.

—Lord Coventry, he sufrido estas horas creyendo que su amor era un engaño. Lo odio por eso, aunque me llena de felicidad de que sus sentimientos sean sinceros.

—Suba al carruaje y le diré más cosas...

Él la llevó abrazándole de la cintura. Anne había pasado los instantes más desesperados de su

vida desde que Howard le dijo las razones del acercamiento de Gabriel. Si bien, no era una mentira, ella no podía darle la espalda a su amor por él.

Su vida era tan movida que tenía una preocupación reemplazando a otra. No quería que Gabriel fuera al duelo. No había forma de persuadirlo. No notó seguridad en sus palabras cuando respondió a su pregunta de si era posible que él ganara el duelo.

En casa de su padre, Gabriel ingresó a la habitación del viejo conde, donde estaba sentado en un sillón con su camión puesto.

—No estoy vestido para el té, lord Coventry —farfulló el padre de Anne.

—Eso no importa. ¿Cómo es que me ha reconocido?

—¡Es idéntico a su padre! —rio con añoranza—. Salvo que era menos tostado que usted. Recuerdo a John cuando usted nació. Era un padre orgulloso y al igual que él mi primera hija había nacido también. Quedamos en que casaríamos a nuestros hijos para que nuestra amistad fuera más fuerte, pero con los años...

—Me casé con otra mujer. Una que no escogió mi padre. Recuerdo que me sugirió a la hija de un amigo, pero quedé cegado por la que entonces convertí en mi esposa —contó.

—Fue algo que lamenté mucho. Cuando la lucidez vuelve a mí, también lo hacen los buenos recuerdos. ¿Qué lo trae por mi casa?

—Su hija Anne.

—¿Anne? Pero ella está comprometida con otro caballero. No recuerdo su nombre...

—El conde de Jersey —lo ayudó Gabriel.

—Sí, sí. Un muchacho apresurado, pero una elección para mi Anne.

—Milord, quería decirle que yo cometí la barbarie de cortejar a su hija estando comprometida con ese caballero.

—¿Qué me está diciendo, lord Coventry? ¿Ha pasado sobre la autoridad de mi palabra?

—Sí, le amo y ella me ama... —confesó. Tragó saliva al notar que el viejo caballero se erguía de su sillón para colocarse frente a él.

—¿Sabe que no puedo retirar mi palabra?

—Sí, estoy al tanto de eso, milord.

—¿Entonces qué busca?

—Que acepte mi unión con ella si salgo con vida del duelo que tendré con su prometido al que ella rechazó ayer.

—Válgame el infierno ¡Anne! —gritó su padre para llamarle.

Ella al escuchar su nombre, se encaramó con fuerza al brazo de la doncella que le acompañaba frente a la puerta de su padre.

—¡Lo mataré de un disgusto! —expuso, angustiada.

—Entre, que lo pondrá de peor humor, milady.

Anne entró con la mirada agachada. Tan solo miraba de reojo a su padre.

—Anne Mary Elisabeth Musgrave, ¿qué me está diciendo este caballero? ¿Te has dejado enamorar estando comprometida?

—Es así, padre —respondió.

—¿Es lo que se te ha enseñado?

—No, padre.

—¿Entonces por qué lo hiciste?

No le salían las palabras. Estaba muda de la pena. Gabriel también esperaba una respuesta con su sombrero en la mano.

—Porque me enamoré de él...

Su padre regresó a su sillón y se sentó. Una carcajada que no se le había escuchado en un tiempo, se escapó de sus labios.

—¡Lo ves, John! ¡He ganado! —festejó, mirando y señalando al cielo —. Aunque sea muerto, aposté a que una de mis hijas se casaría con su hijo. Es muy temprano para festejar por el duelo del que me habló, lord Coventry, pero lo imagino preparado, ¿no es así?

—En verdad lamento desalentarlo, milord, no soy tan diestro con las armas. Al menos no sé cuál sea la preparación lord Jersey —replicó Gabriel.

—¡Condenación! —gruñó, el viejo conde —. En verdad me desalienta.

Anne deseaba tener la manera de detener ese duelo contra Howard y no tenía nada en mente de alguna forma de hacerlo.

Una vez que el conde se durmió, ellos salieron de la habitación y Gabriel la cogió con cariño de ambos brazos.

—Si regreso a usted el miércoles es porque he vencido y cumpliré mi palabra. Necesito hacer algunas diligencias por si las cosas no vayan tan bien...

—No diga eso. Quisiera que no se enfrentaran y respetaran mi voluntad, pero ninguno es capaz de hacerlo —se quejó.

—Es algo que no puede evitar. Resolveremos el pasado.

Él le entregó un beso como si aquel fuera el último. No quería soltarle, deseaba quedarse pegado a sus labios por la eternidad.

—Tiene mi amor, lady Anne.

—Y usted el mío. Regrese...

—Intentaré hacerlo.

El día del duelo llegó y Gabriel pasó a buscar al conde de Dudley para que lo acompañara y esperaba que no hubiera bebido demasiado la noche anterior.

—¡Lindo día para morir! ¿No? —expresó su padrino.

—La verdad que no, Dudley. Veo lejanos nuestros próximos juegos de cartas.

—¡Exagera! ¡Exagera! No vaya a creerse inferior a lord Jersey, quizá no se presente.

—Aquel que está parado frente al marqués es él.

Charles estaba parado con el estuche del arma de Howard. Intentó persuadirlo de que era una tontería ir a un duelo cuando la mujer ya escogió a quien amaba.

—Última oportunidad, Howard. No mates a lord Coventry porque necesito de su aprobación para casarme con su hermana.

—Necesitas de la aprobación de tu madre para solicitar la mano de la muchacha más antipática de Londres —contradijo Howard que vio llegar a Gabriel.

El conde de Dudley tenía también el estuche de armas de Gabriel. Se acercaron al lugar donde se encontraban los dos.

—Buen día, caballeros —saludó Dudley, que parecía bajo los efectos del opio—. ¿A cómo vamos? ¿A primera sangre o a muerte?

—A muerte —respondieron Gabriel y Howard.

—Considero que a primera sangre sería lo ideal, pues ambos cubrirán su honor —puso a discusión Charles.

—Dije muerte, Charles. Mi situación con lord Coventry es inadmisible.

—¿A diez pasos les es justo a los caballeros? —preguntó Dudley.

—Sí. —repusieron los interesados al unísono.

—Empecemos para darle fin a esta carátula de duelo.

Gabriel y Howard se observaron mutuamente, colocándose frente a frente. Los que portaban las armas se acercaron para darle a cada uno su respectiva arma.

Después de que cada uno tomó su arma, se dieron la espalda y caminaron los diez pasos pactados.

—¡Detengan esto! —exclamó Anne, corriendo hacia ambos —. Este absurdo se lleva a cabo por mi causa. Le ruego, lord Jersey, que acepte mi voluntad de romper el compromiso.

—¿No cayó en cuenta de que le utilizó con maldad, lady Anne? —reclamó Howard.

Ella se paró frente a Howard y con la mano en el pecho pronunció con ruego las siguientes palabras:

—En lo único que caí, es en el amor. Yo amo a lord Coventry y por eso le imploro por su vida. Es un acto noble hacerse a un lado, lord Jersey.

—Anne, no lo haga. Puedo defenderme —interrumpió Gabriel.

—No, quiero que sea feliz como lo merece después de tantas culpas que no eran suyas y una humillación que no valía.

Howard intentaba no compadecerse de los ojos verdes de Anne que rogaban que no matara a Gabriel.

—No estamos dispuestos a abandonar nuestros puestos, lady Anne. Apártese —mandó Howard y la hizo a un lado.

Ella estaba desesperada al notar que tanto Gabriel como Howard estaban decididos a terminar aquello a los tiros.

Al momento de llegar a los diez pasos, los dispararon sus armas. El humo de los disparos no dejaba ver a los asistentes lo que ocurría.

—¡Lord Coventry! —exclamó Anne, creyendo que él podía estar herido, pero estaba intacto.

Gabriel y ella miraron hacia Howard para saber si estaba herido, más él también estaba intacto. Ambos habían disparado al cielo.

—Haré algo bueno de mi vida, lady Anne. Es suya, lord Coventry. Espero haber saldado mi deuda... —proclamó Howard —. Vámonos, Charles.

Epílogo.

Meses después...

Gabriel y Anne contrajeron matrimonio en Londres antes del otoño y fueron a vivir a la propiedad rural a la que estaba acostumbrado él. Su padre fue a vivir con ellos porque Anne no quería dejarlo solo en Londres para que se enfermara de soledad.

Anne comprendió que Gabriel era un caballero maravilloso y sería un padre ejemplar cuando naciera el primer hijo de ambos. Estaba segura de haber tomado la decisión correcta al casarse con él. Sus dotes en el piano habían mejorado gracias a la paciencia y al afecto de su esposo que no hacía más que alentarla.

Se llevaba de maravillas con Loretta que seguía soltera y rechazando al marqués. Era entusiasta para todo, menos para ayudarlo con el piano.

—¿Qué cenaremos hoy, Anne? —curioseó Loretta, entrando a la cocina.

—Faisán con un pan delicioso que sé preparar —respondió su cuñada.

—Mi hermano es un iluminado cuando se trata de los faisanes. Los deja atorados en la garganta de los comensales.

—Oh, ¿aún sigues odiando a tu hermano?

—Todavía no comiste faisán en esta casa. Te deseo suerte.

—Seré yo quien les deseará suerte con la cena.

Gabriel había llegado sucio por haber caído de un nuevo caballo que llegó a sus caballerizas. Tenía pensando colocarle el nombre de su esposa que le había costado trabajo conseguir. Haber estado casado con Odelia era una tortura en comparación a vivir con Anne. Se hacía amar en cada tontería y en las más desatinadas notas que daba.

Su suegro lo acompañaba en sus jornadas fuera de la casa. Parecía más vivo que cuando estaba en Londres. Subió de peso, estaba fuerte y saludable.

—Padre, ¿Y Gabriel?

—No lo recuerdo, querida, debe estar todavía debajo de algún caballo. Hoy llegó un zaino que lo metió entre sus patas. Era muy bravo.

—Debe estar bien, me preocupa más el caballo con lo insistente que puede ser lord Coventry. Vaya a cambiarse para cenar, tengo algo que comunicarles.

Anne se desvivió para que aquella cena fuera perfecta. Acomodó con la ayuda de la servidumbre los utensilios como deseaba. En esa casa falta un poco de una mano femenina y decidida.

—Muy elegante, Gabriel, no hueles a caballo —dijo ella acercándose para darle un beso.

—¿Sí?

—Sí, en lugar de cenar faisán, podríamos cenarlo a usted de lo bien que huele.

—Interesante propuesta. ¿Faisán? Es la comida favorita de Loretta.

—Y la mía, he tenido terribles antojos de aves. Patos, gansos, guineas, gallinas, pavos, faisanes...

—¿Te encuentras bien?

—Estoy de maravilla. Los espero a todos para cenar...

Cuando todos se reunieron a la mesa, Loretta fue la primera en cortar su faisán y probarlo.

—Loretta... —mencionó Gabriel.

—No arruinarás mi faisán este año, Gabriel. Debo decir que arruinaste muchas cosas, como por ejemplo...

—Sigues soltera, ¿no es así? —respondió su hermano adelantándose a lo que diría.

—Sí. Tú felizmente casado y yo como el mal tercio familiar...

—No se diga mucho sobre tercios que yo estoy aquí por la misma razón —comentó el padre de Anne.

—No es momento de reclamos. Hoy es un día especial. Debo comunicarles que esta familia... Se agrandará... —contó Anne entre pausas.

Gabriel se quedó atorado con el ave en la garganta por la impresión. Se apresuró a tragarlo y se acercó a Anne para levantarla.

—¡Cuánta felicidad, Anne! —expresó con una sonrisa enorme—. Cuando pensé que mi vida se acaba apareciste tú.

—¡Felicidades! No hay algo más feliz después de tantos años de angustia mi hermano —alentó Loretta, dejando por un momento su actitud soberbia.

Su padre llevó sus manos a sus ojos e intentó ocultar su alegría por el que por el que era muy probable que se convirtiera en su nieto predilecto.

—¡Te casarás con quién tú quieras Loretta por la felicidad que tengo! —expuso bajando a su

esposa del aire para que consolara a su padre que estaba muy emocionado.

—¿Sí? ¿Con quién quiera?

—Con quién tú quieras. Incluso con el marqués de Lansdowne, puesto que Lord Jersey demostró al menos un poco de entendimiento, no tengo impedimentos para que se casen...

—¡Me lo dices ahora! —gruñó, apenada por haberlo rechazado toda la temporada pasada —. ¡Y yo rechazando semejante partido!

—Aún queda la próxima temporada. Dudo que su interés por ti haya mermado, Loretta — alentó Anne.

—Coincido a plenitud con eso. Estará encantado de encargarse de ti, por supuesto, hasta que te conozca.

Festearon en la mesa la noticia del próximo miembro de la familia e hicieron chascos a costilla de la maltratada Loretta.

El momento más esperado para Anne y Gabriel llegó cuando la quietud invadió la ruidosa residencia. El padre de Anne se retiró a dormir acompañado de una botella de brandi y Loretta entonaba en ocasiones unas canciones cortas, mientras colgaba una pierna desde la poltrona de su habitación con sus manos ocupadas en la curiosa libreta que cargaba cada día.

—Si me casaba Lord Jersey, no sería ni la mitad de feliz de lo que soy. Tenías razón, no sería apreciada de la misma forma, tan solo sería la esposa ideal —musitó Anne a la vez que metía una mano por debajo de la camisa de Gabriel cuando él miraba hacia la noche que poco dejaba ver la luna por las nubes.

—Agradezco que pese a lo increíble que sonara mi propuesta, la hayas aceptado. El riesgo fue muy grande. Si no caía enamorado...

—Yo estaría en el Támesis, tal vez, porque cuando tú llegaste, había decidido ser una solterona y la dificultad era decírselo a mi padre.

—Él te hubiera buscado otro prometido.

—Es probable. Pero sería un fracaso porque estaría pensando en el caballero al que no quise decirle que el concierto que pudimos hacer escuchado era el de mi estómago con sus rugidos en aquella velada musical —recordó con cariño.

—Tanto secreto para ese chasco... Siempre quise saber qué concierto sería —meditó. Acarició la mano de Anne y se volteó para darle un beso —. Gracias por no salir corriendo cuando te perseguí, Anne. Me has salvado y levantado mi buen nombre. Sin dudas he salido mejor parado que rival, cuando era él quién deseaba esa condición.

—No creas que ha sido tan fácil. Recibo cartas preguntando si sigo con vida. Aún sigues siendo un asesino...

—Sí, te deleita pensarlo, no voy a quitarte el gusto. Prefiero que mi esposa siga interesada en mis misterios —alegó, guasón.

—No hay ningún misterio en Lord Coventry, pero sí grandes expectativas del futuro, juntos.

—Recapacite que me falte misterio, lady Coventry, porque me queda uno —insistió. La arrojó en la cama y se colocó sobre ella.

—Me interesa saber ese misterio —pidió, mordiendo sus labios.

—¿Será niño o niña lo que tiene en el vientre?

—Sea lo que sea, lo seguiremos intentando si una niña —dijo. Agarró a Gabriel del cuello y se tomó por asalto sus labios para callarlo.

Ambos sentían que el futuro tan solo podía sonreírles. Gabriel retornó al buen camino y con sus valores más fuertes que nunca por el apoyo de Anne, cuya cultura era idéntica a la suya. Se arrepintió de haber tomado decisiones insensatas en su momento, más aquellas lo habían llevado a buen puerto.

Anne comprendió que por sobre lo que dictaba la sociedad estaban sus sentimientos. Ella escogió amar a quien nadie aceptaba y estaba plena en su vida de esposa, compañera y amante complaciente de su esposo.

Fin...

Acerca del autor

Laura A. López



Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, tengo 32 años, soy casada y con una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón por que más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: Rescatando tu alma perdida, Belleza y Venganza, Amor y dolor, Entre las sombras, Obligándote a amar y Te deseo para mí; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre Un romance real, y otra para novela histórica: Tan perversa como inocente. En 2020 salió a la venta Desavenencias del amor.

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: Una perfecta señorita, la ventana de los amantes y mi amada señorita Angel.

También he incursionado en la auto-publicación en amazon, con: Los mandatos de rey, que es un cuento corto y Una dama infortunada. Otros títulos: Corazón de invierno, una heredera obstinada, una beldad indomable, la esquivia señorita Millford, las peripecias de los amantes, la dama de Sandbeck Park.

Me manejo también con el alias de Leah Heart, donde publiqué: Mi gran sueño londinense, nuestro tiempo perfecto y The elusive miss Millford, la traducción en inglés de la novela corta la esquivia señorita Millford.

Libros de este autor

La dama de Sandbeck Park

«Ni el secreto mejor guardado escapa de un pasado turbulento en el presente»

Lady Wynona Saunderson es la nueva residente en Sandbeck Park, propiedad de su primo lejano Michael Lumey, conde de Scarbrough, quien es nombrado su tutor a la muerte del vizconde Castleton y con el cual siente una inevitable atracción correspondida.

Para ella todo era perfecto hasta que fue invitado Calvin Finch-Hatton, conde de Winchilsea, a pasar unos meses con ellos en Sandbeck Park.

Calvin se siente atraído casi al instante por la esquiva y tajante Wynona, que a su parecer se sentía intimidada por su presencia.

Cosas extrañas ocurrirán en la propiedad de Michael que lo llevará a descubrir algo que él ignoraba y que ella guardaba con tanto recelo.

Una heredera obstinada (Las elegidas nº 2)

"Melissa terminó salvando a Thomas de un matrimonio no deseado para entrar en uno que menos deseó, pero con ella"

Melissa Ross, hija de uno de los magnates burgueses más influyentes de Londres, optó por convertirse en religiosa, debido a que no encontró ningún pretendiente que deseara desposarla. La llamaban el desperdicio, pues su gran dote que se perdería por falta de un esposo. Sin embargo, Melissa no esperaba que la invitaran al compromiso de su hermana menor, era un hecho que no deseaba ir y muy a su pesar tuvo que hacerlo, tan solo para que su vida diera un estrepitoso vuelco.

Thomas Sackville marqués de Dorset invitado a la fiesta de compromiso, era uno de los incansables solteros de Londres, aunque resultó víctima de una de las caprichosas damas casaderas. Un mal plan, una buena samaritana y un matrimonio indeseado serían los resultados de aquella invitación.

Una dama infortunada (Las Elegidas nº 1)

Lady Poppy, mejor conocida como lady Calamidad o calamidad con piernas, no se destacaba exclusivamente por su belleza, sino por su poca gracia para los caballeros. Siendo la hija de un duque, no faltaban aspirantes a su dote, pero si a su corazón.

Entre los aspirantes quebrados, se encontraba Laurence O'Dunne marqués de Salisbury, quien tenía ocupado el corazón por otra dama, pero él con solo una sonrisa logró enamorarla.

Otro aspirante al corazón de Poppy era Arthur Chastain, conde de Lincoln, quien conquista la amistad de la muchacha con las mejores intenciones, de carácter tranquilo y paciente se ve

envuelto en confidencias de Poppy que lastiman su corazón y restringen su confesión hacia ella. Lady Poppy deberá escoger entre los sueños de su mente y la realidad que ignora, entre un amor comprado y uno sincero. Entre dos caballeros, solo uno será el dueño de su amor.

Las peripecias de los amantes

«Las peripecias de un amor caprichoso y esquivo pondrán en riesgo la oportunidad de amar y perdonar».

Muchas noches y muchos rechazos se sucedieron para el Duque de York añorando la atención de la más bella flor inglesa. La apasionada fantasía de conseguir a lady Grace para su esposa se había convertido en una pesadilla. Ni los zafiros, ni las finas sedas y el satén, podrían conquistar el corazón de su amada y menos prepararlo para los desaires que lo harían perder la razón.

Lady Grace Howard conocida como "Engaño" entre sus amigas, atravesaba la peor fatalidad para una dama casadera: la quiebra. Su hermano Christopher Vizconde de Beasterd, había perdido toda la fortuna familiar y la dote de ella, quien deberá encontrar un marido con apremio. Solo que huye del hombre que puede salvarla por temor a que él la creyera interesada en su dinero y no en él.

Anthony Hall duque de York, sintió desde siempre una poderosa atracción por lady Grace, pero ella lo ha evitado y rechazado desde tiempos inmemoriales, pese a ser una excelente opción para acabar con su apuro.

Al no conseguirla de la manera adecuada, con la ayuda su amigo y dueño de un club de juegos, conseguirá tener una oportunidad de obtener a Grace a un precio razonable, utilizando su última carta para alzarse con el amor de lady Engaño.

No hace falta adquirir la Saga Noches en secreto N°1: La ventana de los amantes, publicada por editorial vestales en el 2019.

Desavenencias del amor

¿Estás preparado para debutar en el amor?

Lady Melody Stratford, hija del duque de Montrose e también hijastra de la rebelde lady Violet Lowel, espera su debut para la próxima primavera.

Ella tenía la esperanza de bailar en los grandes salones de Londres y conocer a un caballero que pidiera su mano. Sin embargo, la floreciente primavera no le llevaría el amor, sino un viento frío de invierno, y la acercaría a lord Brendan Carlsberg, conde de Londonderry.

Una mirada, una borrachera y un beso serán el principio de un pequeño sentimiento parecido al amor.

Corazón de invierno (Hermanas Weatherly n° 1)

“¿La cálida personalidad de una muchacha, podrá superar los helados caminos a la restitución de un corazón que hiberna?”

Ofelia Weatherly, una joven llena de principios y expectativas en la vida, pertenece a una acomodada familia rural de Derbyshire, pero después de la muerte de su madre, ella y sus hermanas quedan a la deriva y expuestas a la discriminación social.

Lo único que podría salvarlas de pasar miserias, era un matrimonio ventajoso, pero ante la falta de pretendientes por su carencia de dote, se ve obligada a trabajar como doncella en la hacienda del Señor Lornell Horstman para asegurar el futuro de sus hermanas.

El señor Horstman quien es un hombre duro, altanero, egoísta y huraño, desata su amargura con las gente que trabaja para él y sus arrendatarios, Ofelia apesar de las humillaciones que Lornell le hacía no había desvirtuado sus objetivos ni tampoco la habían arrojado al piso para no poder levantarse, al contrario, se había trazado como objetivo cambiar al señor Horstman tan solo enseñándole lo que la nobleza de un corazón puede hacer.

Una beldad indomable (Las Elegidas nº 3)

«El amor hacía ir a las personas por caminos insospechados y a tomar decisiones absurdas, de desdichas innecesarias y maldades inexcusables»

Agatha Millford, considerada la beldad de la temporada, orgullosa y consciente de su belleza y elegancia, desprecia a las poco agraciadas damas que no tuvieron la gracia que a ella le sobraba, quebrantando sus vidas dentro de Almack's.

Pero sus grandes dotes no representan nada, o al menos eso le hacía creer el brusco y decidido Duncan Noland, conde de Sussex que heredó a su anciano primo tiempo atrás.

Sus caminos se cruzaron para demostrar que del odio al amor solo existía un paso y, que de muchas opciones podía quedar una sola para una muchacha en apuros. Las desavenencias que atravesarán los hará descubrir que tienen mucho más en común de lo que creen, llevándolos por el tormentoso camino del sufrimiento y el amor.

La esquiiva señorita Millford

NOVELA CORTA

«Algunas palabras no son las de un fiel amigo, sino más bien, las de un ferviente enamorado»

Ava Millford pasó sus cuatro temporadas asistiendo a las veladas y resultó que no se casaría. No había recibido ninguna propuesta y era más por su lengua que por su apariencia.

Lo único que ella esperaba con ansiedad, eran los tiempos que pasaba con Frances Percy, Duque de Northumberland, quien solapaba sus comportamientos, aunque, también, intentaba convertirse en la voz de la razón para Ava.

Declarado soltero irremediable, se ve en la obligación como el último de su familia en contraer matrimonio para darle continuidad al apellido.

Su gran amiga al enterarse de sus planes, comienza con sus argucias para boicotear a cada una de las elegidas por él como candidatas por el inquietante temor de perder su amistad y su atención.

Una perfecta señorita

Nada en la perfección permite que sea amada. ¿Entonces, para qué insistir en lo perfecto si eso nos aleja de lo que más anhelamos?

Desde que tiene memoria, Claire Baxton sabe que el objetivo de su vida es ser una señorita perfecta: educada, bonita, refinada, con el solo objetivo de conseguir un buen marido. Un buen marido que respalde el próspero negocio familiar y que pueda mantener el estatus de los Baxton. Clases de música, de canto, visitas a modistas, en fin, todo lo que una joven dama de sociedad debe ser. Pero los bailes se suceden, las temporadas pasan y Claire sigue sin conseguir prometido.

Sir Andrew Hilton ha logrado forjarse una reputación en la sociedad londinense como un joven y exitoso banquero. Lo único que le importa es su trabajo y escalar posiciones sociales. En esa vida perfecta, sin embargo, falta algo: alguien que se ocupe de la casa y que le dé hijos, es decir, una esposa. Analiza entonces a las familias de la sociedad y concluye que Claire es la indicada para desempeñar ese rol, casi con la frialdad con la que se evalúa otorgar un crédito. Resuelve entonces cortejarla y pedir su mano.

Pero las cosas no resultan tan sencillas porque, debajo de esa máscara de perfección, aparecen las imperfecciones, las pequeñas idiosincrasias, lo que hace del otro una persona a la que se puede querer, detestar, anhelar. La inversión del banquero y el destino de la perfecta señorita quedan de lado: comienza algo nuevo, una aventura que vivir juntos.

La ventana de los amantes

Desde la ventana de su cuarto, una joven mira el afuera como a una promesa, como a una ilusión. Por esa ventana, se escapa para encontrarse con sus amigas, para urdir, entre todas, la trama de bailes y encuentros casuales, la trama que va a hacer que el mundo que miran desde allí se vuelva real, palpable, para que sea ese mundo el que entre por el cristal y vaya a buscarla.

Lady Caroline recibe, entre sus amigas, el nombre de “Locura” por su carácter intrépido, por la audacia con la que actúa, porque no mide consecuencias cuando decide hacer algo, porque nunca calla lo que piensa. Sin embargo, aunque irreflexiva e impetuosa, en lady Caroline también hay una joven que ha crecido sin madre, que debe lidiar con las expectativas desmedidas de un padre formal, y que mira, melancólicamente, por la ventana de su cuarto en busca de un mundo distinto al que conoce. Sus amigas, “Engaño” y “Timidez”, no ven con buenos ojos, entonces, el juego que empieza entre lady Caroline y William Shepard, un afamado vizconde, alguien a quien, sin entender del todo el alcance de la palabra, las muchachas tildan de libertino.

Pero lady Caroline quiere dejar de ver desde el otro lado de un vidrio, quiere la aventura que se

le ofrece allá afuera. Entonces, cuando esa ventana se abra, cuando los transforme en amantes, en medio de esa felicidad, el mundo va a volverse real, pero también va a desmoronarse sobre ellos como una piedra que rompe los cristales en mil pedazos. Ese estallido va a hacer que, cada uno a su manera, tenga que buscar un lugar para los dos, una forma de reconstruir el mundo para que puedan habitarlo juntos.

Nuestro tiempo perfecto

“Viola y Henry se encontrarán en un peligroso juego de voluntades entre un amor libre y soñador, y las obligaciones y restricciones de una época distinta”

Viola Halley, estudiante de los primeros años de Historia del Arte en la Universidad de Saint Andrews, durante una de las visitas de aprendizaje de campo en una de las galerías del Londres se ve atraída por la pintura del joven Duque de Somerset.

Para Viola, aquel cuadro tenía vida propia, por lo que aprovechó que nadie la estaba mirando para acariciar el retrato siendo transportada a Londres del siglo XVIII, donde para sobrevivir se ve obligada a trabajar como concertista.

Es durante una fiesta que conoce a Henry Beaufort Wenham Duque de Somerset con quien iniciará un peligroso romance, teniendo ambos que escoger entre el amor y la obligación.

Mi gran sueño londinense

Una vida destruida, un sueño posible y un nuevo amor en puerta, son los condimentos para que la vida de Milena Palacios cambie para siempre

Pese a que la vida le ha arrebatado todo lo que más amaba, ella se toma un año sabático para cumplir su sueño londinense y luego tomar la decisión más importante de su vida... vivir o morir. Alexander, es un doctor inglés entrado en años quien no quiere aceptar que ya ha llegado el tiempo de que su vida tome el camino de la madurez, cuando conoce a la salvaje Milena, su vida cambia para siempre.

¿Logrará Alexander convencer a Milena de vivir el sueño juntos?